

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
USO EDITORIAL

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
USO EDITORIAL

SECCIÓN DE OBRAS DE SOCIOLOGÍA

SALTAR EL TORNIQUETE

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
USO EDITORIAL

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
USO EDITORIAL

SOL ALÉ, KLAUDIO DUARTE Y DANIEL MIRANDA

EDITORES

SALTAR EL TORNIQUETE

REFLEXIONES DESDE LAS
JUVENTUDES DE OCTUBRE



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, FCE Chile, 2021

Alé, Sol, Klaudio Duarte y Daniel Miranda (eds.)

Saltar el torniquete. Reflexiones desde las juventudes de octubre / ed. de Sol Alé, Klaudio Duarte, Daniel Miranda. – Santiago de Chile : FCE, 2021

196 p. ; 23 × 17 cm – (Colec. Sociología)

ISBN 978-956-289-220-9

1. Movimientos estudiantiles – Chile – Siglo XXI 2. Estudiantes – Actividades políticas – Chile 3. Chile – Política y gobierno – Siglo XXI I. Duarte, Klaudio, ed. II. Miranda, Daniel, ed. III. Ser. IV. t.

LC LA543.7

Dewey 303.61 A667s

Distribución mundial para lengua española

© Sol Alé, Klaudio Duarte y Daniel Miranda

D.R. © 2021, Fondo de Cultura Económica Chile S.A.

Av. Paseo Bulnes 152, Santiago, Chile

www.fondodeculturaeconomica.cl

Comentarios: editorial@fcechile.cl

Teléfono: (562) 2594 4132

Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Coordinación editorial: Fondo de Cultura Económica Chile S.A.

Cuidado de la edición: Álvaro Matus

Diseño de portada: Macarena Rojas Líbano

Fotografía de portada: Marcelo Hernández. Aton Chile

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito de los editores.

ISBN 978-956-289-220-9

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ÍNDICE

Introducción	
Sí hay alternativa	11

CAPÍTULO PRIMERO CHOCAR CONTRA EL MURO

1. La (re)vuelta de los que sobran: fulgor y crisis del neoliberalismo chileno.	17
Historia de vida: Gonzalo Serrano	26
2. Las precariedades económicas de los “privilegiados”: morosidad en jóvenes profesionales de Santiago y Concepción.	29
Bibliografía.	34
Historia de vida: Belén Quinchavil.	36
Historia de vida: Carolina Sáez.	38

CAPÍTULO SEGUNDO PARTICIPACIÓN JUVENIL EN EL TIEMPO

1. Una continuidad discontinua: análisis retrospectivo del 18-O a la luz del ciclo de protestas juveniles en el campo educativo .	41
Bibliografía.	46
Historia de vida: Juan Carlos Álvarez.	48
2. Cambios en la participación política de los escolares	51
Bibliografía.	59
Historia de vida: Vilma	61
3. Participación en acciones colectivas de los jóvenes en Chile: el rol de las normas familiares e impacto del estallido social.	64

Bibliografía.	68
Historia de vida: Isidora Godoy	70

Capítulo Tercero

NUEVAS FORMAS DE ACCIÓN POLÍTICA

1. Anunciando primaveras: activismo sexopolítico juvenil	73
Historia de vida: Martín	78
2. Los estudiantes secundarios frente a los desafíos ciudadanos del cambio climático	81
Bibliografía.	85
Historia de vida: Max Gallardo	87
3. Movimiento social y participación institucional en las nuevas generaciones de jóvenes militantes de izquierda	90
Bibliografía.	96
Historia de vida: Luis Arcos	97
4. Participación ciudadana escolar en una sociedad desigual: creencias de adolescentes chilenos en cabildos post estallido social 2019	99
Bibliografía.	104
Historia de vida: Tiare y Millaray	106
Historia de vida: Pamela Aquino	110

Capítulo Cuarto

LA MOVILIZACIÓN JUVENIL DESDE LAS CLASES SOCIALES

1. De olvidados a protagonistas: el estallido social visto desde la perspectiva de jóvenes populares.	115
Bibliografía.	120
Historia de vida: Jorge Aránguiz.	121
2. La movilización de los jóvenes “cuicos” entendida desde procesos de socialización	124
Bibliografía.	128
Historia de vida: Sofía Riquelme	130
3. Debe ser un niño que tiene rabia, que tiene como un dolor con la sociedad	133
Bibliografía.	139
Historia de vida: Nicolás Rosselot	141

Capítulo Quinto EMOCIONES Y CONSIGNAS DE LA PROTESTA

1. Acontecimiento y ambivalencia emocional:	
la experiencia de jóvenes de Valparaíso en la revuelta social	145
Bibliografía.	149
Historia de vida: Mateo	150
2. Entre la rabia y la esperanza.	154
Bibliografía.	159
Historia de vida: Antonia.	161
3. “Unidos somos cruos”: consignas juveniles en el levantamiento	
popular en Magallanes.	164
Bibliografía.	171

Epílogo

La rebelión de octubre como estallido generacional:	
pánico, “beaterías juveniles” y monsergas seniles	173
Bibliografía.	184
Agradecimientos	185
Sobre los autores y autoras	187

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
USO EDITORIAL

INTRODUCCIÓN

SÍ HAY ALTERNATIVA

*Estamos peor, pero estamos mejor,
porque antes estábamos bien, pero era mentira,
no como ahora que estamos mal, pero es VERDAD.*

TEXTO ESCRITO EN UN PIZARRÓN

La sociedad chilena está en un profundo proceso de cuestionamiento al orden que se construyó en los últimos 47 años. El relato que por años articuló los distintos ámbitos de la vida nacional, que marcaba un horizonte de futuro para las personas, empezó a perder credibilidad hasta caer en una completa deslegitimación.

En lo económico, el camino del crecimiento y las políticas públicas focalizadas fueron insuficientes para enfrentar las profundas desigualdades, minimizadas por los triunfalismos. La bonanza económica fue solo para unos pocos. La política institucional perpetuó el modelo obsoleto de la transición, el “consenso” se volvió sinónimo de inmovilidad y, al final, en nombre de la moderación y la estabilidad consagrada en la Constitución, se frenó el avance en derechos sociales, políticos, sexuales y reproductivos. La ciudadanía infantilizada por los nuevos códigos políticos poco podía hacer para incidir en las decisiones que los afectaban día a día y la participación quedó relegada al ritual de la votación de autoridades.

El discurso de la meritocracia y la movilidad social, ejes centrales de ese nuevo Chile, alimentaron los sueños de las nuevas capas medias surgidas del crédito y el acceso a la educación superior. Orientados hacia el futuro y orgullosos de ser el motor del país, inútilmente esperaron por el reconocimiento y compensación a sus esfuerzos desmedidos. No hubo mucho, el país está clausurado para la mayor parte de sus habitantes.

Pero no solo fueron las promesas rotas, con el tiempo se fue haciendo insostenible el contraste de los privilegios de las élites políticas y económicas respecto de la experiencia de los comunes y corrientes.

Aunque por años pensamos que los robos millonarios, los fraudes al fisco, las autoridades deshonestas y los sobornos políticos eran cosa de otros

países, descubrimos que el abuso y la corrupción estaban en todas partes, en el mundo empresarial, en las instituciones del Estado, en los partidos políticos, en las fuerzas armadas, carabineros y en las iglesias.

La precarización generalizada de la vida, la desigualdad en el trato social, la lucha por subsistir en medio de una vida social *irritada*, transformaron en poco tiempo el malestar anunciado en los años 90, en frustración; y la frustración en una rabia muy profunda, pero aún contenida hasta que aconteció lo impensado: todas las fracturas y debilidades del orden económico, político y social impuesto por el neoliberalismo, evidenciaron lo que éramos realmente. El “oasis de paz” no era más que un espejismo.

Desde octubre de 2019, Chile inició un proceso de cambio. Las y los jóvenes estudiantes de enseñanza media y luego quienes están en educación superior, seguidos por personas de diversas edades, sectores sociales y organizaciones, se sumaron a lo que se ha registrado como una de las mayores movilizaciones populares de nuestra historia.

Lo que comenzó saltando el torniquete en el Metro de Santiago, para protestar por un alza en la tarifa adulta del servicio, se regó por todo el país entre el 18 y 19 de octubre. En ese fin de semana, las chilenas y chilenos abrimos las compuertas para expresarnos contra la desigualdad y para reclamar dignidad.

El imaginario simplista que se ha intentado construir de una juventud individualista y apática fue rebatido, los y las jóvenes no viven en otro mundo, son conscientes de sus historias familiares, han vivido junto a sus madres, padres, abuelos y abuelas, la experiencia de la asfixia y el agotamiento.

Queremos poner de relieve que estas generaciones de jóvenes volvieron a activarse, como en dictadura, como a principios de siglo, como el 2006 desde la enseñanza media, como el 2011 desde la enseñanza superior, como el 2018 con las feministas y disidencias sexuales. Volvieron a mostrarnos que son actores y actoras que buscan protagonismo en tiempo presente, que no quieren ser el futuro (si ello implica postergar el mañana). Han construido un acontecimiento, esos hitos que marcan transformaciones profundas en el devenir de una sociedad, y han mostrado que, eventualmente, el individualismo podría dar paso a mayores niveles de colaboración, la discriminación a un respeto más profundo por la diversidad y la endogamia de las élites a un sistema más plural y representativo.

Hemos logrado por fin quebrar la *impotencia reflexiva* en la que hemos vivido, tal como una mujer adulta expresaba en una pancarta: “Este movimiento me quitó la pena”. Nos hemos atrevido a soñar un país con nuevos horizontes y sacarnos de encima la profecía autocumplida que Margaret Thatcher sentenció en los 80, “no hay alternativa”.

En esta activación juvenil e intergeneracional, llama la atención, entre otras cuestiones, las formas de acción política a las que se ha recurrido. Ellas

marcan continuidades con antiguas maneras de acción, pero también han aparecido nuevos repertorios que nos interesa observar y poner en la conversación. Una de estas novedades está en el fuerte guiño a lo emocional, como un componente que necesita ser estimulado en los procesos sociales de movilización, a contracorriente con la supuesta racionalidad que prima para negar otras formas humanas de expresión. El abrazo intergeneracional en este acontecimiento tiene mucho de esta emocionalidad de quienes agradecen a las y los jóvenes por “ayudar a despertar”.

Rescatamos también la potencialidad que han cobrado las expresiones performáticas, en que los cuerpos son constituidos como continentes de las expresiones de las luchas realizadas. El baile, el canto, el teatro, la pintura en la piel, la “primera línea”, el voluntariado y el socorro ante el ahogo, todas expresiones de una forma de “poner el cuerpo en la lucha”. La performance de Las Tesis, que dió la vuelta al mundo, es un muy buen ejemplo del cuerpo como territorio de lucha.

Tejer redes, aprovechar las plataformas digitales como instrumento de acción política, es una característica novedosa que, desde los blogs del movimiento estudiantil del 2006 hasta ahora, sigue ganando espacio en las luchas sociales y cada vez con mayor amplitud de uso —las personas mayores también se van sumando en esto— y con mejores contenidos. Aportar a desbaratar la pretendida desinformación en la población ha sido algo inédito, las y los jóvenes han aprovechado como nunca las redes sociales para compartir conocimientos, desmentir noticias falsas, crear consciencia y sumar a nuevos adherentes.

Otro elemento novedoso que destacamos en este libro es la participación desde abajo. Si bien en la memoria de las luchas populares existen procesos potentes de esta práctica social, su reemergencia a través de cabildos, asambleas territoriales, coloquios, nuevas organizaciones, vuelve a situar la relevancia de desplegar la acción política con el componente participativo como identidad fuerte, que regula y da sentidos a los modos de hacer en la experiencia.

Hay mucho aprendizaje por producir, ya que tal como señalamos, la infantilización de la ciudadanía ha consistido en quitarnos la palabra, en negar y cooptar la participación en diversos ámbitos de nuestra sociedad pero gracias al impulso de las juventudes, quizás, por fin podremos alcanzar esa promesa de ciudadanía activa, abriendo espacios de creatividad democrática.

Queremos enfatizar en el origen y tono de este libro, las reflexiones sobre la revuelta de octubre han sido plasmadas en diferentes publicaciones. Sin embargo, creíamos necesario llevar adelante un proyecto que ofreciera diversas perspectivas de la juventud como protagonista de esta experiencia histórica, primero para entender y poner en perspectiva su rol en la movilización

y contrarrestar los “profetismos de cátedra”, los análisis superficiales y en ocasiones burlescos de los intérpretes de los fenómenos sociales.

Para esto invitamos a investigadores e investigadoras en temas de juventud, con el fin de conocer sus visiones sobre este acontecimiento. Sabemos que el lenguaje y los códigos de la academia no siempre facilitan la divulgación del conocimiento, pero como primer ejercicio intentamos alivianar estos trabajos para llegar a nuevos públicos. Creíamos fundamental que las y los jóvenes hablaran por sí mismos e incorporamos sus testimonios en primera persona, para conocer sus trayectorias de vida y experiencia en el proceso de movilización.

Al igual que la diversidad de personas que formó parte de este hito, *Saltar el torniquete: reflexiones desde las juventudes de octubre*, entrega desde diferentes perspectivas y formatos (análisis de encuestas, entrevistas en profundidad, grupos de discusión, ensayos y testimonios en primera persona), algunas luces y códigos para leer y entender, quiénes son las y los jóvenes detrás de la revuelta.

Dieciséis textos reflexionan acerca de las juventudes observadas en torno al período del estallido social, organizados en cinco capítulos, para dar cuenta de la amplitud, diversidad, protagonismo, profundidad y claridad que los jóvenes han tenido (y muy probablemente tendrán) en los eventos sociopolíticos del último periodo.

En el primer capítulo, “Chocar contra el muro”, Manuel Canales, María Cristina Hernández, Víctor Orellana y Fabián Guajardo plantean una imagen general de la crisis actual desde la perspectiva juvenil, a partir de la canción “El baile de los que sobran”. Por su parte, Lorena Pérez y Constanza Ayala proponen una bajada concreta de esta imagen, reflexionando acerca del “privilegio” de acceder a la educación superior y las precariedades económicas y el sobreendeudamiento de jóvenes profesionales.

En el segundo capítulo, “Participación juvenil en el tiempo”, Cristóbal Villalobos muestra un análisis histórico en torno a ciclos de protestas en el campo educativo, desde el año 1990. Propone que el estallido social del 18-O puede entenderse como una *continuidad discontinua* respecto de diversos aspectos observados en ciclos previos de movilizaciones. Daniel Miranda y Juan Carlos Castillo muestran cómo han cambiado las disposiciones de las y los escolares a participar de acciones tanto no disruptivas como disruptivas en los últimos 20 años. Además, discuten cómo estas disposiciones se diferencian entre grupos sociales y entre países. También Roberto González, Cristian Frigolett, Claudia Bazán y Pía Carozzi analizan la participación de jóvenes universitarios en acciones colectivas convencionales y radicales, sus vínculos intergeneracionales y la evolución que estas actividades tuvieron entre agosto y diciembre del 2019, en pleno estallido social.

En el tercer capítulo, “Nuevas formas de acción política”, Marcia Ravelo y Klaudio Duarte reflexionan en torno al movimiento feminista como un antecedente del estallido social, revelando cómo una parte importante de la acción política juvenil gira en torno a lo sexual y al género. Carolina García y Luis Flores discuten el creciente interés y compromiso de jóvenes por involucrarse en temas de interés público, particularmente aquellos ligados al cambio climático, usando formas de expresión extrainstitucionales para la construcción colaborativa del bien común. Isidora Iñigo muestra las visiones juveniles acerca la relación/tensión entre la participación en movimientos sociales y participación institucional. Para cerrar, Danae Videla y Paula Luengo muestran la visión de estudiantes de enseñanza básica acerca de las causas del estallido social y sus demandas como aporte al bienestar de la comunidad nacional.

En el cuarto capítulo, “Movilización juvenil desde las clases sociales”, Nicolás Angelcos, Andrea Roca, Emilia Cuadros, María Luisa Méndez, Alejandra Rasse y Valentina Álvarez muestran una imagen del estallido desde la perspectiva de jóvenes populares, contrastando la idea de “(in)activismo político” con el protagonismo de jóvenes en el “despertar” de la sociedad chilena. Modesto Gayo y María Luisa Méndez muestran cómo jóvenes de clase alta visualizan lo político y sus coincidencias/diferencias en torno a las demandas presentes en la movilización. Además, reflexionan sobre el rol de las familias en la socialización política de jóvenes privilegiados. Emmanuelle Barozet, Óscar Mac-Clure, José Conejeros y Claudia Jordana describen la evolución de la percepción y resignificación de la figura de jóvenes de sectores urbanos antes, durante y después del estallido social.

En el quinto capítulo, “Emociones y consignas de la protesta”, Juan Sandoval reflexiona acerca de las ambivalencias emocionales y las formas de organización espontánea de jóvenes porteños durante la revuelta social. Por su parte, Rodrigo Asún, Karina Rodríguez, Claudia Zuñiga y Raúl Zamora muestran cuáles son las emociones positivas y negativas vinculadas antes y durante la participación en las movilizaciones estudiantiles. Adicionalmente, Margarita Makuc y Walter Molina reflexionan en torno al registro sistemático de las consignas juveniles surgidas durante la revuelta social y su relación con el malestar desde el cuestionamiento al sistema general hasta el malestar social regionalista.

Yanko González cierra el libro con una reflexión en torno a las interpretaciones sobre el estallido social que tempranamente pusieron su foco en los jóvenes. Este capítulo discute explicaciones alternativas que permiten nutrir el imaginario acerca del rol de múltiples generaciones en los últimos ciclos de movilizaciones sociales. En sus palabras: “El movimiento estudiantil del 2011 vigorizado por una mayoría multigeneracional, movió para siempre las

fronteras de lo pensable, de lo deliberable y de lo imaginable”. Este proceso tendría en el estallido social de octubre 2019 su continuación.

Probablemente, por un buen tiempo estaremos analizando, desde los distintos quehaceres, disciplinas y ciencias, este acontecimiento. Esperamos que este proyecto contribuya a una discusión fundada y desprejuiciada, lejos de las caricaturas y estereotipos que se construyeron a partir de octubre.

SOL ALÉ, KLAUDIO DUARTE Y DANIEL MIRANDA,
noviembre de 2020

CAPÍTULO PRIMERO

CHOCAR CONTRA EL MURO

1. LA (RE)VUELTA DE LOS QUE SOBRAN: FULGOR Y CRISIS DEL NEOLIBERALISMO CHILENO

*Manuel Canales, Víctor Orellana,
Fabián Guajardo y Cristina Hernández*

*En un país donde los que mandan han mandado tanto,
es posible que los mandados comiencen a estar hartos de que los manden.*

JESÚS IBÁÑEZ. *El regreso del sujeto*, 1989

Entre las grandes imágenes que dejó la movilización sobresalta, por lo simbólico y emocional, el momento en que se vuelve al canto “El baile de los que sobran”, de Los Prisioneros, frente a la Biblioteca Nacional.

La cuestión juvenil fue formulada con magisterio en 1985 por Jorge González en su afamada y triste canción, que denunciaba la exclusión de las juventudes populares que venían entrando a ese Chile neoliberal naciente. Luego, el tema fue acallado por el potente dispositivo de sujeción que vino a ser la industria de las oportunidades de educación superior. De *sobrar* pasaron al *tú puedes*. Un proyectil al núcleo de deseo tan antiguo como la impotencia.

¿Cómo esa denuncia vuelve a escucharse —ahora como himno, sin danza— 35 años después? Pero no ya por los que sobraban con su enseñanza secundaria, sino los/las de ahora: con su carrera profesional y su título a cuestas.

Para entender el sentido apremiante, inexcusable, de la situación/exclusión, pueden considerarse los dos gráficos siguientes. El primero señala la expansión de la matrícula de estudios superiores (todo el crecimiento es prácticamente de instituciones de este nuevo tipo). El segundo señala, respecto de los empleos, la postal de una sociedad rentista-extractivista, como siempre. Seis veces se multiplicó una matrícula (ver gráfico 1), apenas se movió una décima la otra (ver gráfico 2). Aquí se reproduce el relato de esa torsión o incoherencia estructural, y se refleja cómo esta termina en *un quiebre* de los que lo cuentan y viven. Esa es la fractura final del régimen neoliberal. Su fracaso en medio de su afamado y bien vendido modelo.

GRÁFICO 1. *Evolución matrícula total educación superior (1965-2019)*



FUENTE: elaboración propia a partir de datos oficiales sies-mineduc (período 1983-2019) y Garretón, M. A., & Martínez, J. (1985). *Antecedentes estructurales de las universidades chilenas* (sur, ed.). Santiago: sur (período 1965-1981).

GRÁFICO 2. *Evolución de la distribución de ocupaciones directivas, profesionales y técnicas en la estructura general de ocupaciones* (1982-2017)*



FUENTE: elaboración propia a partir de datos oficiales CASEN-MDS (período 1994-2017) y Censo-INE (período 1982-1992).

* En base a la serie de ocupaciones por oficio utilizadas por las estadísticas nacionales, reagrupadas en categorías genéricas de ocupación que responden a los grandes grupos de la calificación CIUO 08 (incluye fuerzas armadas).

** En las cifras del censo de 1982 la clasificación de ocupaciones (Cota 70) no considera la categoría de grandes grupos equivalente de "técnicos y profesionales de nivel medio" del sistema CIUO 08.

¿Qué pasó?

Crisis del cotidiano neoliberal

Esta crisis no es, en su origen, ni política ni económica; tampoco se debe a circunstancias externas ni fue impulsada por movimientos sociales. Es la crisis del sujeto y el cotidiano popular formado bajo el régimen neoliberal. Ese es el quién y el contra qué de la revuelta; también la razón de su escala, cuándo y cómo.

El espíritu de octubre es la disconformidad, por definición subjetiva, crecida y madurada según se profundizaba el modelo neoliberal. De su éxito nace, de su duración y sus durezas, el sujeto que viene a interrogarlo y a inquietarlo tan gravemente. Es el pasivo o la deuda social que acumula el neoliberalismo cuando se le deja fluir al modo chileno: quiebra sujetos que quebrarán el orden.

Pueblo

Esta fue una revuelta de clase, popular. Todavía el 2011 la representación y la dirección del movimiento estuvo en las clases medias tradicionales. Ahora el protagonismo, de voz y presencia, fue de *la gente de trabajo*, los comunes: millones, de caras mestizas y apellidos corrientes, por todas partes, convergiendo desde sus mismas y variadas periferias. Esa presencia no es nueva, pero no se había visto hace 40 años y hasta se habría creído que estaba extinta.

Pueblo nuevo, técnicos y profesionales

La revuelta fue liderada por las generaciones *nuevas*, que nacieron bajo el neoliberalismo. Como ya se anunciaba el 2006 y el 2011, se van desligando los *antiguos*, que traen en su memoria las huellas de la pobreza y el castigo estamental como norma. Los *nuevos*, en cambio, están formados sin esos estigmas de clase. Si sus padres y abuelas fueron hijos del rigor y el terror, ellos no temen ni están para el sacrificio.

Los/las que creyeron, aborrecen

Destinatarios de la promesa (los creyentes del régimen)

Niños/as y jóvenes de los 90 en adelante, tienen toda su vida formada en el apogeo y madurez del proyecto neoliberal chileno.

La expansión de la educación superior, pago mediante, se presentó disponible como la nueva ola de prosperidad social. Fue la *joya* del modelo: ahora, todos los jóvenes, sin *diferencias* por origen socioeconómico, pueden acceder a estudios superiores o formarse como *profesionales*.

Ellos/as encarnan el ser social neoliberal chileno *realizado*, exitoso; llamados a agradecer la historia: *universitarios de primera generación*, les nombraban, como quien señala a los afortunados de su tiempo; tantas generaciones anhelantes tras lo mismo y, al fin, se escucha la señal del *ahora sí*. Largo viaje para llegar a ser *alguien*; salir de número y de llano, de fuerza simple y abstracta en capacidad compleja y diplomarse, adquirir título y rango.

Conocedores del fracaso y la frustración/ defraude

El caso es que la promesa era frustrante y el haberlo creído un defraude: una vez titulados, una vez egresados, a la salida, hay un muro, impasable, el mismo para todo. Los/las que creyeron no pueden descreer lo pasado ni seguir creyendo.

El camino se corta. Una subjetividad formada ha de desafiarse, deformarse. Se rompe una identidad, una imagen de sí (querida desde lo más profundo, proyectada, y lograda y perdida casi al mismo tiempo). Llevarán, como memoria de su ser social, esa contradicción de ser y no ser. Es su logro personal, potente y valioso, y al mismo tiempo la negación otra vez.

El quiebre, así de personal y *autobiográfico*, es al mismo tiempo un hecho *estamental*: lo de cada quien, como individuo, es también lo del conjunto de su clase, como por reproducción de un mismo esquema y su distorsión.

Han de vivírselo, sin embargo, en la misma sola individualidad en que les enseñaron a proyectar lo que sería su conquista. Así sea de todos y del mismo modo, el viaje es solo y el naufragio también.

No entienden dónde estuvo la falla, suya; cavilan, se interrogan, se inculpan, compadecen, preguntan, ironizan, intentan el humor... lo que sea para sobrellevar esta disforia que les carga y entristece el habla.

Así fue hasta octubre, y por eso pasó lo que pasó.

Análisis del discurso, fragmentos

a) Sobran

La forma normal es el fracaso. El lugar común es allí donde no están, salvo para señalar la anomalía.

Tengo dos compañeros que están trabajando.

En la mía también súper poco. Egresamos como 30, hay trabajando cuatro.

Sobran, por número o masa:

Hay 500 currículos antes del tuyo.

Sobran, por nombre o prestigio:

...que si alguien de Recursos Humanos tiene todos estos currículums, lo que hace es revisar si son de la Católica o de la Chile, USACH, y ahí eligen y ahí está el ranking entre las tres, y los demás aquí quedan, o sea, esa es la realidad. Es un descarte inmediato.

La estructura les gana, dos veces, al sujeto y su intento: por la matriz productiva, que los requiere simples, y por la dualidad social chilena, que los requiere abajo. Del viaje —que los requirió aiosos— salen perdiendo y extraviados. Y debiendo.

b) El muro

Para los de su estamento, el pueblo, la salida (estudios profesionales) no conduce a una entrada (trabajos profesionales). Egresan, pero no ingresan; deben regresar.

Uno sale a un mundo donde las puertas ya están cerradas.

Siempre faltando, siempre debiendo. Como si sus trayectos, y sus títulos, no alcanzaran; forma estamental de incompletitud incorregible y misteriosa que los inhabilita. Quedan debiendo por lo que ya tienen (el título), y por lo que no tienen ni acaso tendrán. Siempre falta algo más. La meta se corre cuando te acercas.

Una forma del desquicio: haga lo que haga, fallará.

Me dicen, “tienes que tener experiencia”, no sé po, “5 años”. “Tienes que hablar chino mandarín”... No sé po, tener cosas, que no sé, que... A uno le da risa igual eso. Pero en verdad, o sea, te piden cosas ilógicas.

Claro, te piden experiencia, pero no te dan oportunidades para.

El orden no resiste un análisis lógico, pero no se inmuta por ello: es real, aunque ilógico. Y ahí se queda la subjetividad con su rabia, impotencia y otros modos de emocionar la debilidad abusada.

c) El quiebre

La urgencia habitual de la economía familiar, por una parte, y la constatación de la inviabilidad de la expectativa laboral profesional, por la otra, fuerzan un quiebre, un “cortar”. Es el momento de la decepción y de alguna forma, acaso insostenible, de resignación.

Entonces, es un tema del trabajo, uno ya se va desmotivando y al final uno agarra lo que hay. Entonces siento que ya está difícil encontrar pega ahora.

Quien se animó y movió, quien ingresó a la competencia por el conocimiento, debe volver/se al régimen de los trabajadores simples o de disponibilidad. El profesional, y su carrera y camino, ceden al jornal y su ley del *agarrar*, siempre al evento, siempre en presente: donde no se crecerá más, o donde no hay desarrollo posible; mundo que se vive al día y en el que lo único que avanza, y se acumula, es el tiempo.

Pero cuando uno se mete a trabajar a otra [actividad fuera de la especialidad] pierde mucho contacto y no gana nada de experiencia. Eso es lo fome... Pero tampoco se puede estar años buscando pega sin hacer nada más, además yo tengo una hija.

Es la condena social que pasa por su propio condenarse, transmutando el *todavía no* de la esperanza, en el *ya no* de la melancolía (y acaso de la rabia).

d) La deuda, la duda y el fin de la creencia

El camino seguido es por lejos el proyecto esencial de sus vidas. En ese camino han puesto los esfuerzos mayores y también una idea de sí. Es una inversión y un viaje identitario, y ambas de alcance mayor. El fracaso abate: un proyecto de ser queda tachado y el sujeto debe hacer solo su pérdida.

Es desmotivante, es muy decepcionante... Yo creo que uno se proyecta... entonces es un proyecto donde uno se endeuda, que uno invierte tiempo y lucas, su intención, su concentración todo en eso...

Al final del *tú puedes* está la impotencia, el árbol de los frutos vanos. Maldicen la razón abusiva y misteriosa, desconocida, que explota sus sueños y luego deshace sus méritos. Mejor, envanece sus frutos.

M: uno dice "estudíe y me esforcé para trabajar en algo que no voy a ejercer", y está esa impotencia, por un tema que uno se esforzó. En mi caso yo era la mejor de mi curso, y estoy trabajando en algo nada que ver... y queda todo en vano.

Lo que sigue son los lentos y tortuosos retornos al camino del jornal, al trabajo simple o a formas de autoempleo equivalentes. Y lo que queda, es la palabra ya dicha, y sus arranques hacia atrás (al sentido de la escuela y los estudios superiores) y hacia adelante (al sentido del orden social y la permanencia de la segregación).

e) Al salir de cuarto medio: ¿el único camino es la educación superior?

Al inicio de este camino, a los 18 años, cuando salían de cuarto medio (incluso antes, cuando sus padres los matriculaban en algún colegio del nuevo sistema con *voucher*) había un camino prohibido: integrarse sin más al trabajo jornalero de siempre y su ley de la disponibilidad del trabajo simple (salarios

de subsistencia, identidad social disuelta en número, sin posibilidades de desarrollo laboral ni promoción social).

Decían, al salir de cuarto medio:

¿Qué viene para adelante? Todavía no estoy bien enfocado en algo en especial, pero después de aquí, no trabajar (...). Me gustaría estudiar y sacar una carrera profesional, y lo que es importante es que después del cuarto medio no salir a trabajar, eso es lo que me interesa.

La mayoría de los papás de nosotros no son profesionales, trabajan el día a día y se sacan la mugre trabajando.

Yo en los veranos he trabajado, uno termina hecho bolsa no quiero esto para mi vida todos los años, toda mi vida, no, entonces como la única opción que tienes es estudiar.

Es sobre esa pulsión de fuga del trabajo jornalero que se montó el sistema. En vez de vocaciones (como en las clases medias tradicionales), se trata de vías de escape de los trabajos existentes. Todos los barcos servían si prometían la chance de “partir” de esos empleos a los de mejor destino.

Hoy, al final de este viaje, ya no parece tan sensato aquello de “al salir de cuarto, no entrar a trabajar”.

Dicen, ahora:

Entonces mejor al final hubiera salido del colegio y trabajado al tiro. Hubiera tenido la experiencia que me piden y todo.

Una idea se ha comenzado a apagar: y era una idea fuerza que orientaba a las generaciones populares de todos estos lustros. Y entonces, ¿dónde irán los que vienen entrando?

f) *¿Y si no hay camino? Neoliberal sí, feudal también*

Es la forma perversa, que niega lo que afirma, de la modernidad neoliberal chilena: los individuos deben *orientarse intensamente hacia el sí mismo* (como en los juegos de la razón instrumental de la sociedad mercantil), pero, a su vez, los puestos *siguen adscritos a estamentos* (como en los juegos de la sin/razón comunicativa de la sociedad feudal); que se puede ser neoliberal extremo en lo primero, y feudal naturalizado en lo segundo. Eso es lo retorcido que se corta con el estallido de octubre.

Nada falló, el modelo fue exitoso, todos hicieron como se esperaba, y fue con ganancias, superación de la miseria, etc.

¿Por qué entonces este resultado?

Se equivocaron creyendo que seguía un pueblo antiguo, con su inferioridad social asumida como asunto algo real y natural. Así lo habían conocido por cinco siglos, y creyeron que los tiempos de Frei y Allende eran memoria vacía. Pero este nuevo profesional no se cree aquello. Ni lleva yugo ni se siente *menos*. Y así, cuando fue el momento de todos, quebrados ellos, quebraron el orden que los quebró.

Y ese es el fondo del asunto: se ha formado un pueblo (nuevo) que no se conforma con el régimen *hyle-mórfico* de siempre de la sociedad chilena. Y las clases dirigentes siguen imaginando que hubiera de contentarlos con esta posmiseria.

Así se explica su acomodo rentista o extractivista, bien apañado en su autoimagen de estamento superior. Para los muchos, trabajos simples en abundancia; para los selectos, trabajos complejos, a su escala. Todo cuadraba.

No habrá solución sin cambio del modelo de desarrollo, comenzando por repensar la matriz de empleo basada en la explotación, improductiva, aunque rentable, de las capacidades humanas. Eso solo genera ganancia y empleos para los del estamento dominante.

Acaso sea lo mismo, habrá que hacer la crítica de una clase dirigente que nunca ha asumido el principio racional o moderno, dicho en la lengua de los que saben de esto, los uruguayos, que *nadie es más que nadie*.

g) Rabia o esperanza

Octubre trae rabia y abrió una esperanza (después del tan dolido *ya no*, de nuevo un *todavía no*). Si no se politiza lo segundo, se va a radicalizar lo primero. Si no fuere así, no se escuchará de futuros distintos a esta forma actual ya ostensiblemente aborrecida, el ser social seguirá torcido y la rabia campeará.

Si se logra politizar la esperanza que deja octubre, entonces, quizás, otro gallo cantará de nuevo y quiera la sociedad chilena reconstituirse después de estos 45 años de neoliberalismo.

HISTORIA DE VIDA GONZALO SERRANO¹

Soy Gonzalo, tengo 26 años y vivo en la comuna de Puente Alto. Nací en San Bernardo, viví un par de años en La Florida en la casa de mi abuela y luego nos cambiamos con mi familia a la casa donde vivimos actualmente. Si bien no éramos pobres, pertenecíamos a un nivel socioeconómico bajo, realidad que fue cambiando por el esfuerzo de mis padres y mis tíos y tías.

Mi círculo cercano no era un espacio muy politizado, la vida de los adultos se iba en trabajar y compartir el poco tiempo que quedaba con los hijos. Mi interés por los temas sociales y políticos fue surgiendo en la educación media específicamente, empecé a informarme más, a conocer a los políticos y políticas que nos gobernaban, leer más noticias y así me pilló el movimiento estudiantil del 2011 con su inolvidable eslogan: “Educación pública, gratuita y de calidad”. La verdad es que en ese minuto no sabía ni entendía tanto, pero igual participé activamente de las marchas, me quedaba hasta el final a escuchar las tocatas y mirar los desmanes que quedaban a pasos del escenario. Durante mi infancia y adolescencia casi no salí de Puente Alto y gracias a las marchas conocí mejor Santiago, fue una época increíble, acompañada de un movimiento social muy vibrante.

El 2011 me cambió, sentí que era una persona politizada y mi interés por estos temas fue creciendo, hasta que decidí estudiar ciencia política en la Universidad Diego Portales. Al igual que a todos, allí se me abrió un mundo nuevo, conocí personas de distintas clases sociales, de otras regiones y distintos pensamientos políticos. Esta experiencia me ayudó a dimensionar la profunda desigualdad de oportunidades que existe y el falso mito de la meritocracia.

Mis papás vivieron toda la dictadura y pese a que no conversábamos nunca de política, siempre fueron fieles a la Concertación e indirectamente yo me fui formando bajo esa misma corriente. Al final éramos el resultado del discurso del esfuerzo personal y la movilidad social, el cuento de la reducción de la pobreza y los logros económicos de todo este período, aunque claramente la desigualdad y la sensación de desigualdad nunca se fueron.

Apenas salí de la universidad empecé a trabajar, eso también me abrió un nuevo mundo, viajé a distintas localidades del norte del país y ahí sí que conocí el abandono total, pueblos y comunas que no reciben ayuda de nadie,

¹ Testimonio recogido por Sol Alé.

espacios donde el Estado no existe. Realidades escondidas para quienes vivimos en la capital, comunidades que viven apenas con unas pocas horas de electricidad y acceso al agua, o derechamente el agua es un lujo. Todo esto me ha ido reafirmando cómo el discurso de este país exitoso y el esfuerzo personal para surgir son palabras armadas por personas desconectadas de la realidad.

Aunque durante los años de la Concertación se hicieron varias cosas buenas, veo que nadie se ha hecho responsable por cómo durante este periodo se normalizaron y profundizaron el abuso de las élites a todos y todas nosotros. La excepción fue el segundo gobierno de Bachelet, que intentó realizar algunos cambios a los que nuevamente las élites se opusieron. La agenda de ese gobierno apuntaba en la dirección correcta y, sin embargo, gente incluso de su propia coalición le hizo la vida imposible, obstruyendo y dificultando todas las reformas que se requerían. Aquí queda claro que quienes se ven favorecidos por este sistema no tienen el mínimo interés en cambiar las cosas, les da igual el bien común y solo quieren mantener su poder intacto. Así nos fuimos acercando cada vez más al 18 de octubre, entre la acumulación de todas estas rabias y frustraciones, y un gobierno insensible a los abusos y humillaciones que las personas viven día a día.

Nunca olvidaré el 18 de octubre. Fui después del trabajo a tomar cerveza con unos compañeros a Providencia, a esa altura ya sabía que sería difícil volver a Puente Alto porque el transporte público dejó de funcionar, el Metro ya estaba cerrado y no pasaban micros, así que decidí despreocuparme de la vuelta a mi casa y caminamos de Providencia a Macul, a la casa de un amigo. En el camino nos encontramos con barricadas e íbamos informándonos sobre las estaciones de Metro de la línea 4, la línea que yo uso habitualmente, se estaba incendiando, realmente no sabía bien hasta dónde iba a llegar todo esto. Durante ese fin de semana participé de las movilizaciones que hubo en Puente Alto, nunca había visto tanta gente reunida en mi comuna, en todas las estaciones de Metro había gran número de personas manifestándose, haciendo barricadas, o solo mirando este momento excepcional.

Cuando comenzaron las primeras concentraciones y marchas en Plaza Italia, me di cuenta de que el movimiento era realmente popular. Durante todo octubre, noviembre y diciembre fui después de trabajar a muchas convocatorias, no importaba si estaba cansado o si era lunes o martes, necesitaba estar ahí. Participé el 25 de octubre de “la Marcha más Grande de Todas” y no me perdí ninguna de las convocatorias de los viernes. Además de ir a protestar valoro mucho el haber podido compartir con mis amigos de toda la vida y amigos de la universidad, también volver a encontrarme con gente que no veía hace años y sentir que además había alegría y esperanza: cantar y gritar, ver a la tía Pikachú y distintos colectivos bailando, los fuegos artificiales por las noches y la creatividad de los miles de carteles, compartir con personas

desconocidas, volver a la casa en micros pirata con gente que también había ido a la manifestación y conversar de todo lo que estaba pasando.

Sin embargo, no todo fue bonito y alegre, este proceso está teñido por mucho dolor, angustia e incertidumbre, al principio fue el estado de excepción y los toques de queda, pero esto no era nada con lo que vendría después. Las marchas se fueron haciendo cada vez más represivas, la policía estaba descontrolada, saltándose todos los protocolos y normas que se supone debería cumplir. Estuve ahí al lado de mucha gente a la que le dispararon perdigones, la policía tiraba lacrimógenas sin tener motivos para hacerlo, vi cómo personas desesperadas huyendo de la violencia policial se tiraban a la ladera del río Mapocho. Sentí miedo a que me pasara algo grave, nunca había sentido un miedo así y también mucha impotencia de ver en vivo y por redes sociales abusos y violaciones a los derechos humanos que se repetían en todo el país.

Veo el futuro con optimismo, el estallido social derribó el mito de que los chilenos y las chilenas dejamos que se acumulen los abusos; sin duda tenemos la misma capacidad de cualquier otro país de levantarnos y demandar nuestros derechos. A pesar de toda la incertidumbre que hay en el proceso constituyente, tengo esperanza porque es una oportunidad única. Quizás estoy pecando de optimista, pero si me hubiesen preguntado hace dos años atrás si era posible un estallido social en Chile como el de octubre, mi respuesta hubiese sido que no. Ya no hay vuelta atrás.

2. LAS PRECARIIDADES ECONÓMICAS DE LOS “PRIVILEGIADOS”: MOROSIDAD EN JÓVENES PROFESIONALES DE SANTIAGO Y CONCEPCIÓN

Lorena Pérez y María Constanza Ayala

El invierno del 2011 será recordado por muchos como el inicio del despertar de Chile. Las grandes manifestaciones que inundaron de jóvenes secundarios y universitarios las calles de las ciudades más importantes de Chile comenzaron no solo a inaugurar un ciclo de protestas de alta masividad en nuestro país, sino a instalar con fuerza el rechazo por el endeudamiento estudiantil y el lucro en el sistema universitario. Las altas tasas de interés de los créditos universitarios, las condiciones de pago perjudiciales para los jóvenes deudores y la promesa de movilidad social que ofrecía el endeudamiento estudiantil comenzaron a ser cuestionados en el seno de un movimiento estudiantil con alta legitimidad social. Ocho años más tarde, el endeudamiento universitario vuelve a aparecer en las pancartas de las masivas manifestaciones de octubre del 2019: “Toma conciencia que tu deuda universitaria es para el resto de tu vida”; “5 años estudiando, 15 pagando”; “Ilustrada pero endeudada”.

Llegar a encontrarse en una situación de endeudamiento problemático es la consecuencia de una serie de acontecimientos que se inicia para muchos jóvenes chilenos cuando acceden a la educación superior. La prevalencia de la deuda educativa se concentra en la población de adultos jóvenes —particularmente entre aquellos que estudiaron a fines de los 90 y principios de los 2000—, años en que la política de financiamiento de la educación superior se abrió a las instituciones financieras de la mano del crédito Corfo de pregrado (1998) y el Crédito con Aval del Estado (2006). En efecto, según las cifras de la Encuesta Financiera de Hogares (2018), un 12,3% de los hogares chilenos tiene deuda educativa y esta se concentra principalmente en la generación de adultos jóvenes, específicamente en el tramo que va desde los 25 años hasta los 29 años (27,82%).

Ahora bien, el acceso a la educación superior abre, a su vez, una serie de posibilidades de acceso a una vasta línea de servicios y productos financieros. Los bancos a través de alianzas con las instituciones de educación superior se instalan de manera transitoria o permanente en las instituciones de educación superior, para ofrecer productos especialmente pensados en ellos. Según los datos del Servicio Nacional de Consumidores (en adelante Sernac), el 85% de los bancos ofrece algún producto para estudiantes universitarios (2017). Más aún, el Instituto Nacional de Juventud (en adelante Injuv) muestra que uno de cada tres jóvenes entre 15 y 29 años posee al menos una deuda, préstamo o crédito a su nombre (2018).

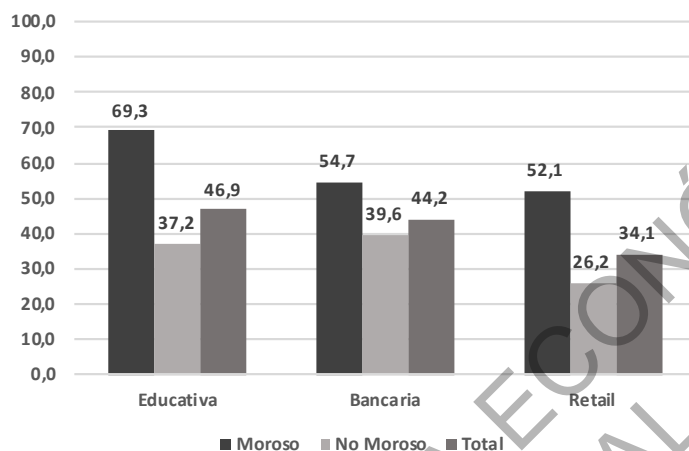
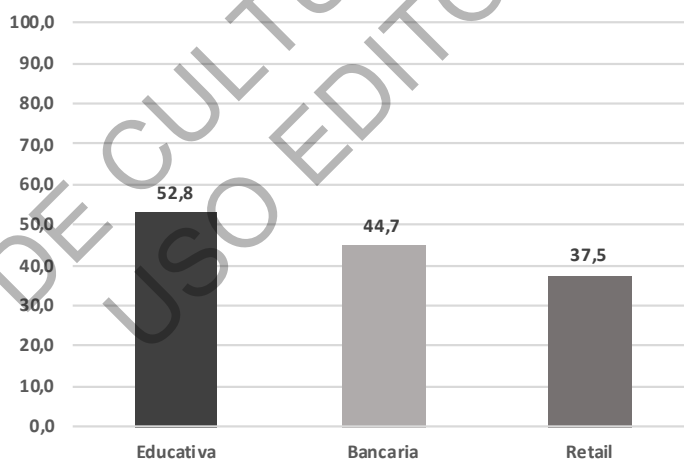
Acceder a esta diversidad de instrumentos financieros trae consigo una nueva problemática: ¿son los jóvenes capaces de pagar sus deudas educativas, bancarias y de casas comerciales? Según los datos del último informe de morosidad (Equifax-Universidad San Sebastián, 2020), del total de la mora nacional un 13,7% corresponde a jóvenes entre 25 y 29 años. Su promedio de deuda es de \$1.028.216. Los ingresos inestables de la población juvenil y el trabajo informal son, a juicio de las instituciones financieras, las principales razones que podrían explicar estas dificultades financieras (SBIF, 2017).

En este contexto de alta prevalencia de deuda educativa y de deuda de consumo, el propósito es explorar el peso económico de la deuda en profesionales que trabajan, pero que, a pesar de ello, no pueden hacer frente a sus compromisos financieros. Para esto se utiliza información de una encuesta *online* aplicada a jóvenes y adultos profesionales deudores que tienen entre 25 y 40 años, que residen en Santiago y Concepción.

La precariedad del privilegiado

Los jóvenes y adultos profesionales deudores que participaron en esta encuesta señalan que, en su mayoría, se encuentran trabajando de manera dependiente y presentan ingresos mensuales con una gran variación. De hecho, más de la mitad posee ingresos por trabajo entre el ingreso mínimo y un millón de pesos chilenos, pero en algunos casos llegan a más de un millón y medio. Comparativamente con lo que sucede a nivel país, se puede inferir que los jóvenes profesionales encuestados reciben ingresos mayores a lo que sucede con la inmensa mayoría de trabajadores chilenos.² A primera vista, esta situación tiende a confirmar el supuesto de que el paso por la educación superior implica un beneficio económico para los jóvenes y adultos profesionales. Sin embargo, un gran porcentaje de estos jóvenes profesionales tuvieron que endeudarse para poder sostener los altos costos que en Chile implica acceder a la enseñanza superior, siendo aún mayor para quienes se encuentran atrasados en alguna de sus deudas (ver gráfico 1).

² Según datos del Instituto Nacional de Estadísticas, el promedio de ingresos del total de los trabajadores chilenos es de \$573.964 pesos chilenos (INE, 2018).

GRÁFICO 1. (a). *Tipo de deuda según situación de morosidad*GRÁFICO 1. (b). *Tipo de deuda atrasada para morosos*

FUENTE: elaboración propia sobre la base de “Encuesta sobre formas de endeudamiento y las obligaciones crediticias 2016-2017”.

Nota: los porcentajes refieren a las respuestas positivas dentro de cada grupo y del total.

La alta prevalencia de morosidad en las deudas educativas de los deudores encuestados —ver gráfico 1(b)—, devela el peso que tienen los créditos universitarios en la situación financiera de los jóvenes adultos. Ahora bien, los resultados también muestran que los jóvenes morosos tienen mayores niveles de desempleo que aquellos que se encuentran al día en sus pagos, y que sus ingresos son también inferiores. Si bien la literatura ha demostrado la importancia de los ingresos a la hora de mantener los compromisos financieros y sugieren que los salarios deberían aumentar en función del nivel de educación de los deudores (Oksanen, Aaltonen y Rantal, 2016; Despard et al., 2016), nuestros resultados muestran que esta relación es sensible a la modalidad de financiamiento de la educación superior. Esta evidencia permite cuestionar el supuesto de que toda la deuda educativa es, en sí misma, una inversión. Utilizando la expresión de Seamster y Charron-Chénier (2017), los créditos educativos parecen ser una práctica institucional “depredadora”, que se presenta como una oportunidad para el progreso social y económico de los individuos más vulnerables, pero que, a largo plazo, reproduce la desigualdad y la inseguridad, al permitir que las personas con una mejor situación económica y social obtengan beneficios mucho más significativos.

Ahora bien, no solo las deudas educativas apremian a los profesionales encuestados; también se superponen deudas de consumo, lo que aumenta considerablemente su carga financiera. En el gráfico 1(a) es posible observar el peso de las deudas bancarias y de casas comerciales (*retail*), estando presentes en más del 50% de quienes se encuentran atrasados en el pago de sus deudas. En este sentido, podemos suponer que esta superposición de deudas profundiza aún más las dificultades económicas que enfrentan los profesionales morosos.

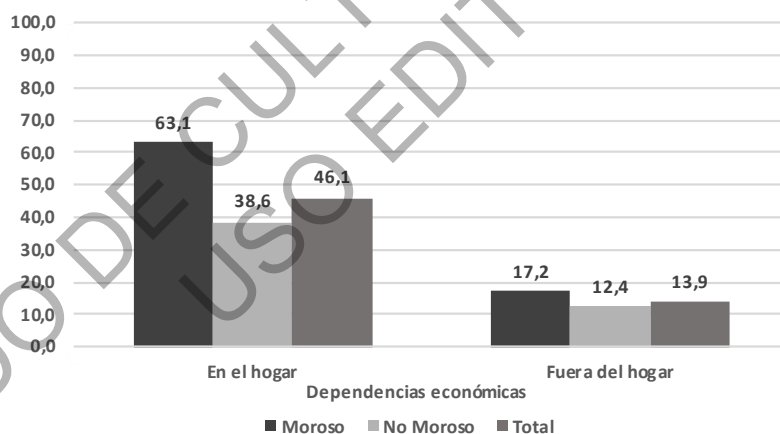
Soportar económicamente a otros

Una de las principales funciones que cumple la familia es la transmisión intergeneracional, entendida como el movimiento de traspaso de bienes materiales e inmateriales de una generación a otra (Araujo, 2016). Estos circuitos de intercambio de bienes son estrategias de supervivencia que le permiten a las familias, particularmente a las más pobres, operar en la asignación de recursos escasos y distribución de servicios insuficientes; disponer de seguridad colectiva en contra de las amenazas del sistema formal y como fuente de recursos en caso de emergencias (Lomntiz, 2008). Anteriores trabajos muestran cómo los hogares activos en el mercado laboral soportan económicamente en gran medida a sus dependientes tanto dentro del hogar (pareja/hijos/as) y fuera del hogar (padres, madres y otros) (Pérez-Roa y Donoso, 2018). En un contexto de envejecimiento de la población y de precarización

de las condiciones de jubilación de los adultos mayores, los padres enfrentan una baja de ingresos que es sostenida por aquellos que se encuentran activos en el mercado laboral (Andrade, 2020). En este sentido, juegan el rol de la “generación sándwich”, es decir, son quienes tienen a cargo a sus hijos/as y, al mismo tiempo, a los adultos mayores de la familia (Hammer y Neal, 2008 en Saracostti y Muñoz, 2016).

Esta tarea de proveer seguridad económica a los miembros de la familia puede ser una exigencia difícil de sostener. Entendiendo que las dependencias económicas refieren a los apoyos económicos permanentes que los participantes les brindan principalmente a sus familiares, según nuestros datos quienes están morosos con alguna deuda declararon tener más dependientes tanto fuera (padres y otros) como dentro (pareja e hijos) del hogar en comparación a aquellos que están al día con sus deudas (ver gráfico 2). En este sentido, se hace plausible pensar que hacerse cargo de hijos/as, apoyar económicamente a la pareja y/o a los padres, son cargas económicas que pueden disminuir el margen de maniobra que los profesionales deudores cuentan para poder responder con sus compromisos financieros.

GRÁFICO 2. *Dependencias económicas según situación de morosidad*



FUENTE: elaboración propia a partir de “Encuesta sobre formas de endeudamiento y las obligaciones crediticias 2016-2017”.

Nota: los porcentajes refieren a las respuestas positivas dentro de cada grupo y del total.

Según datos del PNUD (2017), los chilenos valoran de manera importante los saltos intergeneracionales en las condiciones de vida que evidencian sus propias historias (sus abuelos que debían ir descalzos o vivir en casas con piso de tierra; sus padres que no accedieron a la educación superior). La mayoría de los jóvenes participantes de este estudio ha experimentado un proceso de movilidad en sus condiciones de vida respecto de sus padres, aun cuando solo sea un efecto del mejoramiento en el acceso a bienes y servicios a nivel global, y a la percepción de acceso a trabajos en el sector servicios “distintos” a los de sus padres. Sin embargo, no siempre mejoran su posición socioeconómica en términos relativos (Marambio, 2017). Esta posición relativamente mejor que la de sus padres los ubica en una posición expectante respecto de su capacidad de cumplir con el mandato de las transferencias intergeneracionales, ya que deberían ser capaces de proveer tanto a sus hijos como a sus padres. En este sentido, se hace necesario seguir profundizando en estas transferencias económicas de aquellos grupos que al menos, teóricamente, ocupan una mejor posición económica que la de sus padres, asumiendo, por ello, mayores responsabilidades económicas en sus familias (es viable preguntarse si sería un factor que podría profundizar su precariedad económica particularmente en contextos de alta incertidumbre económica, como la que actualmente estamos atravesando debido a la pandemia).

La evidencia que se presenta permite mostrar el peso de las deudas educativas, bancarias y de consumo de un grupo de jóvenes y adultos profesionales en Chile y cómo estas deudas interactúan con la morosidad y las dependencias económicas dentro y fuera del hogar, repercutiendo en su situación financiera en un país que ha visto incrementado exponencialmente sus costos. Las deudas educativas repercuten de manera significativa en el no pago de los compromisos financieros, tal como los participantes de las manifestaciones sociales de las últimas décadas han puesto en discusión.

BIBLIOGRAFÍA

- Araujo, K. (2016). *El miedo a los subordinados. Una teoría de la autoridad*. Santiago: LOM Ediciones.
- Araujo, K. y Martuccelli, D. (2012). *Desafíos comunes. Retrato de la sociedad chilena y sus individuos*. Santiago: LOM Ediciones.
- Andrade, C. (2020). “¿Cuánto más soporta el Pilar Solidario? La experiencia de la vejez en el Chile actual”. En *Hilos tensados, para leer el octubre chileno*. Santiago: Colección IDEA y Universidad de Santiago de Chile.
- Banco Central de Chile. (2018). “Encuesta financiera de hogares 2017. Santiago de Chile: Banco Central de Chile”. Recuperado de: <https://www.bcentral.cl/financiera-de-hogares>

- Despard, M., Mathieu R., D. Perantie, S. Taylor, M. Grinstein-Weiss, T. Friedline y R. Raghavan. (2016). "Student Debt and Hardship: Evidence from a Large Sample of Low- And Moderate-Income Households". *Children and Youth Services Review* 70: 8-18.
- Saracostti, M. y Muñoz, C. (2106). *Familia y trabajo: tensiones y posibilidades. Una aproximación a la visión de los niños y niñas chilenos*. Temuco: Universidad de la Frontera.
- Seamster, L., y Charron-Chénier, R. (2017). "Predatory Inclusion and Education Debt: Rethinking the Racial Wealth Gap". *Social Currents*,4(3): 199-207.
- INE. (2018). Encuesta Suplementaria de Ingresos (ESI).
- Lomnitz, L. (2008). *Lo formal y lo informal en sociedades contemporáneas*. Santiago, Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Marambio, A. (2017). "Narratives of Social Mobility in the Post-Industrial Working Class and the Use of Credit in Chilean Households". *Revue de la régulation. Capitalisme, institutions, pouvoirs* 22 : 1-18.
- Oksanen, A., M. Aaltonen y K. Rantala. (2016). "Debt Problems and Life transitions: A Register-Based Panel Study of Finnish Young People". *Journal of Youth Studies* 19(9): 1184-1203.
- Pérez, L. y Donoso, J. (2018). "Redes de intercambio y de pago de deudas en parejas jóvenes endeudadas de Santiago de Chile". *Revista Intervención* 8(2): 23-30.
- PNUD-Chile. (2017). *Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social*.

HISTORIA DE VIDA BELÉN QUINCHAVIL³

Mi nombre es Belén Quinchavil Painemal, soy mujer mapuche, pertenezco a una comunidad indígena, estudiante del área de la salud. Provengo de una familia campesina, con escaso acceso a la educación, por lo que junto a mi hermana mayor somos la primera generación en entrar a la educación superior. No pertenezco a ningún partido político, porque siento que sesga de alguna manera la visión que tenemos las personas de las cosas. Siento que actualmente la política es un juego donde participan muy pocas personas; no se ve expresado lo que piensa un abuelito/a, o las cosas de la gente común. En mi territorio, Ragñintuleufu, llevamos años luchando para que ninguno de los dos ríos se intervenga, tanto el Cautín como el Quepe. Durante mucho tiempo hemos luchado por protegerlos, si alguien o alguna empresa intenta intervenirlos, nosotros vamos y hacemos una declaración pública y si no se cumple, nos movilizamos o protestamos, pero siempre las respuestas son las mismas, la municipalidad se tira la pelota con la Dirección de Obras Hidráulicas y ellos nos mandan a la Conadi y nunca tenemos una solución. Son años de lucha pidiendo que no intervengan los ríos, porque el daño es muy grande, la gente ha perdido sus animales, sus árboles, sus terrenos, en invierno se inunda todo y los abuelos o personas mayores no pueden salir de sus casas porque están anegadas con agua y los bomberos no pueden sacarlos... ¡es terrible!

Nosotras exigimos vivir dignamente, tener un invierno seguro y tranquilo en el lugar donde nacimos, pero el río cada vez se acerca más y está comiendo más tierra y se hacen desbordes. Antes del estallido éramos pocos los que reclamábamos y ahora somos muchos más, incluso personas que no son del territorio nos apoyan y por primera vez cortamos la carretera S-40 y no nos pasaron a llevar, nunca había visto tanta gente unida pidiendo lo mismo que nosotros. Antes pasaban personas en auto que cuestionaban lo que hacíamos, pero ahora esas mismas personas han ido entendiendo lo que vivimos y nos apoyan.

Hay otras formas de protesta también: mi familia decidió no ver más noticias y televisión, nos informamos por otros medios alternativos que sí muestran lo que los canales de televisión esconden. Al final estos canales mostraban una visión totalmente distorsionada de lo que estaba pasando en Santiago, solo buscaban asustar y escandalizar, sin hacer ninguna reflexión.

³ Testimonio recogido por Diego Añiñir.

Aunque hay gente que todavía cree esto, me alegra mucho que ya no se les compre todo lo que dicen e investigan un poco más en internet y las redes sociales.

Con respecto al Wallmapu, encuentro que después del estallido social tenemos más apoyo, la gente se dio cuenta que todos los reclamos y las injusticias que hemos vivido no eran mentiras, el mismo caso de Camilo Catrillanca ha sido un emblema en Temuco y también en Santiago. Ahora siento que las personas se identifican más con nuestro pueblo y sus raíces, se reconocen con sangre mapuche y eso los enorgullece.

Cuando se acabe la pandemia esto va a seguir con fuerza y se buscarán soluciones. Una nueva Constitución puede ser una de ellas, pero mientras haya esta desconexión de los políticos con nosotros no pasará nada. Exigimos cosas básicas, que se cuiden nuestras tierras, el agua, el medioambiente, que se respete a las personas y para eso necesitamos una renovación completa de la gente que participa en política.

En el Wallmapu veo un cambio, ya no hay la resignación de antes, la gente se ha empoderado y sabe que unida puede hacerse escuchar, ya no está esa conformidad del “no se puede hacer nada”.

HISTORIA DE VIDA CAROLINA SÁEZ⁴

Soy Carolina, tengo 25 años y vivo en la comuna de El Bosque. Toda mi vida ha transcurrido aquí y en San Bernardo, y recién empecé a conocer otras comunas cuando entré a la universidad. Actualmente vivo con mis papás y mis hermanos, somos una familia de clase baja, mi papá siempre ha trabajado en una bomba de bencina y mi mamá es dueña de casa, mi hermana trabaja en un local de comida y mi hermano chico terminó recién de estudiar la educación media.

Soy la primera de la familia que tiene un título universitario, estudié trabajo social en la Alberto Hurtado y estoy buscando trabajo.

Desde muy chica sentí interés por los temas sociales y creo que por eso estudié trabajo social. En el colegio estuve en varias marchas. Aunque estaba en básica, recuerdo el movimiento pingüino y de más grande pude participar en las movilizaciones del 2011, yo estudiaba en un colegio particular subvencionado, un colegio católico de la “burbuja” que nunca se unía a ninguna protesta, a diferencia de los liceos comerciales e industriales de la comuna, éramos como los niños buenos y pavos de San Bernardo. Pero las protestas del 2011 fueron tan grandes, que hasta nosotros nos sumamos.

Los jóvenes nos dimos cuenta que esta democracia al final es una falsa democracia, que pone un manto sobre las injusticias sociales, eso era lo que los adultos no lograban distinguir tan bien, porque antes que eso recuperaron libertades básicas como salir a la calle con más tranquilidad y vivir sin toque de queda.

Mis papás vivieron la dictadura en Chillán y a pesar de la edad que tienen, apoyaron el estallido social. Yo noto una diferencia en cómo mi papá entiende la política y cómo la entiendo yo. Para él su prioridad es el voto, siempre alega que “por qué los cabros no votan, si a nosotros nos costó tanto”, pero ese voto es una vez cada cuatro años y luego se desentienden, entonces el estallido era demostrarle que habían otras formas de hacer política, que ya el tema no era tan partidista como de izquierda o derecha, y no porque alguien viniera de un partido socialista quería decir que iba a estar todo bien.

Me acuerdo que vi en la tele las evasiones en el Metro y quedé sorprendida, no me imaginé que algo así pudiese pasar. Me junté con mis amigos del colegio, mis compañeros de empaque del supermercado en el que trabajo y

⁴ Testimonio recogido por Francisco Farías.

amigas de la U, la mayoría son bien activos políticamente y quisimos participar de una experiencia nueva, marchas y protestas masivas en San Bernardo y El Bosque, nuestro espacio. En una de esas marchas me llegaron dos perdigones en la pierna derecha y además de la ayuda de mis amigos, recibí contención de la gente que estaba ahí. Recuerdo en especial a una paramédica y los abuelitos de un amigo que fueron a buscarme en auto. Cuando me hice la radiografía los balines estaban ahí y no eran de goma, mis papás lo pasaron mal y me retaron mucho.

Me quedé tranquila, porque a pesar de que los balines estaban dentro, me dijeron en el hospital que podría hacer mi vida normal. Pero no fue así. Empecé a perder movilidad en mi pierna e iba todos los días con mi mamá, que estaba muy estresada, a hacerme las curaciones en el consultorio. Al final una amiga kinesióloga me decía que la única forma de recuperar la movilidad era operándome, cuando fui al Barros Luco me tuvieron esperando semanas e insistían que los proyectiles no se sacaban y que se me pasaría con el tiempo, pero a las tres semanas estaba mucho peor.

En medio de esto conocí a una chica que también le llegaron perdigones que le fracturaron la mano y aunque la tramitaron mucho, al final terminaron operándola en el mismo Barros Luco y yo aún no tenía respuestas, así que a pesar de nuestros problemas económicos, pedimos hora en una consulta particular y mi mamá me dijo que me operaría en un centro médico más confiable. Mis profes de la universidad y cercanos organizaron una colecta y gracias a eso pude operarme. Son tantas las diferencias que existen, supe de gente que había recibido balines y se atendieron en la Clínica Alemana y listo, yo gracias a que tenía redes de apoyo logré finalmente operarme de manera particular, pero aquí cerca de mi casa hay un muchacho que recibió un perdigón en un ojo y aunque hicimos bingos y completadas, no alcanzó para que se tratara en el sistema privado. En esa época yo estudiaba y trabajaba, pero no soy la sostenedora del hogar. Tuve la posibilidad de quedarme en mi casa, mejorarme bien y cumplir con la licencia, pero otros conocidos que recibieron balines no les quedó otra, porque si no, no comen.

Siento que el estallido social me cambió, corté algunas relaciones cercanas porque hablaron mal de mí a propósito de lo que me pasó o avalan el daño que han causado los carabineros y militares, algunos dicen que el estallido no es político, pero sí lo es y creo que cambió mi forma de pensar y de relacionarme con los demás.



CRÉDITO: Fernanda Urrutia, Santiago, octubre de 2019.

CAPÍTULO SEGUNDO

PARTICIPACIÓN JUVENIL EN EL TIEMPO

1. UNA CONTINUIDAD DISCONTINUA: ANÁLISIS RETROSPECTIVO DEL 18-O A LA LUZ DEL CICLO DE PROTESTAS JUVENILES EN EL CAMPO EDUCATIVO

Cristóbal Villalobos

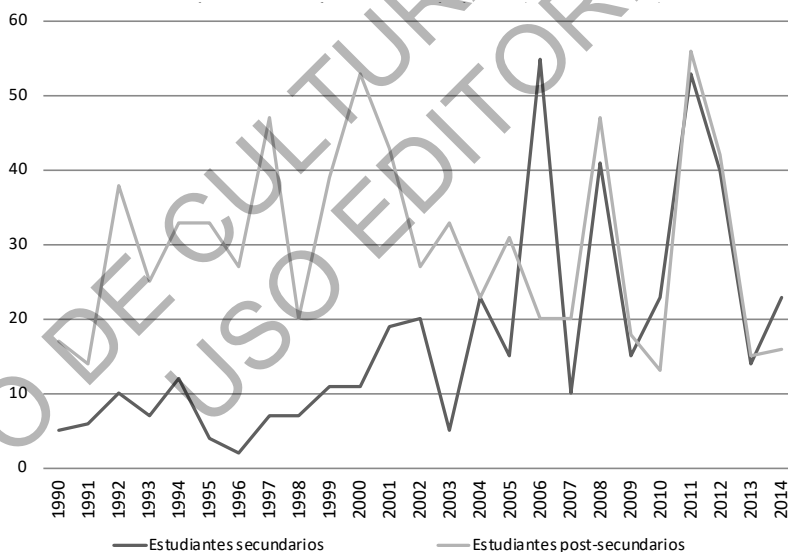
Para el sociólogo norteamericano Charles Wright Mills (2004: 96), “la historia es la raíz de las Ciencias Sociales”. Aunque abierta y llena de interpretaciones, esta sentencia es una sugerente invitación a pensar con perspectiva histórica cualquier problema social. En el caso del estallido social de octubre pasado, implica no solo preguntarse sobre las causas de este fenómeno, como lo han hecho ya varios analistas sino también discutir sobre el carácter excepcional que se le ha adjudicado a este proceso respecto de las protestas juveniles de las últimas décadas. En este punto, aún no hay consenso. Así, mientras algunos (Bernasconi, 2020; Palacios-Valladares, 2020) destacan el carácter diferenciador y diferenciado del estallido social respecto de las protestas estudiantiles de 2006 y 2011, otros (Fleet, 2019) visualiza el movimiento de 18-O como una clara extensión de las protestas de 2011. Aunque ambas posiciones entregan convincentes argumentos, mi hipótesis es que el 18-O puede entenderse como una *continuidad discontinua* del ciclo de protestas juveniles en el campo educativo. Es *continuidad*, en la medida en que el 18-O está entramado en un proceso histórico de larga data, tal como se puede ver¹ en el gráfico 1, que muestra la cantidad de protestas anuales de estudiantes secundarios y universitarios entre 1990 y 2014. Pero, al mismo tiempo, es

¹ Todos los gráficos presentados fueron contruidos a partir de la recolección y sistematización de los eventos de protesta usando datos de prensa escrita. Detalles metodológicos de este ejercicio pueden encontrarse en Villalobos (2019) y Villalobos y Ortiz (2019).

discontinuidad porque es un fenómeno que rebalsa las tendencias previas, en términos de sus características (extensión y reconocimiento ciudadano) y desenlace (comienzo de un proceso constituyente).

De este gráfico, primero hay que destacar que el trayecto histórico de las protestas en la post-dictadura difiere entre estudiantes secundarios y universitarios. Mientras los secundarios se consolidan como un actor clave desde inicios de siglo, los universitarios muestran una tendencia cíclica, con alzas y bajas en todo el período. Esto podría poner en cuestión el carácter inesperado del 18-O. Pero hay una segunda característica relevante: desde el 2008, hay una clara convergencia entre secundarios y universitarios en las protestas (detalles en Bellei, Cabalín y Orellana, 2018), lo que para Fleet (2019), sería un antecedente relevante de la continuidad entre las protestas estudiantiles y el estallido social. Aunque sugerentes, estos elementos no son suficientes para establecer la *continuidad discontinua*. Los siguientes apartados presentan más información para sustentar esta idea.

GRÁFICO 1. *Número de protestas juveniles*



FUENTE: Villalobos (2019).

*Multiplicidad de demandas:
¿fragmentación o nueva forma de politización?*

Un segundo discutido sobre el 18-O dice relación con la multiplicidad de las demandas levantadas en estas protestas, que incluyeron el mejoramiento de las pensiones, reformas de salud, mejores salarios, una nueva constitución, cambios en el modelo de desarrollo y un largo etcétera.² Para algunos, esta multiplicidad de demandas reflejaría una desarticulación que dejaría entrever una baja textura común de los manifestantes (Güell, 2019), mientras que otros han relacionado esta dispersión con la poca visibilidad de las organizaciones sociales y el distanciamiento de los movimientos sociales con los partidos políticos (Somma et al., 2020). El análisis histórico-retrospectivo entrega algunas luces adicionales sobre este punto. Si se analiza la trayectoria de las demandas instrumentales (más relacionadas con el corto plazo) y las estructurales (más relacionadas con el largo plazo) de los estudiantes en el espacio educativo (gráfico 2), se puede observar que, a grandes rasgos, hay una disminución de las demandas instrumentales en el tiempo, pero sin que esto tenga como correlato claro un aumento de demandas estructurales.

GRÁFICO 2. *Número de protestas juveniles en el campo educativo chileno según tipo de demanda (1990-2014)*



FUENTE: elaboración propia.

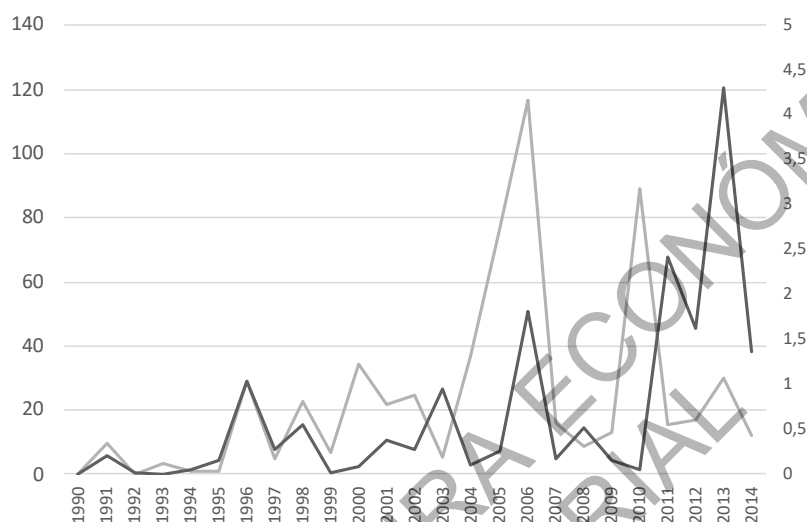
² Una muy buena descripción de las demandas y su variación se encuentra en el informe del Núcleo de Sociología Contingente (2019) de la Universidad de Chile.

Este resultado podría estar indicando una segunda cara de la continuidad discontinua entre protestas juveniles y estallido social. Por una parte, la tendencia a la diversidad de demandas podría interpretarse como una continuidad de las protestas de 2006 y 2011, las que relacionaron demandas de corto y largo plazo (Villalobos y Ortiz-Inostroza, 2019). Pero, a la vez, es una ruptura, en tanto el 18-O constituye un momento claro y diferenciado de lo que se ha llamado una “politización acelerada” (Cortés, 2019) donde las demandas supuestamente fragmentadas y dispersas adquieren un telón de fondo común que les da sincronía política: la crítica al modelo neoliberal.

Violencia y represión: ¿una novedad?

Otra idea instalada sobre el estallido social es que este, a diferencia de anteriores protestas juveniles, habría presentado altos niveles de violencia, tanto de los manifestantes como de la represión ejercida por parte de Carabineros. Aunque es un hecho constatado que durante el estallido habría prevalecido una combinación de tácticas pacíficas y disruptivas (Somma et al., 2020; Palacios-Valladares, 2020) y está muy documentada la indiscriminada y masiva represión por parte de la fuerza pública (INDH, 2020), el análisis retrospectivo muestra (o recuerda, más bien) que estos procesos no son totalmente nuevos y que, en el caso de la protesta juvenil en el campo educativo, tienen una historia en las últimas décadas. A modo de ejemplo, el gráfico 3 muestra el promedio de detenidos (eje izquierdo) y heridos (eje derecho) en las protestas de los jóvenes en el campo educativo entre 1990 y 2014. Como se observa, hay una creciente escalada de violencia en la última década, lo que permitiría sugerir que el 18-O no es una excepción, sino más bien una continuación y profundización de esta tendencia.

GRÁFICO 3. *Promedio de detenidos y heridos anuales en protestas juveniles en el campo educativo (1990-2014)*



FUENTE: elaboración propia.

A pesar de esta continuidad, sí parecen haber dos cambios importantes en este tema. Primero, y a diferencia de otros ciclos de protesta, en el caso del 18-O el repertorio del gobierno y medios masivos de comunicación de criminalización de la protesta y su equiparación con irracionalidad no dio resultado (Cortés, 2020). Segundo, y distinto a otros ciclos de protesta, la represión policial no tuvo como objetivo disminuir la violencia ni controlar las protestas, sino dar una señal de fuerza (Alenda, 2020), lo que implicó un abuso, maltrato y violación a los derechos humanos generalizado. Esta ambivalencia histórica puede leerse como una tercera continuidad discontinua.

Mirando hacia el futuro.

Construyendo ciudadanía intergeneracional

A través de estas líneas se desarrolló la idea de que los hechos ocurridos en octubre de 2019 (y varios meses después) no son una mera extensión de las protestas juveniles de décadas anteriores, como tampoco son un evento ajeno a este proceso. En este sentido, se trataría de una continuidad discontinua, es decir, un momento de, a la vez, continuación y ruptura sobre la

tendencia histórica. De esta forma, no habría novedad que los jóvenes desarrollen protestas ni que tengan demandas de corto y largo plazo, ni que sean reprimidos con violencia, pero sí sería una novedad la magnitud de la protesta, la sincronía política de las demandas, el desenlace constituyente de este ciclo y la criminalización de la protesta.

A la luz de lo anterior, cabe preguntarse ¿por qué impactó tanto el estallido social a la sociedad chilena? ¿Qué implicancias tiene para la juventud este proceso? Una respuesta (tentativa) podría ser que el 18-O movilizó una constante histórica de la post-dictadura chilena: la negación de la juventud como actor político-ciudadano.

Por ello, el 18-O podría constituirse como un momento para re-imaginar la forma en que la sociedad chilena post-dictadura ha entendido a los jóvenes, lo que implica transformar la idea misma de la ciudadanía, reconociendo su carácter intergeneracional y no restringida a las formas de ejercicio limitadas por la democracia representativa. Aunque esto no fue posible para el plebiscito realizado el 25 de octubre de 2020 (que excluyó a los jóvenes menores de 18 años), el proceso constituyente que se abre es una oportunidad única para asumir este desafío. No hacerlo sería no entender parte importante de lo ocurrido.

BIBLIOGRAFÍA

- Alenda, S. (2020). "Las ambivalencias de la derecha en la gestión de la Primavera Chilena de 2019-2020". *Revista Euro Latinoamericana de Análisis Social y Político*, 1(1): 200-205.
- Bellei, C., Cabalín, C. y Orellana, V. (2018). "The Student Movements to Transform the Chilean Market-Oriented Education System". En Cortina, R. y LaFuente, C. (eds.). *Civil Organizations in Latin American Education. Case Studies and Perspectives on advocacy*. Nueva York: Routledge, 63-84.
- Bernasconi, A. (2020). "Chile's Social Outbreak: Not a Student Movement". *International Higher Education* 101: 4-6.
- Castiglioni, R. (2020). "¿El ocaso del 'modelo chileno'?" *Nueva Sociedad* 284: 4-14.
- Cortés, A. (2019). "La rebelión social como imaginación sociológica colectiva". *Cuadernos de Teoría Social*: 5(10): 77-93.
- Fleet, N. (2019). "Protesta social y crisis del poder neoliberal en Chile. 2011-2019". *Pléyade Número Especial*: 1-5.
- Güell, P. (2019). "El estallido social de Chile: piezas para un rompecabezas". *Revista Mensaje*, Diciembre: 10-15.

- INDH. (2019). Informe Anual de la situación de los derechos humanos en Chile en el contexto de la crisis social. Disponible en <https://bibliotecadigital.indh.cl/bitstream/handle/123456789/1701/Informe%20Final-2019.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Núcleo de Sociología Contingente. (2019). Encuesta Zona Cero, Universidad de Chile. Disponible en <http://nudesoc.cl/images/informe%20de%20resultados%20para%20p%C3%A1gina.pdf>
- Palacios, I. (2020). "Chile's 2019 October Protests and the Student Movement: Eventful Mobilization?". *Revista de Ciencia Política* 40(2): 215-234.
- Somma, N., Bargstead, M., Disi, R. y Medel, R. (2020). "No Water in the Oasis: the Chilean Spring of 2019-2020". *Social Movement Studies*.
- Villalobos, C. (2019). "Los conflictos sociales en el campo educativo en el Chile post-dictadura (1990-2014). Análisis de su evolución, principales características y factores relacionados". Tesis para optar al grado de Doctor en Ciencias Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- . y Ortiz-Inostroza, C. (2019). "Continuidades y rupturas de la protesta universitaria en el Chile de la post-dictadura". *Temas Sociológicos* 24(1): 89-120.
- Wright Mills, C. (2004). *La imaginación sociológica*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

HISTORIA DE VIDA JUAN CARLOS ÁLVAREZ³

Soy estudiante de cuarto medio y tengo 18 años. Vengo de una familia muy consciente y activa, mi papá estuvo en la agrupación Sebastián Acevedo, que luchaba por los derechos humanos durante la dictadura, y mi mamá, que militó en algún momento de su vida, ahora trabaja en la fundación Cristo Joven, con niños y niñas de primera infancia. Ella siempre ha estado ligada al trabajo en poblaciones.

La revuelta social en Arica, al igual que en otras partes de Chile, se da por un descontento generalizado con nuestra forma de vida, la manera en que nos relacionamos y la desigualdad que existe. Creo que lo que mueve a la gente a salir a protestar es un enojo muy grande, no sé si conscientemente hacia el neoliberalismo, pero veo y siento mucho cansancio y frustración, producto de las injusticias del modelo neoliberal impuesto en dictadura: la educación de mercado, las AFP, un sistema de salud deficiente, la concentración de poder económico en muy pocas personas. Por eso la movilización que se inició en octubre es una crisis del sistema en general, que todavía no tiene una dirección clara.

Desde antes del estallido social yo ya estaba participando del movimiento secundario por el proyecto de Aula Segura, que nos estaba pegando bien fuerte. También nos sumamos junto con nuestros profesores al paro docente y a la jornada de protesta nacional convocada por la mesa de Unidad Social. Luego vinieron las evasiones en el transporte público, anunciando que algo venía.

Como estudiante secundario me correspondía estar en la calle exigiendo dignidad, el día 19 de octubre, las calles de Arica se llenaron de gente que salió a manifestarse y también comenzaron los enfrentamientos y la represión policial. Sentí una gran conexión con todas las personas del país que estaban protestando, estábamos todos en la misma.

Esto era una oportunidad para darle un golpe a este gobierno y ver qué era lo que se podía venir para adelante. Durante el desarrollo de la revuelta me involucré en distintas instancias, participé en asambleas territoriales, una experiencia que nunca había tenido, estuve en protestas pacíficas con cacerolazos y en protestas violentas. Sufrí persecución política, me tocó ver cómo enviaban a gente a sapear en nuestras asambleas, me llegaron perdigonazos, una vez tuve que pelear y correr muchas veces. Vi a personas llenas

³ Testimonio recogido por Klaudio Duarte.

de heridas con perdigones incrustados, sentí una pena y rabia terrible hacia los pacos por cómo reprimen a la gente, sentí odio y amor al mismo tiempo.

Ha sido una experiencia muy importante en mi vida, aprendí un montón de cosas. Detrás de las protestas hay gente con fines en común y también harta organización popular. En Arica empezamos a hacer “tecitos rebeldes”, onces en las que compartíamos y aprovechábamos de concientizar a la gente de la población Lauca, que era donde nos movilizábamos. Conocí a la gente que convocaba a las marchas, me tocó también ver cómo, de repente, movimientos que llamaban a las marchas eran bastante oportunistas. Había mucha gente detrás que tenía intenciones que iban más allá de la simple movilización, sino que también tenían fines políticos, eran partidos políticos que estaban llamando a movilizaciones y que quisieron aparecerse en la calle. A muchos los echaron durante la revuelta. Eso me hizo comprender la deslegitimidad que tenían los partidos políticos, pero a la vez la falta de direccionalidad política que hay en Chile. Al final, una enseñanza que me dejó el estallido social es que no basta con estar en la calle, si es que no hay un proyecto que pueda concretar esas demandas que se exigían a gritos y “camotes” en la calle. Porque finalmente lo que pasó fue que el acuerdo por la paz, donde estaban los partidos políticos, disminuyó la protesta. Al final, el plebiscito es con quórum de dos tercios, no se pueden tocar los acuerdos internacionales, la manera de elegir los constituyentes es la misma que para elegir a los candidatos. Por falta de direccionalidad, por falta de convicciones, de repente se nos escapó de las manos el movimiento social del estallido y terminó en manos de los mismos partidos contra los que estábamos protestando. La gente se terminó comprando lo del Apruebo: muchas personas creen que después de aprobar vamos a tener educación gratuita, vamos a recuperar el agua, se van a acabar las AFP. Estamos muy lejos de eso, por eso nuestra apuesta en las asambleas territoriales era conformar una asamblea popular constituyente y ver cuáles eran nuestras demandas reales y tratar de funcionar de la manera más horizontal posible, para que de verdad la gente que no está metida en la política institucional se sintiera representada y acogida por un movimiento que era suyo.

Por primera vez entendí que la democracia duraba hasta que había rebelión, que la tortura y los presos políticos no era solo una historia de dictadura que me contaron mis papás, que en pleno 2019, el gobierno de Piñera estaba sacando militares a la calle, que no les temblaba la mano para matar. Por primera vez sentí que podía caer preso, ser torturado e incluso morir. Eso me llenó de miedo, pero nada me paralizaba, porque las ganas de que las cosas cambiasen eran más grandes que el miedo. Me sentí protegido al ver tanta gente protestando en las calles.

La protesta no ha terminado, pues se han tejido nuevas redes de solidaridad durante la pandemia con ollas comunes y redes de alimento. Siento que

esto nos va a ayudar a organizarnos mejor y si logramos hacer las cosas bien, tendremos resultados favorables. Esta es una oportunidad para el país, para los estudiantes, para los trabajadores de unificarnos e intentar construir el país que queremos. La pandemia viene a concientizar más aún a la gente y a reafirmar la crisis de nuestro modelo y la precariedad en que viven las personas.

Si vamos generando organización popular, una direccionalidad propia que represente a la mayoría de las personas, los resultados pueden ser muy favorables y podemos conseguir los cambios estructurales que necesitamos. Tenemos que aprovechar las movilizaciones que se han dado en otros países y las repercusiones que eso tendrá sobre la manera en la que vivimos. La crisis es global y si hacemos las cosas bien, podremos llevar adelante las transformaciones que necesitamos tan urgentemente.

2. CAMBIOS EN LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LOS ESCOLARES

Daniel Miranda y Juan Carlos Castillo

El contexto político de la última década ha sido leído típicamente desde una creciente desafección política, en especial de las generaciones más jóvenes, observada en alta desconfianza institucional y decrecientes grados de participación electoral. En paralelo, se ha subrayado una diversificación de los repertorios de participación extrainstitucional. Esto quedó de manifiesto en las amplias movilizaciones sociales de octubre de 2019, en donde se observó una amplitud de acciones con sentido político. Este proceso doble, de desafección por un lado y diversificación de repertorios por otro, es visto como una particularidad de las nuevas generaciones, que vuelcan su interés de involucrarse en espacios democráticos usando canales alternativos (Della Porta, 2013; Norris, 2011). Las movilizaciones sociales ocurridas durante el estallido social de octubre de 2019 son prueba del distanciamiento institucional de los más jóvenes, pero también de su amplio interés por influir. Así, quedó en evidencia el rol que los jóvenes pueden jugar en la vida pública y se hizo patente la relevancia de entender cómo las nuevas generaciones se relacionan con el sistema político, particularmente a través de la participación política.

La discusión acerca de la participación ciudadana juvenil es extensa a nivel nacional e internacional. Sin ser exhaustivos, hay al menos tres tipos de participación en que la literatura muestra coincidencia. Primero se cuenta la *participación formal*, referida a los modos tradicionales de participación, como votar. Segundo, *participación comunitaria*, referida al involucramiento de los ciudadanos en actividades orientadas a resolver problemas locales. Tercero, las *formas contenciosas* de participación, cuya característica principal es su orientación por influir/modificar las decisiones políticas desde fuera de los canales institucionales (Miranda, 2018). Nos referiremos en estas páginas a la disposición de jóvenes a participar en actividades contenciosas como *participar en una marcha pacífica, rayar paredes con mensajes de protesta, participar en el bloqueo del tráfico y ocupar edificios públicos como signo de protesta*.⁴ La elección de este tipo particular de la participación se fundamenta en su creciente grado de manifestación en Chile en la última década (Donoso y Somma, 2019).

⁴ La pregunta que respondieron los jóvenes fue: “Considerando que hay muchas formas en que los ciudadanos pueden expresar sus opiniones sobre temas importantes en la sociedad: ¿participarías de algunas de las siguientes actividades para expresar tu opinión en el futuro?”. Se pone foco específicamente en las siguientes formas de participación: “participar en una marcha pacífica”, “rayar paredes con mensajes de protesta”, “participar en el bloqueo del tráfico” y “ocupar edificios públicos como signo de protesta”. Los jóvenes responden usando la siguiente escala: Seguro lo haré/ probablemente lo haré/ probablemente no lo haré/ seguro no lo haré.

¿En qué tipo de actividades de protesta están dispuestos a participar los más jóvenes a lo largo del tiempo? ¿En qué medida estas disposiciones están asociadas a las condiciones socioeconómicas de origen? ¿Son los jóvenes chilenos más o menos propensos a realizar acciones de protesta que en otras latitudes?

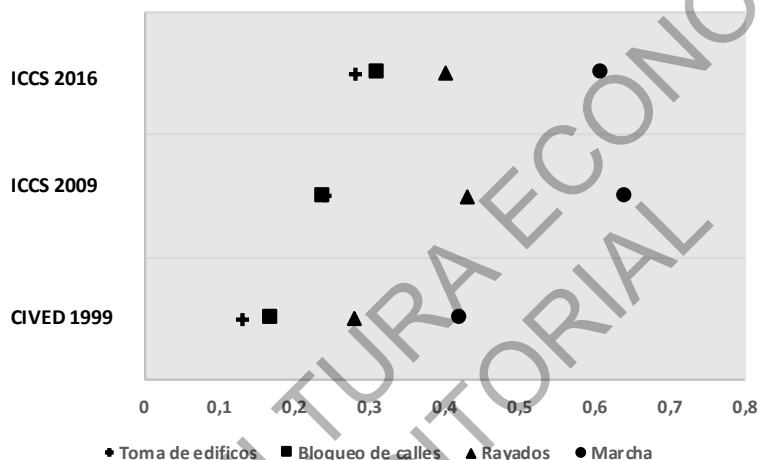
Para abordar estas preguntas se analizó el *Estudio de Educación Cívica* (Cived) de 1999 y el *Estudio Internacional de Educación Cívica y Ciudadana* (ICCS) de los años 2009 y 2016, en los que participaron jóvenes de octavo básico. Cada una de estas evaluaciones corresponde a generaciones diferentes y capturan la opinión que estos jóvenes tenían en ese momento sobre acciones políticas convencionales (participar en una marcha pacífica, por ejemplo) y otras consideradas como disruptivas o hasta ilegales, como el bloqueo del tráfico o la ocupación de edificios (Schulz et al., 2018).

Tres momentos: 1999, 2009 y 2016

Jóvenes de varios países, entre ellos Chile, fueron consultados sobre su disposición futura a participar en diversas acciones de protesta en estos tres años. El gráfico 1 resume el grado en que los jóvenes están dispuestos a involucrarse en las diferentes acciones evaluadas. Por un lado, es posible afirmar que en las tres generaciones observadas, los jóvenes presentan una menor disposición a participar de las acciones más disruptivas. Es decir, un gran número participaría en una marcha pacífica, pero una muestra reducida estaría dispuesta a ocupar un edificio como forma de protesta. Un 61% de los jóvenes participaría en una marcha pacífica en 2016, mientras que un 40% rayaría paredes, un 31% bloquearía el tráfico y un 28% participaría en una toma. Algo similar ocurre los años anteriores. Por ejemplo, en 1999 un 42% de los jóvenes participaría en una marcha pacífica, un 28% rayaría paredes, un 17% bloquearía el tráfico y un 13% participaría en una toma. Por otro lado, también es posible afirmar que los jóvenes aumentaron notoriamente su disposición a participar en todas las formas de protesta. En el año 1999, de hecho, un 42% estaba dispuesto a participar de una marcha mientras que en 2016 la cifra alcanzó un 61%. Adicionalmente, en 1999 solo un 13% de los jóvenes estaba dispuesto a ocupar un edificio, mientras que en 2016 la cifra subió a un 28%. Más interesante aún: la disposición a participar en marchas aumentó entre 1999 y 2009, estabilizándose en 2016. Pero la disposición a participar en acciones más disruptivas presenta un aumento sostenido. La disposición a bloquear tráfico como protesta pasó de un 17% en 1999 a un 24% en 2009, y luego aumentó a un 31% en 2016. Estos resultados indican que, aunque las formas convencionales siguen siendo las más validadas por los jóvenes, son las acciones más radicales las que presentaron un aumento

sostenido. Los jóvenes fueron crecientemente validando formas de participación extrainstitucionales disruptivas, dando cuenta de su rol como actores políticos. Este resultado es consistente con otros reportes que han mostrado el aumento de la aprobación a diversas formas de movilización social (PNUD, 2015).

GRÁFICO 1. *Porcentaje de disposición a participar en acciones de protesta*



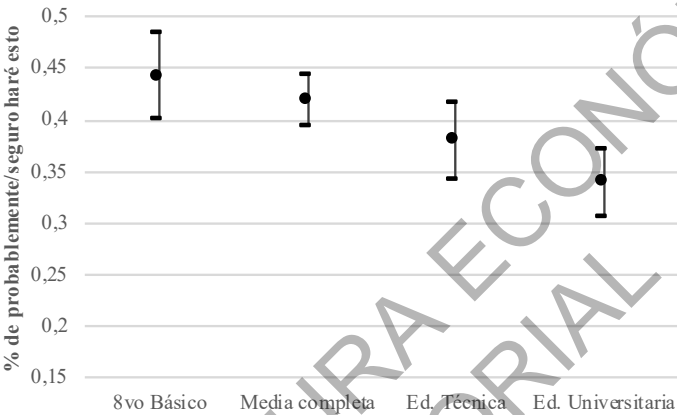
FUENTE: elaboración propia sobre la base de los datos CIVED e ICCS.

Acceso desigual a la voz política

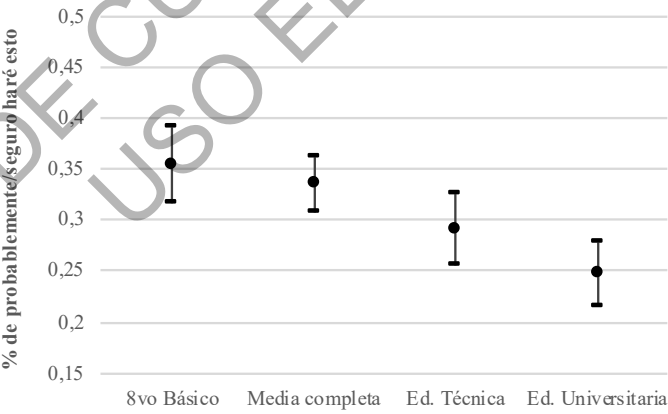
Es ampliamente conocido que uno de los factores más importantes para explicar la participación política es el modelo de recursos (Brady et al., 1995; Smets y Van Ham, 2013). Este modelo indica que aquellos que poseen recursos tanto socioeconómicos como tiempo y/o habilidades, tienen una mayor propensión a participar en la vida pública. Evidencia nacional e internacional muestra que jóvenes provenientes de hogares con más recursos tienden a participar tanto en actividades formales, como votar, así como en actividades extrainstitucionales, como participar en marchas pacíficas (Castillo et al., 2014). Sin embargo, al observar formas de participación más radicales, las diferencias según el origen social se invierten. Es decir, aquellos jóvenes provenientes de hogares con mayores recursos tienden a participar menos en actividades de protesta más radical (Hoskins y Janmaat, 2019).

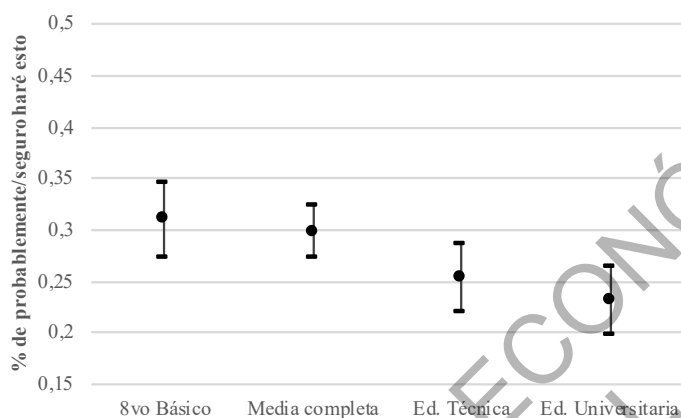
GRÁFICO 2. Porcentaje de acciones de protesta, según nivel educacional de los padres

(a). Disposición a participar en rayados



(b). Disposición a participar en bloqueo de calles



(c). Disposición a participar en tomas

FUENTE: elaboración propia sobre la base de los datos ICCS 2016.

En los estudiantes chilenos se observa ese mismo patrón. El gráfico 2 muestra que entre los jóvenes provenientes de familias con padres menos educados (que llegaron hasta octavo o menos) un 44% estaría dispuesto a rayar, un 41% a bloquear el tráfico y un 34% a tomarse un edificio. En el otro extremo, jóvenes provenientes de familias con educación universitaria: un 33% estaría dispuesto a rayar, un 25% a bloquear el tráfico y un 23% a participar en la toma de un edificio. En todos los tipos de participación radical se observa un porcentaje sustancialmente menor entre los jóvenes provenientes de hogares con más educación parental. Esta tendencia muestra que jóvenes provenientes de grupos sociales desaventajados tienen una relación más distante con las formas más tradicionales de participación y preferirían involucrarse con mayor frecuencia en acciones radicales.

¿Son los jóvenes chilenos más o menos propensos a realizar acciones de protesta que en otras latitudes?

Al analizar comparativamente estas disposiciones, se observa el mismo orden de prioridad en todos los países. Marchar pacíficamente es la forma más validada, segundo rayar paredes, tercero bloquear el tráfico y, finalmente, ocupar edificios. Por otro lado, podemos observar que los jóvenes en países de América Latina (Colombia, Chile, México, Perú, República Dominicana y Bulgaria, único país de fuera de esta región) participarían en mayor medida

en actividades contenciosas que el resto de los países. En todos ellos, los jóvenes expresan una alta disposición a marchar (entre un 61% y un 81%), a rayar paredes (entre un 32% y un 41%), a bloquear el tráfico (entre un 31% y un 46%) y a participar de la toma de un edificio (entre un 26% y un 48%). Esta diferencia queda mucho más clara al comparar la región de América Latina con países del norte de Europa y Escandinavia (Dinamarca, Suecia, Finlandia, Holanda, Noruega, Estonia, Renania Norte y Bélgica), en donde la disposición a participar de marchas pacíficas varía entre 31% y 39%, de rayar paredes entre 9% y 16%, de bloquear el tráfico entre 8% y 10%, y de ocupar un edificio entre 7% y 9%. Básicamente, en esta zona del mundo la marcha pacífica es la forma de acción de protesta, mientras que las otras formas quedan reducidas a un grupo muy pequeño de los jóvenes. Esto contrasta ampliamente con América Latina.

GRÁFICO 3. Porcentaje de disposición a participar en acciones de protesta en el año 2016



FUENTE: elaboración propia sobre la base de los datos ICCS 2016

¿Qué podemos concluir de los jóvenes chilenos en etapa escolar y su relación con la política? Como ya anticipó el Informe de Desarrollo Humano 2015, los jóvenes presentan una politización al alza, manifestada en una disposición a participar tanto en actividades pacíficas como en actividades más radicales. La amplia participación observada algo dice sobre la relación de los “más” jóvenes con la política, sobre todo si consideramos que las diversas formas de protesta también son un intento de influir en las instituciones y en las decisiones políticas. Es interesante pensar que los jóvenes chilenos que participaron en este estudio (aplicado en Chile el segundo semestre del 2015) estaban en cuarto medio en 2019 y que muchos eran parte activa de las movilizaciones sociales después de octubre.

Considerando el nivel de dificultad, consecuencias y legalidad de cada tipo de participación, es esperable que se ordenen de este modo en todas partes del mundo. Todos los países presentan el mismo orden de prioridad en los tipos de participación. Esto da cierto reconocimiento al grado de disrupción de la protesta, es decir, queda claro que marchar es menos disruptivo que rayar una pared o bloquear el tráfico. A su vez, bloquear el tráfico es más disruptivo que rayar una pared, pero menos disruptivo que tomar un edificio como forma de protesta. En este orden, queda claro que la toma de un edificio y también bloquear el tráfico son las formas menos validadas de protesta.

Como tercer punto, es relevante precisar que Chile no es una excepción sino más bien parte de una región del mundo en que los jóvenes muestran mayor disposición a la protesta que en otras partes del mundo desarrollado. Todos los países de la región muestran alta disposición a las acciones de protesta por parte de los jóvenes. Llama la atención la acentuada diferencia que se observa en países como Dinamarca, Suecia o Finlandia, donde la disposición a participar de una toma o bloquear el tráfico es mucho más baja.

Las condiciones socioeconómicas de origen tienen un correlato en las formas de acceso a la voz política de los jóvenes, produciéndose una transmisión intergeneracional de la desigualdad y representatividad política. Sin embargo, es importante distinguir los tipos de participación al momento de hacer este análisis. Como se muestra en esta investigación, en comparación con jóvenes más acomodados, estudiantes provenientes de familias con menores recursos educacionales tendrán una menor propensión a participar en elecciones, pero una mayor propensión a participar en acciones contenciosas más disruptivas. Así, la voz política de estos grupos se haría escuchar por vías menos legitimadas, pero más disruptivas. Tal vez aumentar las chances de que la voz se escuche sería una forma de atenuar este tipo de protesta.

En Chile se abren grandes desafíos para comprender cómo se produce la socialización política de los jóvenes. Para aquellos jóvenes que están dentro del sistema, ¿cuál será el rol de las escuelas en la formación ciudadana durante y después de este período? ¿Qué impacto tendrá la amplia politización

de la sociedad en los más jóvenes? ¿De qué manera adquieren las disposiciones de participación observadas aquí? ¿Cuáles son los procesos y actores involucrados? ¿Qué explica el importante aumento de disposición a participar en actividades contenciosas? ¿Qué explica las diferencias entre países?

A su vez, la investigación tiende a focalizarse en jóvenes dentro del sistema escolar, ¿pero qué sabemos sobre los jóvenes fuera del sistema escolar? ¿Cuál es la forma en que este grupo desescolarizado se relaciona con la política? Por último, es importante analizar de qué forma —más allá de la intención— los jóvenes se han movilizado. Sin duda, comprender lo que ocurre en estos momentos nos tomará varios años más.

AGRADECIMIENTOS

Proyecto ANID/FONDECYT N°1181239, al proyecto ANID/FONDECYT N°11190508 y al Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social – COES ANID/FONDAP N°15130009.

BIBLIOGRAFÍA

- Brady, H. E., Verba, S., y Schlozman, K. L. (1995). "Beyond SES: A Resource Model of Political Participation". *American Political Science Review* 89(2): 271-294.
- Castillo, J. C., Miranda, D., Bonhomme, M., Cox, C., y Bascopé, M. (2014). "Social Inequality and Changes in Students' Expected Political Participation in Chile". *Education, Citizenship and Social Justice* 9(2): 140–156.
- Corvalán, A., y Cox, P. (2013). "Class-Biased Electoral Participation: The Youth Vote in Chile". *Latin American Politics and Society* 55(3): 47-68.
- Della Porta, D. (2013). *Can Democracy Be Saved: Participation, Deliberation and Social Movements*. Cambridge: Polity Press.
- Donoso, S., y Somma, N. M. (2019). "You Taught us to Give an Opinion, Now Learn How to Listen': The Manifold Political Consequences of Chile's Student Movement". En *Protest and Democracy*. Calgary: University of Calgary Press.
- Hoskins, B., y Janmaat, J. G. (2019). *Education, Democracy and Inequality: Political Engagement and Citizenship Education in Europe*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Miranda, D. (2018). "Desigualdad y ciudadanía: Una aproximación intergeneracional". Tesis para optar al grado de Doctor en Sociología, Pontificia Universidad Católica de Chile.

- Norris, P. (2011). *Democratic Deficit: Critical Citizens Revisited*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PNUD. (2015). *Desarrollo humano en Chile. Los tiempos de la politización*. Santiago: PNUD.
- Schulz, W., Ainley, J., Fraillon, J., Losito, B., Agrusti, G., y Friedman, T. (2018). *Becoming Citizens in a Changing World: IEA International Civic and Citizenship Education Study 2016 International Report*. Nueva York: Springer International Publishing.
- Smets, K., y van Ham, C. (2013). "The embarrassment of riches? A meta-analysis of individual-level research on voter turnout". *Electoral Studies* 32(2): 344-359.

HISTORIA DE VIDA VILMA⁵

Soy Vilma, tengo 25 años, nací y me crí en una población de Independencia que se encuentra entre Conchalí y Renca. Mi familia es de izquierda, pero de una izquierda conservadora y social, detractores de la dictadura y la desigualdad que existe, seguidores de Víctor Jara y Gladys Marín, pero también muy inactivos políticamente.

En Chile hay un sistema tremendamente desigual que fue profundizado por la dictadura de Pinochet y los gobiernos posteriores, puesto que los ricos son muy ricos y los pobres no tenemos prácticamente nada. Desafortunadamente, tenemos que trabajar para incrementar la riqueza de los poderosos. Frente a esto y muchas otras precariedades y abusos, el país explotó el 18 de octubre. Podría haber sido en cualquier otro momento, porque hace un buen tiempo estamos en un proceso de movilización y protestas, en el que los secundarios y las secundarias tuvieron un rol muy activo, ya que ayudaron a concientizar a la población. La lucha estudiantil del 2011 y el No+AFP en el 2017, son demandas que al final hacían sentido a la gente.

Desde los 16 años he participado en distintos espacios políticos, como secundaria estuvimos con mis compañeras cuatro años seguidos en el centro de alumnos y pese a que el colegio era católico y bastante indiferente a la realidad, nos fuimos a paro y tuvimos largas jornadas de reflexión. En la universidad me eligieron como presidenta de la federación, fui la primera mujer en ocupar ese cargo. Tiempo después estuve en mi población en San Miguel, haciendo trabajo territorial en un espacio muy conflictivo, con migrantes que viven precariamente y además hay mucha droga y narcotráfico. Excepto el club de fútbol, hasta antes del 18 de octubre no había ningún tipo de organización. Pero eso cambió. Después del 18 de octubre levantamos la Asamblea Territorial e hicimos cacerolazos todos los días en la misma esquina. Ahí me reencontré con amigas y amigos de cuando era más chica, habíamos dejado de juntarnos tanto y fue lindo volver a vernos, darnos cuenta que éramos nosotros caceroleando y que necesitábamos nuestro espacio para conocernos y reflexionar sobre todo lo que estaba pasando.

La Asamblea Territorial partió con un encuentro en la plaza, fue muy diversa, habían jóvenes, adultos mayores, niños y niñas, fue una instancia de encuentro y contención donde cada uno contaba como se sentía, había rabia

⁵ Testimonio recogido por Camila Araya.

pero también mucha pena y miedo, sobre todo los adultos mayores o la gente que había vivido la dictadura, nos advertían angustiados lo peligroso que podía ser lo que estaba pasando. En medio de estas conversaciones, fuimos levantando ciertas consignas, como la importancia de estar unidas y unidos, porque juntos éramos más fuertes, de ahí que empezamos a ser parte también de otras consignas que venían del mundo social, como “no son \$30, son 30 años”. Todos concordamos en la importancia de la reconstrucción del tejido social. Este ejercicio reflexivo, a pesar de la complejidad de todo lo que estábamos viviendo, lo abordamos desde un lenguaje y experiencias cotidianas, aplicando además metodologías participativas, cuestión que nos permitió levantar la asamblea.

La confianza que nos tenemos en la población, a pesar de todos los males que hay en el territorio, es lo que nos permitió organizarnos. Todos y todas quienes participamos en la asamblea nos conocemos de siempre y nos reencontramos en ese espacio, con mi mamá hemos participado juntas en todo, incluso hemos estado en las barricadas. En nuestra población hemos ido superando la lógica del buen vecino caritativo, y hoy nos organizamos entre nosotras y para nosotras, cuestión que nos ha permitido seguir hasta ahora en pleno contexto de pandemia, levantando brigadas de sanitización y abastecimiento con las canastas solidarias.

Organizarse en el territorio donde uno vive tiene un valor agregado: organizarte con tu gente ha sido mi principal motivación, pues creo que a partir de esa organización podemos cambiar, aunque sea mínimo, algunas de las condiciones de vida de tus vecinas o vecinos, que son —finalmente— con quienes has compartido toda la vida.

Nuestras acciones más concretas de protesta han sido actividades de agitación, culturales y conmemorativas, las velatones, los cacerolazos, las marchas y otras iniciativas directas, por medio de cortes de ruta. Estas últimas fueron validadas y legitimadas por medio de un proceso de diálogo y discusión entre distintas generaciones que conforman la Asamblea Territorial, donde explicamos las razones de estas acciones y todos concordaron en ello. Así, nuestros propios discursos fueron cambiando: durante la primera jornada de reflexión todos coincidimos en la importancia de exigir nuestros derechos, pero con cuidado y sin violencia, porque para varios vecinos era detestable esa violencia, rechazaban este tipo de acciones en Plaza Dignidad. Sin embargo, después todos empezaron a apoyar, los vecinos llegaban y te decían “vecina tengo una rueda”, “tengo un colchón viejo”, ahora todo esto estaba ocurriendo en su población y ellos eran parte del proceso. Este tipo de colaboración fue validando las acciones directas y la violencia como una forma de lucha legítima, que al final a las y los vecinos les hacía sentido. Además, lo consideramos como un método de defensa, ya que —a pesar de que nuestra población nunca fue militarizada, los pacos nunca se iban

a meter y tampoco teníamos cultura de protesta— nos empezamos a dar cuenta que Paz Ciudadana estaba yendo más seguido a un lugar que antes estaba tiradísimo. Entonces dijimos “ya, tenemos que cuidarnos y si se llegan a meter pa acá tenemos que tener algo”, y desde ahí le íbamos dando el porqué a la acción, pero también nos fuimos apropiando de ese porqué como un símbolo, brindándole otras características, al punto de que cada vez que hacíamos una actividad —menos las que se hacían con niños por la tarde— en la noche prendíamos una barricada, a la que mi mamá la romantizaba diciéndole fogata...

Algo súper significativo para mí fue que para la conmemoración del año del asesinato de Camilo Catrillanca, estábamos haciendo un mural en la población y de repente estaba buscando a mi mamá para pedirle algo, y la veo prendiendo una barricada. En mi mente solo me preguntaba “¿en qué momento pasó esto?!", así que dejé de lado lo que estaba haciendo y empecé a ayudar a mi mamá a prenderla y eso se fue haciendo común con el correr de los días.

En términos personales, la Revuelta Popular del 18 de octubre me permitió crear y ser parte de un espacio donde poder organizarme y estar ahí pase lo que pase. Conversando con compañeras, hemos llegado a la conclusión que si no es una Asamblea Territorial, va a ser un colectivo cultural, un equipo de fútbol, comités de vivienda o una organización de mujeres, pero la organización no puede desaparecer de nuestra población.

Ahora, desde una mirada más amplia, el 18 de octubre generó la apertura del proceso constituyente. Pese a que muchas y muchos nos negamos a que fuese un cierre al conflicto, fue la salida que tuvimos y que además a gran parte de la población le hizo sentido. Se veía que el cambio de la Constitución nos podía devolver un poquito de dignidad, y en esa lógica se genera un proceso de educación y autoeducación de los territorios, y que al menos desde nuestro espacio lo estábamos trabajando con semanas temáticas donde discutíamos qué queríamos para esta nueva Constitución, porque no nos queríamos quedar sin nada que decir. Entonces conversábamos sobre la base de algunas preguntas: ¿cuál es la educación que nos gustaría tener?, ¿cuál es la salud que nos gustaría?

Es así que el proceso constituyente, en los territorios principalmente, hace mucho sentido. Debemos estar preparados, avanzando en levantar una Asamblea Popular Constituyente, donde se pueda construir el programa del pueblo entre nosotros y nosotras, desde nuestros territorios, desde los sindicatos, desde las federaciones estudiantiles. Desde donde podamos decir cuál es la Constitución que queremos, y debemos avanzar en ese ejercicio —aunque el contexto actual de crisis sanitaria nos entrega otras prioridades— porque es lo que nos abrió la Revuelta Popular.

3. PARTICIPACIÓN EN ACCIONES COLECTIVAS DE LOS JÓVENES EN CHILE: EL ROL DE LAS NORMAS FAMILIARES E IMPACTO DEL ESTALLIDO SOCIAL

*Roberto González, Cristian Frigolett,
Claudia Bazán y Pía Carozzi*

La participación en movimientos sociales y las protestas masivas están generando cambios significativos en todo el mundo. Los objetivos de estos movimientos son variados; por ejemplo, la lucha por la democracia, la búsqueda de una sociedad más equitativa o la creación de políticas que mitiguen el calentamiento global (Donoso y Von Bülow, 2016; Somma, 2017). Tales movimientos sociales han marcado momentos históricos, como es el caso del estallido social de octubre del 2019 en Chile. Este fenómeno podría transformarse en algo duradero, reconfigurando la forma de hacer política en diferentes regiones del mundo (Castells, 2015; Nwannevu, 2020). En vista de la importancia presente y futura de los movimientos sociales a nivel global, es necesario entender cómo y a través de qué mecanismos se generan y permanecen en el tiempo.

Durante el estallido social fue posible observar diversas formas de participación ciudadana. Entre ellas, la participación en *acciones colectivas convencionales*, es decir, acciones que se adscriben a las convenciones sociales o se sitúan dentro del marco de la legalidad (participar en asambleas, ir a marchas, etc.), y la participación en *acciones colectivas radicales*, entendidas como acciones ilegales o fuera de la norma social, tales como destruir mobiliario público, construir barricadas o enfrentarse con las fuerzas de orden público.

Uno de los aspectos menos estudiados dice relación con la influencia que puede ejercer la familia sobre la participación en acciones colectivas. A través de diversos procesos, tales como el juego de roles, reforzamiento de conductas y/o modelamiento del comportamiento, las familias pueden transmitir creencias, actitudes, normas u obligaciones. Por ejemplo, existe un extenso cuerpo de investigaciones que asocia la postura política de los padres con el desarrollo político de sus hijos, como también el posicionamiento y experiencias políticas de estos (Sears y Brown, 2013; Dotti Sani y Quaranta, 2015). En ese sentido, el contexto familiar es de suma importancia para comprender en qué medida la participación en acciones colectivas de los jóvenes está influida por la participación pasada y presente de sus padres en acciones políticas y colectivas (González et al., 2020; Somma 2009, Walgrave y Ketelaars, 2019).

Alinearse con las normas grupales permite que las personas establezcan relaciones con otros miembros del grupo (Smith, Thomas y McGarty, 2015), evitando así el rechazo que significaría desviarse de la norma grupal, lo que

en el caso de la familia es aún más significativo. Existen dos tipos de normas relevantes de considerar a la hora de explicar la transmisión intergeneracional. Primero, la *norma descriptiva*, que refiere a la medida en que un individuo percibe que otros (la familia) actúan de cierta forma. Por ejemplo, en qué medida los hijos creen o perciben que sus padres participan en movimientos sociales. La segunda se conoce como *norma prescriptiva*, que indica la medida en que un individuo cree o percibe que otros aprueban o desaprueban cierto comportamiento. Por ejemplo, cuando los hijos(as) piensan que sus padres/madres aprueban que participen en movimientos sociales.

Con el objetivo de entender cómo se produce la transmisión intergeneracional, a continuación, se presentan dos estudios conducidos en el marco de las acciones colectivas asociadas al movimiento estudiantil chileno.

En el primero participaron 1.088 estudiantes universitarios de primer año, provenientes de cinco universidades de la región metropolitana. Allí se analizó longitudinalmente cómo cambia la participación en acciones colectivas (convencionales y radicales) a lo largo del tiempo en función de las normas familiares (descriptivas y prescriptivas).

Los resultados revelaron de manera contundente que mientras más los jóvenes perciben que sus padres/madres participan en acciones colectivas, más piensan que ellos valoran su participación en el movimiento estudiantil. A su vez, mientras más piensan que sus padres/madres valoran su participación en el movimiento estudiantil, más terminan participando los jóvenes en este a lo largo del tiempo. En otras palabras, la participación percibida de los padres en acciones colectivas influyó indirectamente en los niveles de participación de sus hijos/hijas en el movimiento estudiantil a lo largo del tiempo a través de la influencia normativa prescriptiva de los padres (lo que ellos valoran sus hijos/hijas hacen).

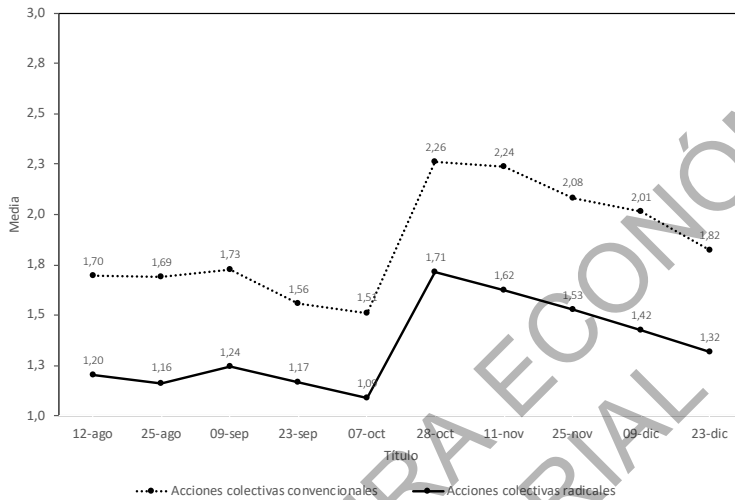
Estos hallazgos son consistentes con la hipótesis de la transmisión intergeneracional de la participación en acciones colectivas (González et al., 2020). Es decir, las familias efectivamente juegan un rol importante en el modelamiento de este tipo de comportamiento. Así, los jóvenes que están más dispuestos a participar en acciones colectivas probablemente provienen de familias que promueven su participación de manera explícita o de manera más implícita, reforzando dichos actos de acción política.

En el segundo estudio se analiza el impacto del estallido social del 18 de octubre sobre los niveles de participación en acciones colectivas convencionales y radicales de jóvenes altamente involucrados en el movimiento estudiantil chileno. En vista a que fue posible recolectar datos antes y después del estallido social ocurrido en octubre de 2019, se generó una oportunidad única de observar las variaciones en las trayectorias de participación. El análisis se focalizó sobre una muestra de 106 jóvenes (sacada del grupo del primer estudio) que presentaron altos niveles de participación. Estos

jóvenes continuaron su participación en el estudio, hasta completar 10 mediciones cada dos semanas, antes y después del estallido social. Los participantes indicaron con qué frecuencia participaron en acciones colectivas convencionales —tales como reuniones de discusión o asambleas, difusión de información en redes sociales, pintar lienzos y/o confeccionar afiches y asistir a marchas o protestas—, y la frecuencia de su participación en acciones radicales: enfrentamientos con carabineros en protestas, barricadas, tomas de universidades o edificios públicos, y bloqueo de calles o carreteras. A partir de estas preguntas se construyeron dos índices: 1) promedio de participación en acciones convencionales y 2) promedio de participación en acciones radicales.

El gráfico 1 presenta los promedios de participación de los jóvenes en acciones colectivas convencionales y radicales a lo largo del tiempo. Primero, y tal como se puede constatar, los resultados revelan que la media de participación en acciones convencionales es más alta que la media de participación en acciones radicales en cada período de tiempo. En segundo lugar, es posible constatar que la participación pre estallido, aunque más baja que en los períodos posteriores, dista de ser cero, particularmente en aquellos tipos de participación que refieren a formas de acción convencionales. En tercer lugar, tanto para las acciones colectivas convencionales como para las radicales, se distingue con claridad un salto sustantivo entre los niveles de participación previos al inicio de las manifestaciones asociadas al estallido social de octubre y posteriores a este. Si bien los niveles de participación desde la medición del 28 de octubre tienden a decrecer, las medias de participación post estallido superan a aquellas medidas previas al inicio de las protestas, confirmando el fuerte impacto que tuvo este evento en la conducta colectiva.

GRÁFICO 1. *Medias de participación en acciones colectivas convencionales y radicales del movimiento estudiantil*



FUENTE: elaboración propia.

¿Qué podemos concluir al respecto?

En primer lugar, que las normas familiares —de naturaleza descriptiva y prescriptiva— juegan un rol muy importante a la hora de entender cómo opera la transmisión intergeneracional de la participación en acciones colectivas convencionales y radicales de jóvenes involucrados en movimientos sociales. Este hallazgo longitudinal revela cómo la presencia de una norma descriptiva subjetiva (i.e. percibir que los padres/madres participan en acciones colectivas) estimula el desarrollo o emergencia de una norma prescriptiva (i.e. percibir que los padres/madres valoran que los hijos e hijas participen en acciones colectivas), la cual, a su vez, estimula un cambio de la conducta colectiva a lo largo del tiempo (una mayor participación de los hijos e hijas en acciones colectivas convencionales y radicales). Es decir, factores de la esfera psicológica, las normas subjetivas, son capaces de guiar y moldear cambios de la conducta colectiva en los jóvenes a lo largo del tiempo. Esto deja de manifiesto la relevancia de comprender no solo el comportamiento de quienes hoy participan de manera activa en las movilizaciones, sino también los vínculos intergeneracionales que esta participación genera entre padres/madres e hijos/hijas.

En segundo lugar, podemos concluir que existe una relación positiva entre las trayectorias temporales de participación en acciones convencionales y radicales. Ambos tipos de conductas siguen cursos similares a lo largo del tiempo, siendo más frecuentes las acciones más convencionales, como revela la literatura (Tausch et al., 2011; van Zomeren, Leach y Spears, 2012). Por último, los resultados del segundo estudio confirman la importancia de tomar en consideración el impacto que pudo generar un suceso social tan relevante como el estallido social que ocurrió en Chile el 18 de octubre de 2019 en las trayectorias de participación en acciones convencionales y radicales de los jóvenes. Este evento marca un quiebre sustantivo en la curva de descenso en los niveles de participación que se venían constatando, generando un incremento instantáneo de la participación en ambos tipos de acciones colectivas.

Estos hallazgos permiten hacer una serie de preguntas adicionales que se irán dilucidando con el tiempo: ¿cuáles son las características de los jóvenes que han estado más activamente involucrados en las movilizaciones ocurridas durante y post estallido social? ¿Es posible observar diferencias en las trayectorias de participación en acciones convencionales y radicales a lo largo del tiempo? ¿Existen otros aspectos que permitan explicar los patrones de participación a lo largo del tiempo? ¿En qué medida los vínculos de amistad, las emociones, como la rabia, o estar en contacto con participantes, pueden explicar la participación a lo largo del tiempo? Estos y otros aspectos adicionales permitirían iluminar la evolución que tendrá este período de movilizaciones e informar si efectivamente asistimos a un nuevo ciclo político.

BIBLIOGRAFÍA

- Asch, S. E. (1951). "Effects of group pressure upon the modification and distortion of judgment". En H. Guetzkow (ed.) *Groups, leadership and men*. Pittsburgh, PA: Carnegie Press.
- Castells, M. (2015). *Networks of outrage and hope: Social movements in the Internet age*. John Wiley & Sons.
- Donoso, S., & Von Bülow, M. (2016). *Social movements in Chile: Organization, trajectories and political consequences*. New York, NY: Palgrave Macmillan US.
- Dotti Sani, G. M. & Quaranta, M. (2015) "Chips off the old blocks? The political participation patterns of parents and children in Italy". *Social Science Research*, 50, 264-276.
- Eriksson, K., Strimling, P., & Coultas, J. C. (2015). "Bidirectional associations between descriptive and injunctive norms". *Organizational Behavior and Human Decision Processes*, 129, 59-69.

- González, R., Álvarez, B., Manzi, J., Varela, M., Frigolett, C., Livingstone, A., Louis, W., Carvacho, H., Castro, D., Cheyre, M., Cornejo, M., Jiménez-Moya, G., Rocha, C., Valdenegro, D. (2020). "The role of family in the intergenerational transmission of collective action". *Social Psychological and Personality Science* [en prensa].
- Nwanevu, O. (2020, January 1). "The Rise of the Permanent Protest". Retrieved January 16, 2020, en <https://newrepublic.com/article/155893/rise-permanent-protest-decade-from-hell>
- Sears, D. O., & Brown, C. (2013). "Childhood and adult political development". In L. Huddy, D. O. Sears, & J. S. Levy (Eds.), *The Oxford handbook of political psychology*, 59–95. Oxford University Press.
- Somma N. M. (2009) "How strong are strong ties: The conditional effectiveness of strong ties in protest recruitment attempts". *Sociological Perspectives* 52(3): 289–308.
- . (2017). "Discontent, collective protest, and social movements in Chile". En *Malaise in Representation in Latin American Countries* (pp. 47-68). Palgrave Macmillan, New York.
- Smith, L. G., Thomas, E. F., & McGarty, C. (2015). "We must be the change we want to see in the world: Integrating norms and identities through social interaction". *Political Psychology*, 36(5), 543-557.
- Tankard, E. M., y Paluck, E. L. (2016). "Norm Perception as a Vehicle for Social Change". *Social Issues and Policy Review* 10(1): 181-211.
- Tausch, N., Becker, J. C., Spears, R., Christ, O., Saab, R., Singh, P., y Siddiqui, R. N. (2011). "Explaining Radical Group Behavior: Developing Emotion and Efficacy Routes to Normative and Nonnormative Collective Actions". *Journal of Personality and Social Psychology* 101(1).
- Van Zomeren, M., Leach, C. W. y Spears, R. (2012). "Protesters as "Passionate Economists: A Dynamic Dual Pathway Model of Approach Coping With Collective Disadvantage". *Personality and Social Psychology Review* 16(2), 180-199.
- Walgrave, S., y Ketelaars, P. (2019). "The Recruitment Functions of Social Ties: Weak and Strong Tie Mobilization for 84 Demonstrations in Eight Countries". *International Journal of Comparative Sociology* 60(5): 301-323.

HISTORIA DE VIDA ISIDORA GODOY⁶

Me llamo Isidora Godoy, tengo 17 años. Voy en el Santa Cruz, colegio particular subvencionado en el que estudio con beca. Vivo solamente con mi mamá y participo en la Asamblea coordinadora de estudiantes secundarios, ACES Chile. El 1 de marzo fui elegida como vocera en conjunto con otro compañero.

Al principio del estallido nunca pensamos que iba a haber tanta organización y movilización, más allá del salto del torniquete. En la asamblea creemos que hubo tanta organización y movilización por el aprendizaje que hemos ganado de los distintos movimientos sociales de los últimos 14 años, como los Pingüinos el 2006 o como el movimiento estudiantil del 2011, que planteó demandas mucho más profundas, como por ejemplo el fin del lucro y la educación de mercado. También el movimiento No+AFP, que también fue muy masivo, y el movimiento feminista que convocó a dos de las marchas más grandes en el 2019 y 2020.

Por otra parte, veíamos cómo iba avanzando cada vez más la criminalización de los estudiantes con leyes como Aula Segura; la militarización del Instituto Nacional y la persecución política de compañeros y compañeras en sus espacios educativos por el solo hecho de manifestarse y decir lo que pensaban. Todo esto fue juntándose hasta que se produjo el estallido, por un hecho bien simple, pero que nos hizo mucho sentido al pueblo en su conjunto: no eran solo 30 pesos sino 30 años de un sistema neoliberal impuesto en dictadura que cada vez más precariza la vida de las personas.

Creo que viene un cambio de nuestra sociedad importante y el movimiento feminista ha aportado mucho en eso, porque empezamos a concebir las relaciones humanas de otra forma. Este sistema está tan dentro nuestro, que ni siquiera te saludabas o tenías conexión con tus vecinos y vecinas, pero después de octubre eso ha ido cambiando, empezamos a conversar más, sobre nuestra experiencia en los días de protesta, nuestras necesidades y demandas como territorio y también lo que queremos como país.

Fue súper loco todo lo que pasó, ninguno de nosotros pensamos que se iba a dar algo tan lindo, en la protesta se vivía mucho amor y compañerismo. Fue emocionante ver la Alameda llena de gente protestando, gente feliz, con la esperanza de que podíamos construir algo nuevo.

⁶ Testimonio recogido por Herman Pezo.

Durante los primeros días estábamos todo el día en la calle protestando y la misma gente, de las casas, de los departamentos, nos lanzaban agua y comida; se formaron brigadas y comités de salud para ayudar a los manifestantes y a la primera línea, que es la única forma de autodefensa que tenemos frente a la represión.

La pandemia ha mostrado cómo el gobierno priorizó sus ganancias sobre nuestras vidas y sigue enviando leyes represivas. Ahora más que nunca es súper importante la organización popular, que se ha dado en nuestros territorios con ollas comunes y comités de abastecimiento que se han visto en todo Chile. La mala situación económica se siente cada vez más y cuando empiecen a bajar los contagios yo creo que esto volverá a explotar. Frente a esto tenemos que exigir nuestras demandas y salir a la calle, la herramienta histórica para ser escuchados. Como jóvenes no somos población de alto riesgo, así que hay que salir a apañar en nuestros territorios, solo nosotros sabemos las necesidades que tenemos en nuestras casas y es importante que sigamos ayudándonos. Cuando todo esto pase volveremos a salir y venceremos.



CRÉDITO: Fernanda Urrutia, Santiago, noviembre de 2019.



CRÉDITO: Fernanda Urrutia, Santiago, noviembre de 2019.

CAPÍTULO TERCERO

NUEVAS FORMAS DE ACCIÓN POLÍTICA

1. ANUNCIANDO PRIMAVERAS: ACTIVISMO SEXOPOLÍTICO JUVENIL

Marcia Ravelo y Klaudio Duarte

La revuelta popular de la primavera del 2019 tiene varios antecedentes en la historia que las y los jóvenes han producido en Chile, y que se viene desarrollando en los territorios barriales y rurales desde finales de la dictadura. La década del 90 permite observar aprendizajes respecto de modos de organización y modos de acción política juvenil a contracorriente de la política institucional, la cual se ha estructurado fundamentalmente sobre la base de la asistencia a los eventos electorales que marcaban el calendario comunal, parlamentario o presidencial en Chile. Sin embargo, las y los jóvenes en sus territorios poblacionales, del Wallmapu y en las zonas rurales, fueron experimentando distintos modos de constituirse en actores políticos, por fuera de lo que esta institucionalidad les imponía con la reducción a lo electoral. Por eso al descenso de la asistencia juvenil a estos eventos electorales se le contraponía el aumento sostenido de la politización juvenil que se daba en dichos territorios. Uno de los aprendizajes más importantes de ese antecedente es la estructuración de un nuevo tipo de agrupación juvenil y un nuevo tipo de orgánica, que se centraba fundamentalmente en lo colectivo, en la horizontalidad de las relaciones y en una forma de tomar decisiones que se autopropone lo democrático y lo colectivo como fundamento.

Estas experiencias vienen a expresarse después, con la consolidación de organizaciones colectivas de distinto tipo en ambientes educacionales de enseñanza media y superior. Una premisa que se sostuvo en estas iniciativas era la ruptura con las formas jerarquizadas y verticalistas de relación como

modo de hacer política, con las juventudes políticas y los partidos políticos como ejemplo de reproducción de dicho formato.

Así, parece que la provocación a la revuelta que se inició en octubre del 2019, por parte de actores jóvenes que comienzan a saltar torniquetes y a movilizarse en sus territorios para poner en tensión las medidas tomadas por el segundo gobierno de Sebastián Piñera, es continuidad de una rica y nutrida historia de actoría juvenil.

El antecedente de esa historia que más nos interesa poner de relieve tiene que ver con lo que ocurre desde mayo del 2018 en adelante. Ahí explota un proceso que venía acumulando presión de parte de las mujeres y las disidencias sexuales en torno a las situaciones de violencia, acoso y abuso sexual al interior de diversos centros de educación superior, al que luego se sumaron los de enseñanza media.

Son las mujeres estudiantes jóvenes quienes, en lo que se llamó la revuelta feminista, ponen en discusión el orden patriarcal de nuestra sociedad a partir de las denuncias de las prácticas abusivas que autoridades, docentes y funcionarios de las casas de estudios ejercían sistemáticamente contra las propias mujeres y disidencias sexuales, además de exigir que sean investigadas y sancionadas. De esta manera, instala en la sociedad chilena la discusión sobre cómo enfrentar estas violencias de género que son parte constitutiva de nuestra cultura, desde siempre. La imagen que podemos usar de un personaje de telenovela, como el “Señor de la querencia”, es la figura del macho abusador que existe en nuestra sociedad y que ha gozado de prestigio, impunidad e inmunidad para ejercer esas prácticas violentas contra mujeres, niños y niñas en todos los ámbitos de la sociedad.

Esta revuelta feminista no se constituyó sobre una demanda específica, solo para resolver estas violencias, sino que logró articular un conjunto de planteamientos críticos sobre el orden social patriarcal y capitalista de nuestra sociedad, para decir que esas violencias tienen que ser erradicadas, junto a la injusticia, la desigualdad y los obstáculos a la participación social, entre otros. Las mujeres jóvenes en esta revuelta feminista hacen una intersección entre ámbitos del dominio autoritario y se manifiestan abiertamente contra el capitalismo, el patriarcado y el racismo.

La fuerte incidencia que tuvo en el estallido la performance del Colectivo Las Tesis, en la sexta semana de movilización (fines de noviembre de 2019), muestra cómo logran introducir en la conversación social el cruce del feminismo con las demandas políticas y económicas. Diversas cuestiones del orden político cultural se potenciaron con la movilización social y con esta provocación que hicieron las compañeras, y que subraya en la conversación social lo que en la revuelta habían planteado las jóvenes. Surgen así intensos cuestionamientos a los modos patriarcales de hacer política que se han conocido en nuestra historia y cómo las demandas femeninas han sido

postergadas bajo la idea impuesta de que primero ha de resolverse lo económico. Las Tesis nos señalan que su performace fue una manera de visibilizar la violencia sexual contra jóvenes de la disidencia y mujeres en violaciones, abusos y tocaciones impropias en el contexto de la detención o en las comisarías. Coincidimos en que la violencia de género es parte transversal de los modos de sumisión al que el poder político y policial somete también a la causa rebelde juvenil desatada desde octubre.

La revuelta de lo sexopolítico

La revuelta feminista y su continuidad en el estallido fortalecieron incipientes procesos que se estaban planteando desde hace años en los mundos juveniles estudiantiles de enseñanza media y superior en torno a unos modos de agrupación para abordar cuestiones referidas a sus experiencias de género. Venían surgiendo en las comunidades educativas unas iniciativas colectivas bajo rótulos de Secretarías de género, Colectivos feministas, Círculos de varones, Mesas de género y otras nomenclaturas que permitieron a las y los jóvenes encauzar sus luchas para poner en el debate las desigualdades y opresiones de género en nuestra sociedad.

La novedad de esta forma de organización juvenil es que su acción política está en el campo de lo sexual y de género, por lo que los concebimos como *colectivos juveniles de activismo sexopolítico*, y es lo que presentamos haciendo énfasis en las principales demandas y reflexiones que articulan el orden soñado por estos, principalmente en liceos públicos, espacio donde los repertorios o guiones de lo social patriarcal se reproducen con intensidad y profundidad.

Queremos erradicar todas estas conductas patriarcales, misóginas y sexistas que vienen desde hace años en el liceo. Obviamente sabemos que no es de un día para otro, que toda la comunidad educativa no va a dejar de ser machista, eso no va a pasar nunca, pero sí entrar en las mentes de todas las personas y politizar el espacio, y hacer entender que merecemos respeto. (Joven trans, 16 años, liceo hombres)

Estas personas jóvenes asumen una postura crítica ante el modelo social y político del país y, en un terreno más específico, también muchos de ellos y ellas se rebelan contra la estructura binaria, heteronormada y sexista que impera en instituciones sociales como la escuela y la familia. Una cuestión decidora se viene expresando en la negación de clasificarse dentro de una diferencia sexual, dado que su propia revuelta íntima y subjetiva es anterior a la revuelta social global. Tales jóvenes integran estos colectivos juveniles en

sus espacios educativos y sus consignas más recurrentes apelan a la justicia social, al respeto a los distintos modos de ser (humano) sin descalificación, discriminación, homofobia, machismo. Combaten estas expresiones con denuncias, performances y ferias educativas que constituyen una primera línea formativa frente a un régimen político, naturalizado en género y sexualidad, que legitima o al menos invisibiliza la violencia física y simbólica contra las mujeres y las disidencias sexuales.

El hostigamiento de los profes hacia nosotras las alumnas viene desde hace muchos años, no solo por temas de género, paradoscentes o los mismos profes que nos dicen tontas, o a las niñas que son lesbianas, por ejemplo, como que las hacen separarse o las seguían al baño y todo ese tema, o malos tratos. (Mujer, 16 años, liceo mujeres)

Estos colectivos de activismo sexopolítico juvenil ejercen incidencia política e institucional en sus respectivos liceos que, para la opinión pública y las autoridades educativas, representan a instituciones señeras de la educación en el país y un legítimo espacio para la movilidad social de muchas familias de nivel socioeconómico medio o medio-bajo. En esos contextos, este activismo sexopolítico juvenil ha puesto denuncias, demandas y preguntas que se levantan contra el sistema opresor que lo identifican como *la vigilancia sexual heteronormada*:

Una vez estábamos después de un entrenamiento de la selección de fútbol, estábamos cambiándonos de ropa y todo, y claro, y estábamos cambiándonos el short juntos, como en realidad siempre ha sido así, no hay como ese tabú de desvestirse, como que se ve normal... y es totalmente normal en todo caso. Y entonces nos dijo [docente] “uy, los mariconcitos poco menos se tocan”, porque estábamos cambiándonos ropa juntos. Y fue como “¿qué onda?”. Y siempre tiraba comentarios de ese estilo. Así, el típico “corren como niñas” o cosas así. (Hombre, 16 años, liceo de hombres)

Algunas de estas experiencias fueron parte de la historia escolar de tantas personas y hoy gracias a una conciencia juvenil que se potenciaron con los movimientos sociales mundiales proderechos humanos en temas de género, como *metoo*, *niunamenos*, *día del orgullo*, movilizaron las energías vitales de sus cuerpos en pos de fracturar la hegemonía aplastante de las imposiciones heteronormadas sobre la identidad sexual.

La primavera social de octubre para quienes buscamos comprender el activismo juvenil se configura desde hace años a través de cuerpos jóvenes y temerarios que, en sus espacios de barrio, liceos, plazas y calles, vienen gestando una revuelta generacional en el país de cara a un sistema que les

enseña desigualdad y los trata con violencia si disienten de su orden, si reclaman en el liceo, si protestan en la calle. Entonces, ese sistema les impone la ley de Aula Segura, la policía en los techos y accesos de liceos y poblaciones, un toque de queda juvenil, o el control de identidad; en suma, jóvenes bajo sospecha, condenados a la oscuridad del invierno neoliberal chileno, siempre frío, indolente.

A pesar de estas respuestas violentas y criminalizadoras, las personas jóvenes hacen brotar —como en primavera— nuevas experiencias de organización social (sus colectivos); aportan nuevas miradas a las relaciones humanas (crítica a lo patriarcal heteronormado); y fortalecen los horizontes de esperanzas en las posibilidades de construir una sociedad justa e igualitaria. La revuelta feminista del otoño del 2018 se conecta profundamente con el estallido de la primavera 2019 y aporta aprendizajes relevantes desde el activismo sexopolítico juvenil.

HISTORIA DE VIDA MARTÍN¹

Tengo 17 años y vivo desde mi niñez en la comuna de Paine. Me identifico como joven no binarie, pansexual y de la disidencia sexual. Me acomoda que se refieran hacia mí con los pronombres femeninos o aplicando la “e”, porque el uso masculino me ha hecho mucho daño en mi desarrollo. Actualmente curso 4° medio en un colegio de Buin, porque después de cinco años en un colegio particular subvencionado de Paine, me forzaron a retirarme con amenazas de cancelación de matrícula a principios de este año, asunto que yo considero una persecución política. Me adapto desde marzo a un colegio nuevo en realidad virtual por la pandemia.

En 2019 fui dirigente estudiantil del colegio y junto a varios compañeros organizamos y participamos en manifestaciones en el colegio. Eso claramente no les gustó a las autoridades del colegio. Las manifestaciones las hicimos por casos de acoso de profesores a compañeros, situaciones que se denunciaron al inicio de ese año. Por ello, a un grupo se nos aplicó carta de condicionalidad inmediatamente. Sin embargo, la cancelación de mi matrícula no tardó en llegar a principios del año escolar 2020 a causa de una fuga masiva de alumnos en el contexto de la revuelta social 2.0.

En realidad, las movilizaciones en el colegio por los casos de denuncias de acoso sexual consistieron en varias funas a profesores que habían tenido conductas inadecuadas con compañeras, como hostigamiento y miradas de connotación sexual o invitaciones a salir; incluso algunos docentes interpretaban como insinuaciones algunas frases de las compañeras. Las funas se hicieron por Instagram y consistieron en publicaciones de testimonios de alumnos. Yo misma participé en un testimonio. Esa situación nos dejó expuestas ante las autoridades, porque ellas no se tomaron bien nuestras denuncias y aseguraron que, si se siguieron protocolos, pero para nosotres fueron protocolos muy pobres y, además, se mantuvieron a los profesores denunciados en sus puestos, como si nada.

A partir del 18 de octubre comenzó una época muy interesante respecto de lo que pienso y siento sobre la sociedad que quiero. Hace un tiempo que ya participaba en la colectiva “Escuela es mi cuerpo”, que consiste en un grupo de jóvenes educadores en sexualidades que difunden una educación sexual integral para otros jóvenes y, sobre todo, compartir conocimientos y

¹ Testimonio recogido por Marcia Ravelo.

aprendizajes sobre derechos sexuales y reproductivos. La colectiva tiene ya cuatro años y llegué a ser activista por una invitación en Instagram. Me encanta el trabajo que hacemos. El 18-O estuve en plena protesta en el Centro de Santiago, porque tenía reunión con la colectiva. Vi con mis propios ojos cómo surgía la revuelta en la calle, la represión de carabineros y sus lacrimógenas contra la gente que se expresaba. Desde El Llano me fui hasta Estación Central con una amiga; ahí incluso hubo disparos de carabineros. Esto último lo supe al llegar a mi casa y ver la televisión; fue súper fuerte para mí darme cuenta que estuve en lugares donde hubo disparos en el cual una joven incluso quedó herida. Yo había estado ahí y pude ser una herida.

Me movilicé hartito en ese período, no tanto con la grupal de la *Escuela* sino con la gente de mi comuna, y en las calles de allá y un poco en Santiago, pero también con los cabres del colegio: sentimos que era tiempo de una lucha colectiva y nos movilizamos tanto por asuntos internos del establecimiento, como por situaciones de injusticia del país. Fueron días de esperanza y lucha.

Teniendo como base la revuelta, he construido algunos escritos que siento reflejan esa revuelta en Chile, considero que esta escritura es también un medio de lucha desde la comunicación, como existe también desde la fotografía o desde el baile. Participé en un par de intervenciones, algo así como performances, con lienzos, acompañada de mis compañeros de colegio. Una de esas performances fue en las afueras del retén de Paine, en contra del proyecto de Ley *Anticapucha*. Entonces y después de clases fuimos todos a pararnos fuera del retén encapuchados. Fueron ese tipo de expresiones más visuales en las cuales quise y pude manifestarme.

Siento que Chile está viviendo una revuelta social potente, como aquella que vivimos todas las personas que nos dimos cuenta en un momento de la vida que no calzamos con la norma sexual social ni con el sistema sexo-género que nos transmite la cultura hetero-patriarcal. Esa revuelta interior que también implica una lucha interna y con el mundo, la veo en Chile y su gente en contra de la norma de la desigualdad que se ha naturalizado en nuestro país. Yo me considero una persona a-género, es decir, sin género, porque no me siento identificada con ninguno de los géneros binarios que existen.

Nacer en Chile siendo no binarie y pansexual significa crecer en medio de la violencia y opresión. Por lo tanto, vivir la revuelta social desde la disidencia sexual implica sumarse a la lucha social por nuestros derechos. Quiénes somos disidentes hemos estado siempre en alerta por la violencia que recibimos y por exigir respeto, por tanto, la revuelta abrió también un espacio para nosotres y nuestras demandas. Nuestra vida como disidentes la defendemos en medio de un sistema que conspira contra personas como yo, de hecho, nos siguen matando en la calle, si bien en la actualidad hay políticas y leyes que, de algún modo, nos resguardan, estas se hacen insuficientes. En

lo profundo, la Justicia sigue avalando a les cisgéneros, a les heteros, y esta experiencia de discriminación nos lleva, a quienes somos disidentes, a una revuelta permanente, pues siempre está dentro de nosotres el anhelo de un cambio estructural, de una transformación social profunda que suponga un mundo diferente, porque ya nos percibimos desapegados de la norma social, excluídes y amenazades.

Estuve orgulloso viendo cómo se organizaban les disidentes en el territorio chileno y las marchas que se hacían, marchas disidentes, donde se juntaban *colas*, *travestis*, *camionas*, *fletas*, *fletos*. Decimos esas palabras que incluso iban en los posters de las marchas, porque hace años nos apropiamos de esos insultos contra la disidencia para resignificarlos en nuestra lucha. Vi también varias intervenciones respecto del VIH, la violencia político sexual, cómo se escuchó la voz del feminismo con Las Tesis, en la cual disidencias y mujeres estaban invitadas a participar de la performance “Un violador en tu camino”. Creo que con todo ello se abrió un espacio para informar y educar desde cuestiones concretas y que surgían en la misma protesta, como decir “oye como gritas en la calle que los pacos tienen tetas y las pacas tienen tula”, eso es transfobia, cosas así por dar un ejemplo.

Siempre que pienso en el estallido social (aunque yo le llamo siempre revuelta porque ha sido una lucha), tengo sensaciones encontradas: por un lado, siento que no deberíamos estar en una lucha por nuestros derechos y no quiero romantizar lo que está pasando, porque realmente estamos luchando por lo que nos pertenece, por lo que necesitamos; pero por otro lado, pienso que fue maravilloso que la gente despertara, que todes nos detuviéramos de la rutina y con valor saliéramos a la calle demandando lo justo para la vida.

También no puedo dejar de lado el hecho de que nos hemos hecho mucho más conscientes de lo que está ocurriendo, de cómo nos organizamos, de cómo nos movemos y un largo etc. Y que todo eso es también igual de enriquecedor que lo que sería ganar el plebiscito del 25 de octubre, por ejemplo. La revuelta no nos traería solamente un cambio constitucional sino que también ya nos trajo un cambio personal y social demasiado grande, que para mí tiene la misma satisfacción de que gane el “apruebo” en octubre.

2. LOS ESTUDIANTES SECUNDARIOS FRENTE A LOS DESAFÍOS CIUDADANOS DEL CAMBIO CLIMÁTICO

Carolina García y Luis Manuel Flores

Durante los últimos años, la actitud y compromiso ciudadano de las generaciones jóvenes ha sido uno de los temas que más debate ha generado en el conjunto de las políticas educativas del sistema escolar. Esto se debe, entre otras razones, al creciente desinterés de los jóvenes en las instancias tradicionales de participación política, particularmente en lo referido a los procesos electorales (PNUD, 2017; 2020). Por ello, para algunos sectores académicos y políticos la participación ciudadana de los jóvenes es considerada una de las máximas expresiones de la crisis de representatividad y legitimidad del sistema democrático (Berríos y García, 2018).

En paralelo, los jóvenes manifiestan un creciente interés y disposición a participar en causas comprometidas con problemas de interés público, a denunciar su desconfianza y descontento con la institucionalidad vigente y a demandar la construcción de sociedades más justas y democráticas. Más aún, han construido sus propias formas de expresión, haciendo de la acción local, de las calles, las marchas y las protestas físicas y en las redes sociales, un espacio de participación política concreta y al margen de la organización social y política tradicional.

Durante mucho tiempo se asumió que esta participación era de carácter individualista y despolitizada (Cox, 2006), que hacía más referencia a un “Yo” que ayuda a otros que están en problemas, antes que a un “nosotros” que busca el bien común. No obstante, las movilizaciones estudiantiles desarrolladas desde el año 2006 y cuyo corolario llega con el estallido social de octubre de 2019, cuestiona profundamente esta perspectiva. No solo por su alto poder de convocatoria, sino porque impactó en la agenda pública y posicionó temáticas vinculadas no solo a la educación, sino también a la misma reforma del sistema político vigente, contribuyendo de manera relevante en la concreción del proceso constituyente que está en desarrollo (Garcés, 2020). Por tanto, se podría inferir que su aversión hacia la política responde más bien a la política partidaria e institucionalizada, y no a la política en su sentido originario, como el espacio de toma de decisiones para enfrentar los problemas socialmente relevantes y construir colaborativamente en el futuro de la comunidad (Flores y García, 2014).

El cambio climático y los desafíos que implica a nivel global y local es una de las problemáticas sociales que se ha tomado la agenda ciudadana de los jóvenes a nivel mundial. *Friday for future*, por ejemplo, es un movimiento nacido en Europa, pero que durante 2018 y 2019 logró movilizar a miles de

estudiantes secundarios en todo el mundo para que cada viernes protestaran exigiendo a las autoridades gubernamentales medidas concretas para detener el impacto del cambio climático.

Conscientes de la importancia que tienen los jóvenes para abordar los desafíos en un escenario cada vez más incierto e inseguro (Bauman, 2009; Morin, 2009), desde el 2015 se desarrolla en Chile el Pacto Mundial de Jóvenes por el Clima.² Este proyecto internacional agrupa a 28 países, con el objetivo de concientizar a las nuevas generaciones sobre la magnitud de los desafíos asociados al cambio climático y promover en ellas el desarrollo de las competencias requeridas para enfrentar desafíos de alcance global y una ciudadanía global, activa, crítica y responsable, que contribuya al fortalecimiento del desarrollo sostenible (Flores, 2019).

Desde su inicio, asociado a la COP21, el proyecto involucra en Chile a 22 liceos municipales o de administración delegada de seis regiones del país, promoviendo la conformación de comunidades de aprendizaje integradas por estudiantes y profesores de enseñanza media que, a través del aprendizaje basado en proyectos y de la reflexión colaborativa sobre los desafíos del cambio climático, elaboran propuestas de acción local para abordarlos (Condeza y Flores, 2019). La finalidad de estas comunidades es fortalecer el ejercicio ciudadano tanto a nivel local como global, ya que dichas propuestas se han constituido en insumos para la discusión y la toma de decisiones en las Conferencias del Clima (COP).

Una de las dimensiones clave para promover el logro de los objetivos de este proyecto fue develar las percepciones de los jóvenes sobre las oportunidades que tienen de enfrentar los desafíos locales del cambio climático desde el ejercicio de una ciudadanía activa. Para ello se realizaron 18 entrevistas grupales a 128 estudiantes de enseñanza media, analizando sus propuestas de acción y sus percepciones sobre la ciudadanía y su rol como agentes de cambio social.

Los jóvenes logran identificar las características del cambio climático y tienen conciencia de los desafíos que implica a nivel local y global, planteando que la clave para enfrentarlos y avanzar hacia un desarrollo sostenible es lograr un *cambio de mentalidad en las personas*, incluidos ellos mismos. Estas propuestas, además de ser variadas (tabla 1), se caracterizan por ser gestionadas, mayoritariamente, desde las experiencias educativas, implementándose dentro del espacio escolar o en las comunidades y sectores aledaños.

² Para consultas sobre el proyecto visitar: www.globalyouthclimatepact.org.

TABLA 1. *Propuestas de acción del estudiantado*

<i>Proyectos de acción local diseñados y/o implementados</i>	<i>Propuestas de políticas públicas</i>
<p>Acciones desarrolladas por el estudiantado en sus escuelas y/o barrios</p> <ul style="list-style-type: none"> - Campañas de reciclaje y reutilización. - Construcción de huertos urbanos y compost. - Creación y/o cuidado de áreas verdes (plazas o áreas verdes). - Limpieza de áreas de uso público contaminadas (playas, parques, sitios eriazos). - Campañas para promover el uso responsable del agua, la electricidad y la calefacción. - Campañas para promover el uso de calefacción no contaminante. - Campañas para privilegiar uso de transporte público o bicicleta. 	<p>Medidas que debería implementar el gobierno a nivel regional y/o nacional</p> <ul style="list-style-type: none"> - Nuevos marcos legales para la explotación de los recursos naturales. - Inversión en energías verdes: solar y eólica. - Eliminación definitiva del plástico. - Establecer una política de educación ambiental para todos en las escuelas.

Estas iniciativas, generadas dentro del espacio escolar y en diálogo con sus comunidades locales y con jóvenes de otros países en los encuentros desarrollados en torno a las Conferencias Mundiales del Clima,³ son propuestas de acción concretas, en las que los jóvenes participan activamente. Sin embargo, reconocen que su impacto se limita a los espacios locales y que, para poder proyectarlas a nivel regional, nacional o global, requieren del apoyo de las autoridades.

En este contexto, se aprecia una posición ambivalente frente al poder político. Por una parte, tienen una visión negativa de las autoridades gubernamentales, sienten que es muy difícil llegar a ellos, que es casi imposible que, por ejemplo, el alcalde los reciba, conozca sus propuestas y las tome en cuenta para expandirlas hacia otras comunidades. Además, consideran que a las autoridades no les importa el tema, que no han desarrollado políticas claras para enfrentar el cambio climático y que no fiscalizan lo suficiente. Sin embargo, los jóvenes reconocen que necesitan de su apoyo, ya que sin su acción a través de la gestión de leyes y políticas públicas concretas en las

³ Desde el 2015, el estudiantado chileno que participa de este proyecto cuenta con la oportunidad de trabajar colaborativamente con jóvenes de los otros países que integran el Pacto, tanto de manera virtual, a través de una serie de *crowdsourcing*, como presencialmente en los encuentros de jóvenes que se han desarrollado en el marco de la COP21 en París, de la COP24 en Katowice, Polonia, y en la COP25 Chile, que debido a su suspensión tras el estallido social, se desarrolló en Madrid.

áreas propuestas (tabla 1), no se podrán enfrentar los problemas asociados al cambio climático en toda su magnitud y complejidad. Es relevante que las únicas autoridades a las que aluden están vinculadas al poder Ejecutivo (alcaldes y el presidente de la República), estando completamente ausentes las autoridades parlamentarias como interlocutores válidos para promover las medidas que se deberían implementar.

Las propuestas relacionadas con la educación son las más prevalentes. El estudiantado considera fundamental el desarrollo obligatorio de una *educación ambiental para todos* en la escuela, que contribuya a la toma de conciencia y al cambio de mentalidad que se requiere para abordar con seriedad los peligros que implica el cambio climático y desarrollar una conducta sostenible y de respeto con el medio ambiente. Plantean que las temáticas ambientales se deberían incorporar a través de una asignatura focalizada especialmente en los niños más pequeños, porque consideran que los *adultos no cambian*, siendo necesario que la concientización comience desde temprana edad. Tienen la convicción de que son los niños quienes podrían influir en sus padres y en la sociedad en su conjunto.

Se puede considerar que la importancia asignada a la educación se vincula a sus propias experiencias escolares en instituciones educativas que relevan la educación ambiental en su proyecto educativo, generando oportunidades de aprendizaje que les permiten participar activamente frente a los desafíos medioambientales de sus comunidades. Sienten que esas experiencias fueron fundamentales para el desarrollo de su conciencia sobre el cambio climático y consideran como una medida fundamental que todas las escuelas del país la incorporen.

La participación en estas iniciativas de acción medioambiental ha producido en los jóvenes la sensación de que tienen un rol clave para abordar los desafíos del cambio climático, sienten que deben ser *un ejemplo* para los más pequeños, para demostrarles que no tienen que esperar a ser *adultos* para actuar, que pueden y deben hacer cosas concretas para mejorar las condiciones de vida de sus comunidades. Asimismo, consideran que son una generación intermedia, que pese a que el mundo adulto *no los toma en cuenta porque son jóvenes y porque piensan que no saben de lo que hablan*, deben contribuir a que los mayores tomen conciencia de la gravedad del cambio climático, entregándoles la información necesaria para que cambien su forma de pensar, sus conductas y asuman que frenar el impacto del cambio climático es responsabilidad de todos los miembros de la comunidad.

A través de estos proyectos, los estudiantes secundarios han desarrollado una participación que refleja la construcción de una ciudadanía global, caracterizada por su participación activa en temas de interés público, por su compromiso con la construcción colaborativa del bien común, por su capacidad de comprender los problemas globales y el impacto que tienen a nivel

local y por la responsabilidad con la que asumen su participación a distintas escalas: en las acciones locales y en las discusiones, debates y elaboración de propuestas globales en los espacios de encuentro mundial generados por el proyecto.

Sin embargo, resulta paradójico que ni en el discurso que construyen en las entrevistas grupales ni en la elaboración de sus proyectos, asumen que estas acciones sean una forma de ejercer la ciudadanía. No consideran que su preocupación por los desafíos del cambio climático, sus proyectos de acción local, que buscan contribuir a la transformación de los estilos de vida y de los modelos productivos que imperan en la actualidad, y sus aspiraciones de expandirlos hacia otras comunidades, regiones o incluso a nivel global para construir sociedades mejores y más sustentables, tengan un claro componente político y sea una forma concreta de participación ciudadana.

Esta paradoja representa desafíos políticos y pedagógicos que suponen un profundo cuestionamiento a la perspectiva desde la que se abordan estas acciones dentro de las instituciones escolares, ya que no las asumen como espacios promotores de la ciudadanía. Pareciera que la escuela, pese a su interés en las temáticas medioambientales, sigue reproduciendo la concepción simplista de la política, que la limita a los espacios de poder de la institucionalidad representativa que está vigente y de los partidos políticos (Castoriadis, 2005), que es precisamente la dimensión de la política en la que los jóvenes no confían.

Es necesario, por lo tanto, abordar la formación ciudadana desde la perspectiva compleja de la política, la que se asume como una acción autónoma y consiente en que los actores abordan los problemas y necesidades que conciernen a su propia comunidad y a su propio espacio educativo.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Z. (2009). *En busca de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Berrios, C. y García, C. (2018). *Ciudadanía en conflicto. Enfoques, experiencias y propuestas*. Santiago: Ariadna.
- Castoriadis, C. (2005). *Escritos políticos*. Madrid: Catarata.
- Condeza, A. y Flores, L. M. (2019). "Configurations and Meanings of Environmental Knowledge: Transitions from the Subjective Experience of Students towards the Intersubjective Experience of Us". *Sustainability* 11(11): 30-50.
- Cox, C. (2006). "Jóvenes y ciudadanía política en América Latina. Desafíos al currículo". *Prelac* 3: 64-73.

- Flores, L. M. (2019). "Pacto Mundial de Jóvenes por el Clima. Una educación transformadora". *Revista Universitaria* 156: 64-68.
- Flores, L., y García, C. (2014). "Paradojas de la participación juvenil y desafíos de la educación ciudadana en Chile". *Revista Magis* 13(1): 31-48.
- Garcés, M. (2020). *Estallido social y una nueva Constitución para Chile*. Santiago: LOM
- Morín. (2009). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Buenos Aires: Nueva visión.
- PNUD (2017). *Diagnóstico sobre la participación electoral en Chile*. Santiago: PNUD.
- . (2020). *Diez años de auditoria a la democracia. Antes del estallido*. Santiago: PNUD.

HISTORIA DE VIDA MAX GALLARDO⁴

Soy Max, provengo de una ciudad muy pequeña que se llama Calbuco, tiene alrededor de 30 mil habitantes y está cerca de Puerto Montt. Mi familia trabaja en la industria del salmón, como operarios, que es una tarea muy pesada y por la que reciben muy bajos sueldos, además de generar un gran daño ambiental. Estudié derecho en la Universidad Católica, razón por la cual me vine a vivir a Santiago, lo que ha implicado grandes cambios para mí, tanto en términos de vida cotidiana como acercamientos a nuevas personas, grupos y pensamientos.

Las protestas buscan cambiar el foco de cómo se están haciendo las cosas en nuestro país, y fue lo que me llevó a participar. Veo que mi familia y la comunidad de la que provengo tienen graves problemas relacionados con salud, pensiones y educación, entre otros, y creo que son transversales. Al final los factores que hicieron detonar el estallido eran múltiples, no me atrevería a nombrar solo algunos. Sin embargo, esta experiencia se vivió de manera muy distinta en el sur, donde vive mi familia y crecí; a lo que pasó en Santiago, donde estudié y vivo actualmente.

Una semana después del 18 de octubre comencé a asistir a las manifestaciones de Plaza de la Dignidad, al principio fui para ir a demostrar enojo y rabia con lo que estaba sucediendo. Me disgustaba mucho la represión policial frente a los problemas sociales, pero también fue sorprendente ver a tantas personas, de distintas edades, era muy transversal lo que estaba pasando.

Esto también tuvo repercusiones en la universidad, se realizaron debates entre profesores y estudiantes sobre una nueva Constitución y las AFP. Participé en estos conversatorios. Me interesaba tener también esta mirada más académica de lo que estaba pasando, creía que me podía ayudar a entender las raíces profundas de este problema estructural que enfrentamos. Fue interesante estar presente en discusiones sobre la nueva Constitución, si tiene que tener más o menos Estado, si debemos avanzar hacia otro tipo de economía, a otro modelo, y cuáles podrían ser las implicancias de estos cambios. Sé que soy privilegiado, puesto que no todos tienen acceso a estas instancias, pero a la vez este espacio no estaba muy conectado con las emociones que se vivían en las protestas. De mis compañeros, pocos habían participando de las marchas, mientras que otros tenían otras formas de acción política y manifestación.

⁴ Testimonio recogido por Carolina Álvarez.

A propósito de esta experiencia y los debates, volví al sur a exponer en algunas charlas convocadas por la Mesa de Unidad Social de Calbuco, que es una organización de distintos sectores y rubros, sin interferencia política, sin partidos políticos. No era el gran exponente, pero podía aportar ya que tengo nociones básicas de derecho. Participé en dos actividades, una sobre si se necesitaba una nueva Constitución o no; y la segunda, sobre el rol de las municipalidades en la nueva Constitución. Creo que estas dos reuniones fueron muy interesantes, muchas personas no tenían mayores conocimientos sobre qué era una Constitución, para qué sirve y se fueron con otra idea, se dieron cuenta de que era importante lo que se estaba gestando y aquello que íbamos a definir en el plebiscito.

De la protesta en la calle, el debate universitario y la experiencia en mi comunidad veo que hay algo en común, la urgencia de educarnos. Por un lado, me di cuenta que en la calle había muchas buenas ideas, pero eran ideas fuerza, que muchas veces no tenían sustento ni argumento. Por otro lado, en la universidad me daban herramientas para entender cómo mejorar, comprender qué estaba fallando, pero tampoco eran quienes estaban participando en las protestas ni en las asambleas ni en colectivos sociales, si es que se movilizaban era en sus mismos círculos. Finalmente, en el sur la gente se impresionaba de lo que estaba pasando, pero a la vez estaban muy interesados en conocer: “¿qué están alegando?”, “¿qué se está discutiendo?”, “nosotros también tenemos nuestros problemas y queremos exponerlos, no es todo Santiago”.

Fue muy enriquecedor participar en estos tres espacios y debemos educarnos en todo lo que está pasando para construir una nueva Constitución. Es la nueva Constitución mi gran motivación para seguir participando, todo puede cambiarse dentro de un nuevo marco jurídico. Por ejemplo, el tema del agua es impactante, he trabajado con comunidades y es impresionante ver que el 98% de los derechos de agua pertenecen a privados y el resto es del Estado, es decir, en una eventual sequía más grave de la que tenemos hoy, el Estado no tiene los derechos suficientes para abastecer de agua a la población, tendría que expropiar y pagar por ellos. El tema ambiental para mí es muy fuerte, fue una de mis primeras motivaciones para ir a las protestas, pero era más bien individual, era mi causa. Sin embargo, a medida que participaba en las movilizaciones, fui abriendo los ojos a los problemas de otros. Vi a niños en Plaza Italia en la primera línea, que no estaban al cuidado de nadie, estaban solos, y eran niños, no tenían más de nueve o 10 años, y andaban con hondas. Había un grupo que se preocupaba de ellos, les aconsejaba que se alejaran de ahí y otro grupo que los incitaba a hacerse parte. Esto me impactó mucho, era la realidad de los niños del Sename, que fue un tema constante en las marchas, los menores y la desprotección de parte del Estado, del rol fundamental del Estado que es proteger la vida de los niños

y las niñas y que no lo ha hecho. Entonces me fui dando cuenta de tantos problemas que existen, muchos de ellos son colectivos y pese al disgusto y la rabia, también sentía que todos queremos que se nos abra un espacio, para que se puedan cambiar las cosas o al menos se empiecen a discutir.

Uno se comporta a partir de lo que uno es, de lo que uno tiene. Yo creo que el movimiento social en el sur no se dio tan fuerte como en Santiago y veía en mi familia siempre esto de, “no, ellos tienen que trabajar, no están para marchas o no pueden perder el tiempo”. Y no sé, ya están en una edad tan avanzada y también son personas en el sur que no están acostumbradas a estos movimientos de protestas ni nada, sino que es una vida muy de trabajo-casa, casa-trabajo, no hay momento para revoluciones, es solamente trabajo lo que hay allá y es muy duro a veces pensar en eso. Sin embargo, mi familia ha sentido de alguna forma los impactos de la movilización. Por ejemplo, comenzaron las protestas y se aumentó un poco el monto de la pensión básica solidaria, fueron como 50 lucas las que se añadieron, y eso beneficiaba directamente a mi padrastro. Él estaba contento, estaba feliz, porque son 50 lucas más que llegan a la billetera y fue algo que se produjo producto de la visibilización de la protesta social. A partir de eso también se comenzó a discutir más seriamente el problema de las pensiones y se hizo una ayuda rápida, a corto plazo y una política pública donde el Estado se comprometió con más plata, no lo que uno quisiera, pero es un monto que ya le llegó a él, de manera directa.

El principal aprendizaje que he tenido en las protestas es la importancia de compartir lo que uno tiene. En mi caso particular, lo que estoy aprendiendo en la universidad creo que puede servir mucho, puedo aportar y apoyar al colectivo y no ser tan individualista. A nivel colectivo, independiente de los resultados que tengamos, hemos aprendido que si nos ponemos a conversar podemos llegar a buenas soluciones, aunque el proceso sea lento. Darnos cuenta que podemos conversar y ponernos de acuerdo toma tiempo, creo que lo que nos queda como sociedad de aquí adelante es incentivar el diálogo y la conversación en un ambiente de respeto mutuo. Debemos cuidar la frágil democracia que tenemos, fortalecerla por medio del diálogo y eso es lo que espero que suceda de aquí adelante, junto con preocuparnos más por el tema ambiental de manera urgente. La Constitución será verde o no será.

3. MOVIMIENTO SOCIAL Y PARTICIPACIÓN INSTITUCIONAL EN LAS NUEVAS GENERACIONES DE JÓVENES MILITANTES DE IZQUIERDA

Isidora Iñigo

Sin duda, los jóvenes se han posicionado como uno de los actores sociales y políticos más importantes del Chile contemporáneo. La apatía y el inactivismo político propio de los años 90 (Moulian, 1998), cuando los niveles de malestar no encontraban expresión colectiva u orgánica, habrían sido superados en la década de los 2000 de la mano de la emergencia del actor juvenil dentro del campo sociopolítico. Prueba de ello es el protagonismo que han tenido en los procesos de movilización social de mayor relevancia de las últimas décadas, a saber: las movilizaciones estudiantiles de 2006 y 2011, la feminista de 2018 y, recientemente, las revueltas de octubre de 2019.

Tanto a nivel de la opinión pública como en el campo académico, se ha destacado el carácter de novedad que presentarían estos ciclos de movilización en relación con las formas que, históricamente, ha tomado la acción colectiva y los procesos contenciosos en el Chile reciente. Así, se revelan aspectos como la diversificación y creatividad de los repertorios o modos de expresión de la protesta social —como los *flash mobs* del movimiento estudiantil (Ponce y Miranda, 2016)—; la centralidad que ha tomado Internet y las redes sociales en la difusión y coordinación de las formas de movilización (Sola-Morales y Rivera, 2015); además de la instalación de formas de organización que privilegian formas de democracia directa, promoviendo la horizontalidad y el asambleaísmo en la toma de decisiones (Sandoval y Carvallo, 2017).

Sin embargo y, por sobre estos elementos, un aspecto que ha sido especialmente relevado dice relación con que estas nuevas formas de movilización expresarían un quiebre en el modelo de estructuración de la acción colectiva, de articulación de actores y movilización de demandas sociales que dominó gran parte del siglo XX en el país. La matriz tradicional de relaciones entre lo social y político, caracterizada por el rol medular de los partidos políticos de conducción del movimiento social y de representación de intereses de los grupos de la sociedad civil (Garretón, 2014), estaría siendo hoy desafiada por estas nuevas formas de activismo juvenil en las que se observa un distanciamiento de la política institucional, el cual está fundado en un discurso que critica particularmente al proyecto de la centro izquierda chilena, denunciando su contribución tanto a la profundización del modelo neoliberal, como también a la elitización de la política.

Aun cuando algunos han llegado a hablar de una “autonomización” de la protesta (Somma y Bargsted, 2015), ello no debe llevarnos a la conclusión de un repliegue total de los partidos de la acción colectiva, ni tampoco a la exis-

tencia de una renuncia de estos actores jóvenes a la disputa del poder político. Por el contrario, es posible observar la presencia de una diversificación en las formas de politización; de una confluencia al interior de los movimientos sociales, de una heterogeneidad de actores y estrategias. Así, encontramos desde actorías y colectivos que defienden un ejercicio allende a las estructuras políticas formales, de la participación de militantes de las juventudes de la centro izquierda tradicional, hasta la fundación de nuevas organizaciones políticas que, forjadas al calor de los movimientos sociales, irrumpen con fuerza en el escenario político, renovando el campo de la izquierda chilena. Nos referimos aquí al grupo de organizaciones que, lideradas por algunos de los dirigentes más importantes del movimiento estudiantil del 2011, fundaron en 2017, en conjunto con otros partidos ya existentes, un nuevo conglomerado político al que llamaron Frente Amplio.⁵

A partir de la información recabada en entrevistas realizadas entre enero y septiembre de 2019 a jóvenes militantes de estas nuevas colectividades políticas de izquierda residentes en Santiago, Valparaíso y Concepción,⁶ enunciamos algunos elementos acerca de las formas en las que estas nuevas generaciones comprenden la práctica política, enfatizando el rol que allí ocupan sus experiencias en el movimiento estudiantil.

Acerca de la necesidad de una “nueva política”

Al nivel de las biografías y espacios de socialización política, una de las características centrales que comparten la mayoría de los y las militantes entrevistados, dice relación con la influencia de la familia en el marco de su autoidentificación ideológica y militancia política. En sus relatos destaca la presencia de una sensibilidad de izquierda en sus familias o directamente de tradiciones de militancia política en partidos y organizaciones de izquierda,

⁵ Es importante destacar que la participación de un sector del Frente Amplio en el acuerdo político “Por la paz social y la nueva Constitución”, del 15 de noviembre de 2019, a través del cual se acordó la realización de un plebiscito para el cambio constitucional, generó un quiebre en el conglomerado, el cual desembocó en el éxodo de militantes del partido aún en formación “Convergencia Social”, dentro de los cuales se encontraba una de las figuras importantes del conglomerado, el alcalde de Valparaíso Jorge Sharp, además de la salida del Partido Pirata, Partido Humanista, Partido Igualdad y del Partido Ecologista Verde. [Ver: “Partido Humanista decide abandonar el Frente Amplio y el bloque pierde el 20% de sus diputados en medio de la crisis social”, *latercera.com*, 12 de diciembre de 2019. (Fecha de consulta: 23 de julio de 2020)].

⁶ Las entrevistas analizadas en este capítulo se desarrollaron en el marco de la investigación doctoral “Sentidos de la violencia política en jóvenes militantes de la izquierda chilena”. Este estudio recibió el apoyo financiero de la Comisión Nacional Científica y Tecnológica (Conicyt) — bajo las becas “Beca Doctorado Nacional” n.º 21161754 y “Beca para pasantía doctoral en el extranjero” n.º 75190160—, y de Iniciativa Científica Milenio de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID) adjudicado al Centro Núcleo Milenio Autoridad y Asimetrías de Poder.

a nivel de sus padres y, sobre todo, de sus abuelos y abuelas. Como señala muy elocuentemente uno de los entrevistados: “Militar en la izquierda es una cuestión de familia” (Alberto, 29 años).

Sin embargo, la movilización de estos intereses y, por tanto, el salto al activismo político no puede sino entenderse a partir de sus experiencias en el sistema educativo y su participación en los movimientos estudiantiles de 2006 y/o 2011. Más allá de que, en el caso de los jóvenes de sectores populares, la escuela fue un espacio de socialización política central y, en el caso de los militantes de sectores medios y acomodados, lo fuese la universidad, la participación en estas movilizaciones fue una experiencia clave, un punto de inflexión en sus relatos de manera transversal. En efecto, aun cuando algunos y algunas contaran con una militancia previa en organizaciones o colectivos de izquierda, la experiencia en estos ciclos de movilización marcará fuertemente sus prácticas y las formas en las que comprenden la política y su ejercicio. Como dice Nicole, de 26 años:

Yo creo que ese fue el... así el año (2011) más importante de mi vida, el año en que cambió radicalmente mi forma de pensar, de sentir, de concebir las cosas. Como te decía, yo me considero y eso como —en conversaciones que tengo con un excompañero de curso de la universidad— que nosotros somos los hijos del 2011 y es así, o sea, fuimos forjados, somos una generación que fue forjada por ese año.

A diferencia de la generación de sus padres, estos jóvenes reconocen que “perdieron el miedo” no solo a la represión y violencia política, el trauma de la dictadura, sino que se identifican como un colectivo que se atreve a denunciar aquello con lo que no está de acuerdo, además de movilizarse para lograrlo. “Le perdimos el miedo a los viejos vinagre”, continua Nicole, “le perdimos el miedo a la policía, le perdimos el miedo a decir las cosas que creemos, a mostrar que este Chile que parecía una taza de leche uno podía remecerlo y hacer que las cosas cambiaran, le perdimos el miedo a no ser actores políticos”.

Ahora bien, en términos de aprendizajes políticos, el ciclo de movilización de 2011 fue interpretado por estos jóvenes como el punto cúlmine de un proceso de transformación del escenario político chileno, del cual extrajeron importantes lecciones. Este es un elemento importante a destacar: el 2011 detonó un proceso de evaluación y elaboración política profunda al interior de las organizaciones de estos militantes, que decantó finalmente en un giro al nivel táctico estratégico. En cuanto a las lecciones, en primer lugar, el apoyo que logró obtener el movimiento y sus demandas le permitió constatar la existencia de malestar y crítica de importantes sectores de la población hacia el modelo neoliberal y sus consecuencias sociales y políticas. En segundo

lugar, también le dejó en claro su capacidad para articular a diferentes actores, además de generar y liderar movilizaciones de gran envergadura que lograron incidir en la agenda pública, forzando al sistema político a responder a estas demandas a través del impulso de reformas y nuevas políticas públicas. En tercer lugar, aunque no en último, arribaron a la conclusión de que el no contar con una participación directa al interior del espacio político formal, también implicaba el estancamiento y la imposibilidad de avanzar en transformaciones de mayor envergadura. Tal como señala Danilo, de 33 años, sobre el proceso de reflexión desarrollado al interior de su organización:

Entrando el 2012, decíamos el manual se cumplió entero, gente en la calle y masividad, sí, legitimidad de la demanda a nivel social sí, el Ejecutivo en el piso a nivel de legitimidad también, y ¿qué pasó?, sí, ya mucha subjetividad, pero a nivel como de cosas concretas casi nada, ¿cachai?, y ahí hubo una reflexión interna que tenía como eje central el rol de la institucionalidad en dos sentidos; uno, como le llamábamos nosotros, baranda de contención del modelo neoliberal en Chile, decíamos, Piñera puede estar en el 1% de aprobación pero igual institucionalmente se sostiene el modelo y, por otro lado, también la importancia de la disputa institucional, no como la gran llave maestra para abrir las grandes Alamedas, sino más bien como una herramienta de carácter táctico-estratégica para poder fisurar un poco justamente esa baranda de contención y permitir una correlación de fuerzas distinta a nivel del poder.

La necesidad de entrar a la disputa del poder institucional no tenía como única respuesta posible la legalización de varias de las organizaciones del movimiento para constituirse como partidos —proceso aún no concluido— y la creación del Frente Amplio en 2017. Aun cuando son centrales la experiencia acumulada a través de la participación en el movimiento estudiantil, sus éxitos y fracasos, también influyó el escenario, el cambio al sistema binominal y la oportunidad política que ello implicaba. Asimismo, tanto los aprendizajes que extraen de dichas experiencias, como las formas en que evalúan las transformaciones institucionales, están mediadas por ideologías, principios y convicciones, marcos a través de los cuales los actores políticos comprenden la realidad y definen cursos de acción a futuro.

En estas nuevas generaciones de militantes existe una crítica profunda al proyecto que la centro izquierda desarrolló a partir de los 90, al menos en dos dimensiones que para ellos y ellas están íntimamente vinculadas. La primera, la defensa y administración del modelo neoliberal, caracterizado por el retroceso del Estado y el avance del mercado como mecanismos centrales de provisión de bienes y servicios sociales. La segunda, la conservación de principios que orientan el modelo político actualmente imperante,

que privilegia la gobernabilidad, que rechaza la confrontación y el conflicto (Ruiz, 2000), y que margina a los ciudadanos y actores colectivos de la toma de decisiones, parlamentarizando el ejercicio político.

De este modo, no solo es central para estos militantes una transformación en los principios que orientan el modelo de desarrollo; precisamente para lograr lo anterior, aparece como necesario refundar el ejercicio político mismo. En definitiva, se hace necesario generar una nueva política, que abra la institucionalidad a las mayorías sociales y haga partícipes a los ciudadanos y actores colectivos de la toma de decisiones. Rodrigo, de 33 años, lo dice así:

Creo que en general, la política en Chile desde los 90 en adelante ha estado muy disociada de la sociedad, en particular de las organizaciones sociales, y para mí o como cumpliendo el rol que tenemos, justamente volver a vincular política y sociedad, política institucional y sociedad, a través de diferentes manifestaciones, ya sea organización, movilización, formulación de leyes, presiones, cambios culturales, generación de conciencia.

Frente a este modelo de democracia restringida, caracterizado por la desarticulación de lo social y lo político, aparecen esta nueva generación de jóvenes que denuncia este quiebre y lo desafían a través de sus mismas prácticas. Forjados al calor de la movilización social y la protesta, y como militantes de partidos políticos con participación o perspectivas de participación institucional, están enfrentados al dilema de cómo articular dos dimensiones y lógicas de participación que se encuentran escindidas y en relación de oposición. Dilema que, sin embargo, no han sido aún capaces de resolver:

Me encantaría poder pensar que el proyecto está cuajado, pero creo que todavía no lo está ¿cachay? Creo que vamos avanzando muy a paso lento de cuál es... el contexto del Chile actual, lo hace muy difícil de poder como materializarlo y, por tanto, cómo los márgenes que establecen necesariamente pasan por una cuestión de carácter institucional. Por tanto, el quehacer como nuestro no está necesariamente vinculado a la cuestión institucional. Entonces, yo lo que creo, es que, pa poder como... que no termine siendo una cuestión solo institucionalizada y terminemos siendo una Concertación 2.0, es que, básicamente, tenemos que trabajar por establecer nuevos márgenes de la institucionalidad. (Fernanda, 32 años)

Entre un movimiento social transgresor en sus demandas y repertorios, y una política institucional relegada a las prácticas de carácter continuo o rutinarias, que ha renunciado a la posibilidad de procesar institucionalmente el conflicto, aparecen estas nuevas generaciones de militantes que enfrentan la tensión que se genera entre el interés por integrar a las actorías

y movimientos sociales en la toma de decisiones, con la resistencia del *establishment* político a hacerlo, sin contar aún con un marco o proyecto político que permita rearticular ambas lógicas. Como señalaba Fernanda, un primer paso consiste en transformar la institucionalidad misma, que aparece como una de las grandes limitantes. De ahí la centralidad que ha adquirido progresivamente la demanda por un cambio constitucional, la cual fue instalada por estas generaciones en el marco de su participación en el movimiento estudiantil y que posteriormente se ubicaría como la principal demanda de las transversales revueltas de octubre de 2019.

Como lo muestra la literatura especializada, los movimientos sociales despliegan formas de acción para el logro de sus objetivos que combinan *outside strategies* —que presionan al sistema político desde afuera, principalmente a través de la protesta social—, con *inside strategies*, entendidas como la participación, en diversos niveles, de actores del movimiento en el espacio de la institucionalidad política. En este sentido, particularmente para el caso chileno, se ha señalado que la entrada de algunos líderes estudiantiles a la disputa institucional, desde 2013 en adelante, sería el resultado de una innovación en la estrategia del movimiento estudiantil del 2011 (Donoso, 2017).

La participación en la política institucional de estos jóvenes, que comenzó con el levantamiento de algunas candidaturas parlamentarias y que luego dio pie a la creación del Frente Amplio y, con ello, al levantamiento de la candidatura presidencial de Beatriz Sánchez en 2017, son elementos que permiten afimar la existencia de otro proceso, en el cual la militancia política de izquierda de estos jóvenes jugó un rol central. Dicho en otros términos, analizar estos fenómenos desde la mirada de las organizaciones políticas permite interpretarlos ya no como una estrategia del movimiento social propiamente tal, sino más bien como el resultado de un proceso de elaboración política desarrollado por los militantes y sus organizaciones políticas, orientado a aprovechar el capital político y la experiencia ganada a través de la movilización estudiantil, avanzando desde la demanda por la desmercantilización de la educación, hacia el desarrollo de un proyecto político de carácter transformador que, como declaran los mismos militantes, está orientado a superar el neoliberalismo en términos globales. Entonces, no solo se plantean como desafío el cambio de modelo económico, sino que es central para ellos generar una nueva forma de ejercicio político, un modo que permita rearticular ciudadanía, movimientos sociales y orden institucional.

BIBLIOGRAFÍA

- Garretón, M. A. (2014). *Las ciencias sociales en la trama de Chile y América Latina*. Santiago: LOM.
- Moulian, T. (1998). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago: Ed. LOM.
- Ponce, C. y Miranda, N. (2016). "Redes de confianza online y flash mobs: movilizados por la educación". *Observatorio (OBS*)*:161-175.
- Ruiz, C. (2000). "Democracia, consenso y memoria: una reflexión sobre la experiencia chilena". En Nelly Richard (ed.) *Políticas y estéticas de la memoria*. Santiago: Cuarto Propio.
- Sandoval, J. y Carvallo, V. (2017). "Discursos sobre política y democracia de estudiantes universitarios chilenos de distintas organizaciones juveniles". *Revista Española de Ciencia Política* (43): 137-160.
- Sola-Morales, S., y Rivera, R. (2015). "Las redes sociales como catalizador del movimiento estudiantil chileno en el 2011". *Chasqui. Revista Latinoamericana de Comunicación* 128: 37-52.
- Somma, N. y Bargsted, M. (2015). "La autonomización de la protesta en Chile". En Juan Carlos Castillo y Cristián Cox (eds.) *Socialización política y experiencia escolar: aportes para la formación ciudadana en Chile*. Santiago: Editorial del Centro de Estudios de Políticas y Prácticas en Educación, Pontificia Universidad Católica de Chile.

HISTORIA DE VIDA LUIS ARCOS⁷

Mi nombre es Luis y tengo 26 años. Nací en el norte de Chile, pero vivo en Santiago desde que entré a la universidad a estudiar filosofía, carrera que ya terminé. Actualmente me encuentro haciendo un magíster en teoría del arte.

He participado de diferentes tipos de voluntariados y proyectos sociales, con distintos grupos de jóvenes. Por interés personal y académico, me he interiorizado en temas vinculados al género, el feminismo y los derechos humanos, los que me han interpelado profundamente en términos políticos, éticos y personales.

El estallido —en sus diversas manifestaciones— surge por una sensación de malestar visceral que —como dijo un profe mío por ahí— no tiene objeto, es efectivamente un malestar generalizado, que no posee razón única que uno pueda señalar diciendo “*es esto y no esto otro*”. Esta sensación surge, a mi parecer, porque nos hallamos ante una multitud de cosas que no funcionan bien en el país, una “lista infinita de problemas”, como aludía un letrero que vi en una marcha. Lo sorprendente es que, pese a este malestar compartido, creo que tampoco esperábamos que todo estallara de manera tan abrupta.

Participé de distintas marchas y concentraciones con amigos de la vida y de la universidad, no se trataba meramente de un “ir a las marchas” o “salir a protestar”, la protesta en sí misma entró a mi vida. Hubo días agotadores, costaba detenerse a ver la magnitud de todo lo que estaba pasando, era muy impresionante y por eso mismo difícil de obviar o dejar de lado, necesitaba estar presente. Tengo una imagen grabada de los miles de cuerpos amontonados en la Plaza Dignidad en manifestación, solo el estar ahí, transcendía toda la incertidumbre que sentíamos, aun cuando no supiéramos bien hacia dónde íbamos o el efecto de la movilización, ya estábamos en este gran encuentro.

Formo parte de una organización llamada “No basta con rezar”. La idea surgió ese viernes 25 de octubre entre un grupo de amigos vinculados a la Vicaría para la Educación, con el objetivo de dar una forma concreta a nuestra manifestación, ese mismo día en la vicaría tuvimos una acalorada reunión, donde nos dimos cuenta que cualquier apoyo institucional era inviable. Abogábamos por una Iglesia que no fuera indiferente a lo que estaba pasando,

⁷ Testimonio recogido por José Manzano.

pero supongo que la institucionalidad fría y lejana, representada en la soberbia del vicario, ya no estaba dispuesta a romper sus moldes y atreverse a confrontar la realidad. Aunque sentimos mucha frustración, también se abrió la posibilidad de situarnos fuera de las fronteras de la institucionalidad.

“No basta con rezar” surgió entonces como un espacio ligado a cuestionarnos qué sería ser cristiano (no necesariamente católico) en el contexto del estallido. Queríamos manifestarnos, pensar el ser cristiano en medio de la revuelta y preguntarnos “¿dónde está Cristo?”. El nombre no significa que no importe rezar, pero nos molestaba la pasividad cómoda del “yo voy a rezar por ustedes” que, sin tener nada de malo, resguarda una forma de inactividad que ha calado hondo en la Iglesia Católica. Queríamos hacerle frente a una Iglesia chilena cada vez más excluyente con los jóvenes, replantear un cristianismo desde nuestra vereda, desde el único lugar del que yo puedo hablar.

En el tiempo de actividad que tuvimos logramos realizar dos intervenciones: la primera fue en Plaza de Armas, en el frontis de la Catedral blindada con sus pieles metálicas —escena que ya nos decía mucho— y donde queríamos hacer un signo que interpelara, que permitiera preguntarnos qué tipo de Iglesia construíamos en ese momento y qué estábamos haciendo por todo lo que estaba ocurriendo afuera. La segunda fue en Metro Santa Ana, a comienzos de noviembre y cerca del día de Todos los Muertos, para recordar, en un acto conmemorativo, a las personas que habían muerto hasta ese entonces en las manifestaciones. Nos impactaba mucho que se hablara de números, queríamos dar cara a esas personas, porque no son un número más, son nombres concretos, con historias y familias que ya no los volverán a ver.

Creo que el estallido ofrece posibilidades para hacer cambios. Ahora bien, dónde nos lleven estas posibilidades es una cuestión difícil de prever. Idealmente, espero que podamos hacer cambios importantes, sustanciales, no un maquillaje superfluo, pero también está la posibilidad de la debacle, del desastre, que nada funcione, que este modelo se recrudezca más, que la represión aumente. El estallido es la irrupción de una posibilidad radical que nos abre también una gran incertidumbre.

4. PARTICIPACIÓN CIUDADANA ESCOLAR EN UNA SOCIEDAD DESIGUAL: CREENCIAS DE ADOLESCENTES CHILENOS EN CABILDOS POST ESTALLIDO SOCIAL 2019

Danae Videla y Paula Luengo

La revolución pingüina, del año 2006, se constituyó en un hito emblemático, que visibilizó nuevas formas juveniles de acciones colectivas, desarrolladas en un contexto de amplios reclamos educativos, de distanciamiento de las élites respecto de la ciudadanía y de desconfianza en las instituciones políticas chilenas (Donoso, 2011). Tal movimiento estudiantil puede ser visto como un factor precursor de las movilizaciones que llevaron a los secundarios a manifestarse y transformarse en los iniciadores del proceso que comenzó en Santiago de Chile y que luego se extendió por todo el territorio el 18 de octubre del 2019, conocido como “estallido social” o “18/O”. La movilización de los estudiantes se convierte en el antecedente de lo que se iría desplegando progresivamente en uno de los movimientos sociales de reivindicación de derechos más relevantes de las últimas décadas a nivel internacional (Amnistía Internacional, 2020). Sin embargo, y paradójicamente, la voz de niños, niñas y adolescentes fue poco escuchada en las instancias oficiales y formales que buscaron dar respuesta y canalizar las demandas sociales vinculadas al estallido social del 2019 (Luengo, 2019).

A partir de la experiencia desarrollada en algunas de las instituciones educativas participantes del programa ProCiviCo,⁸ se organizaron *Cabildos de Participación Ciudadana Escolar* con adolescentes de diferentes escuelas de la Región Metropolitana. Ahora quisiéramos reflexionar acerca del ejercicio de la ciudadanía en contextos de desigualdad e identificar las principales creencias de los y las estudiantes acerca del estallido social en Chile.

Participación ciudadana en contextos de desigualdad

Las recientes investigaciones acerca de los orígenes y los desafíos de la brecha social en Chile (PNUD, 2017) destacan la relación entre desigualdad, democracia y el “trato” entre las personas, instándonos a comprender con más profundidad de qué manera la calidad de las relaciones sociales y el buen funcionamiento de la democracia pueden ser consideradas el resultado de una buena educación ciudadana. ¿Pero cuáles son los lugares para el desa-

⁸ Participación Prosocial y Cívica en Contextos Escolares para la Cohesión Social en Chile. Proyecto Fondecyt Regular #1160151 (2016-2018) y #1191692 (2019-2021).

rollo de una formación ciudadana que se haga cargo de la desigualdad? Ya prácticamente nadie pondría en discusión el rol de la escuela como contexto privilegiado de socialización cívica y política; sin embargo, de qué manera la escuela se apropia de este desafío y ejerce su rol en contextos como el chileno, es materia de constante debate en nuestro país (Cox y Castillo, 2015). Si la educación ciudadana está ideada para disminuir la brecha entre la participación activa y la indiferencia política, la centralidad debiera estar puesta en el desarrollo de habilidades para una participación no solo activa, sino también inclusiva.

Las aulas de clases no son contextos neutrales y es desde ellas que el encuentro con la inequidad, con los procesos de exclusión y los prejuicios, se desarrolla y constituye el modo en que niños y jóvenes aprenden a vincularse con los demás. Considerando que el sistema escolar está ideado para igualar y reducir las brechas sociales entre las personas y promover el sentido de igualdad, formar ciudadanía en Chile implicaría promover un particular modo de existir en una sociedad rígidamente estratificada (COES, 2015). De hecho, la reciente Ley 20.911 de formación ciudadana en Chile, establece que los planes de esta materia en las escuelas deben estar dirigidos al desarrollo de competencias y habilidades que impliquen la plena valoración de la diversidad social.

*El programa ProCiviCo y los Cabildos Ciudadanos
Escolares de noviembre del 2019*

En el año 2016 surgió la creación y aplicación del programa ProCiviCo desarrollado por primera vez durante 2017 y 2018 en 16 salas de clases de ocho escuelas de la Región Metropolitana. ProCiviCo es un proyecto que busca, desde la escuela, fomentar en los y las adolescentes habilidades prosociales para el ejercicio de una ciudadanía activa y promotora de cohesión social a través del aumento de la autoeficacia individual y colectiva en actividades de cooperación y proyectos de participación cívica escolar (para más información ingresar a www.procivico.cl). Terminando su tercer año de desarrollo y gracias a una investigación longitudinal asociada a la intervención, los primeros hallazgos confirman aspectos relevantes del modelo teórico propuesto. Además, hay evidencia de que el programa permite aumentar los comportamientos prosociales y la estabilización de comportamientos agresivos (Luengo et al., 2019), así como la promoción de ambientes más inclusivos desde las aulas de clases (Palacios et al., 2019).

Durante el 2019 el proyecto ProCiviCo estaba incorporando dos nuevos componentes, equidad de género e intercultural, cuando el estallido social hizo interrumpir las actividades previstas y se evaluó la necesidad de

redireccionar sus objetivos hacia la comprensión de lo que niños, niñas y adolescentes estaban manifestando a partir del 18/O. Así surge la iniciativa de proponer Cabildos de Participación Escolar con una modalidad de diálogo ciudadano.

Se realizaron 4 cabildos en los que participaron alrededor 120 estudiantes de 7° básico, de entre 12 y 14 años, provenientes de 2 escuelas vulnerables de nivel socioeconómico medio-bajo (Agencia de Calidad de la Educación, 2018). Estos consistieron en espacios de participación que garantizaron el libre ejercicio de derechos de participación. Guiados por un profesional de ProCiviCo y docentes de la escuela, primero se desarrolló un plenario sobre los cabildos y su importancia en el contexto actual, luego se desarrolló un espacio de reflexión individual de manera anónima sobre las causas de la situación actual, sus demandas, posibles soluciones y aportes al bienestar de la comunidad, como estudiantes y como escuela. Finalmente se desarrolló un debate guiado organizando sus respuestas en un árbol ubicando las causas en las raíces, las demandas en el tronco y los aportes y soluciones en las ramas.

*Las voces de los y las adolescentes:
temprana consciencia sobre la desigualdad*

A partir del discurso de los y las estudiantes y el análisis de sus contenidos, surgieron cinco ejes principales o categorías: Bienestar social, Condiciones y costo de vida, Política, Educación y Derecho a la participación. Cada eje o categoría cuenta con sus propias temáticas específicas. Cada uno de estos ejes temáticos, se posicionó como relevante en al menos una de las preguntas, es decir, como causa del estallido, como demanda de los y las estudiantes o como aporte al bienestar de la comunidad. A continuación, se presentarán los cinco ejes principales.

El eje de *bienestar social* se observó cuando los y las estudiantes se refieren a las causas del estallido social y también a sus demandas, donde el poder tener una vida digna aparece con fuerza y frecuencia. Señalan el tema de las pensiones como un elemento recurrente, de manera “que las pensiones sean dignas para poder vivir” (estudiante 7°B, escuela comuna de Recoleta) y se menciona con frecuencia la consigna “No+AFP”. Al hablar de la salud, los y las estudiantes mencionan como una causa del estallido el alto costo de la salud privada y la mala calidad de la salud pública, lo que afectaría a las personas con menos recursos. En sus intervenciones aparece también la necesidad de un sistema de salud más digno, tal como señala representativamente un estudiante al hablar de la necesidad de “una reforma completa al sistema de salud pública, donde la prioridad sea el bienestar del paciente” (estudiante 7°B,

escuela comuna de Santiago). Al tratar de identificar las causas que estarían a la base del estallido social, en su voz frecuentemente aparece la referencia al alza del pasaje del Metro como un acto de rabia, señalando que “la gota que rebalsó el vaso fue el aumento del pasaje de los metros y las micros” (estudiante 7°A, escuela comuna de Santiago), lo que es considerado como una nueva falta al bienestar y la dignidad de las personas y el detonante del estallido social.

La referencia a las *condiciones y el costo de vida* apareció de manera muy generalizada, pues los y las estudiantes consideran que el costo de la vida es muy alto y los sueldos particularmente bajos, demostrando un conocimiento cercano acerca de las condiciones de vida de sus familias. En las palabras de un estudiante de 7°B de una escuela de la comuna de Recoleta: “subieron las cosas a un mayor precio y a la gente no le gustó eso, porque ganaban tan poco”, lo que identifican como una de las causas del estallido social. Al preguntarles sobre sus demandas, surgió entre sus respuestas la utilización frecuente de la palabra “desigualdad social”. De hecho, el que no existan diferencias y desigualdad entre las personas aparece recurrentemente como una de las demandas principales. Se observa un marcado sentido distributivo y de equidad que se refleja al exigir “que repartan bien las platas” (estudiante 7°A, escuela comuna de Recoleta) para “que todos pudiéramos comer bien” (estudiante 7°A, escuela comuna de Santiago), demostrando que esta demanda surge no solo desde las consignas del movimiento social, sino también de la vivencia propia de desigualdad.

Los y las estudiantes se refieren a *la política* poniendo gran parte de la responsabilidad del estallido social en la figura del presidente, ya que “Piñera al respecto no ha dicho nada, no ha dado soluciones” (estudiante 7°B, escuela comuna de Recoleta). Es por esto que su renuncia es vista como una solución al estallido, lo que además permitiría reemplazarlo por “un nuevo presidente que respete el valor de su gente, que apoye las demandas” (estudiante 7°A, escuela comuna de Recoleta). Además, se observó en los relatos y reflexiones una baja confianza en los políticos en general, quienes son considerados “muy corruptos”. Al consultarles sobre las posibilidades de cambio, en sus análisis aparece en repetidas ocasiones que las esperanzas se depositan en una nueva Constitución: “que hagan una nueva Constitución, mejorar la situación del país” (estudiante 7°B, escuela comuna de Recoleta).

Al hablar de *la educación*, lo más mencionado es su alto costo y su baja calidad. Es por esto que se podría creer que centran sus demandas en que todos tengan la oportunidad de estudiar de manera gratuita, pidiendo “una nueva y mejor educación, que ya no se tenga que pagar para tenerla” (estudiante 7°A, escuela comuna de Santiago). La educación municipal de calidad es otra demanda pues se observa una sensación de injusticia ya que al no existir una buena educación municipal “nos quitan el derecho a estudiar”

(estudiante 7°A, escuela comuna de Santiago). Además de esto se mencionan otros aspectos que afectan su vida escolar cotidiana como lo son: mejorar la infraestructura de la escuela con más áreas verdes, mejorar la comida de la escuela, tener menos pruebas, salir más temprano para pasar más tiempo con sus familias, entre otras. También se aprecia que valoran las herramientas que les daría el “estudiar y prepararme profesionalmente para cambiar las cosas” (estudiante 7°A, escuela comuna de Santiago), visualizando que, en el futuro podrían incidir en la sociedad.

Finalmente, refieren al *derecho a la participación* como tener más oportunidades de participar, tener acceso a la información que les interesa, y poder ser escuchados; los que son elementos que emergen en los diálogos. Perciben en sí mismos una capacidad de organizarse y poder realizar cambios, “dando nuestras opiniones para intentar cambiar algo en el Congreso” (estudiante 7°A, escuela comuna de Recoleta). Las manifestaciones son vistas como una manera positiva de expresarse y aportar al bienestar de su comunidad, ya que se puede “ir a marchar pacíficamente y cacerolear con la familia” (estudiante 7°B, escuela comuna de Santiago Centro) para “que nos escuchen a cada uno en las protestas” (estudiante 7°B, escuela comuna de Santiago). Emerge también otra manera de aportar al bienestar de su comunidad “ayudando a las personas que están sufriendo por lo que está pasando” (estudiante 7°B, escuela comuna de Santiago), por lo que ven en la solidaridad una manera de apoyarse. Otras maneras de aportar en la comunidad que son mencionadas son hacer campañas, organizar ollas comunes, donar dinero a los afectados por las protestas, por ejemplo: “regalar ropa a la gente que más lo necesite. Hacer comida y regalar a la gente en situación de calle” (estudiante 7°B, escuela comuna de Recoleta), entre otras.

A partir de estas categorías o ejes de análisis llama la atención la sintonía que muestran los jóvenes estudiantes con la discusión y reflexiones públicas en torno al estallido social, particularmente sobre sus causas. En la esfera política, por un lado, es posible observar en sus discursos una distancia con lo institucional, reflejada en sus visiones acerca de la figura del presidente y las figuras políticas en general, y por otro, se observa una mayor demanda de participación y una alta disposición de involucramiento para cambiar las cosas. Conjuntamente, los y las estudiantes muestran una visión clara y propia, en la que distinguen las causas del estallido en las dificultades materiales de la vida en torno a los bajos sueldos, bajas pensiones, costos de transporte e injusticias educacionales. Sin embargo, también se aprecia una visión de confianza sobre el proceso social y manifiestan la esperanza de cambiar las cosas a través de vías democráticas (nueva Constitución) y que impliquen mayor participación de los ciudadanos. Es importante considerar que estas percepciones no son representativas de los y las jóvenes de entre 12 y 14 años de Santiago, sino que nos acercan a la comprensión específica de las

demandas expresadas por jóvenes de las comunas de Recoleta y Santiago; comunas que son representativas de parte importante del epicentro territorial del estallido social y las movilizaciones que lo han acompañado.

Desde este análisis hemos podido reflexionar acerca de la necesidad de resignificar el concepto mismo de ciudadanía escolar, cuando esta se desarrolla en contextos marcados por la desigualdad social. Estudiantes que ejercen sus derechos a la participación en estos contextos, implícita o explícitamente, lo hacen desde una visión de la sociedad que los posiciona frente a las inequidades sociales, sobre todo cuando las mismas habitan sus vidas personales y familiares. El naciente concepto de “ciudadanía para la cohesión” [cohesive citizenship (Keating y Benton, 2013)] podría responder a esta necesidad y ayudaría a comprender qué procesos de socialización cívica promueven el ejercicio de una ciudadanía para la cohesión social.

En las sociedades democráticas modernas, el sistema escolar estaría diseñado para igualar y reducir las brechas entre las personas y promover un sentido de equidad. En esta línea, el micro-nivel “aula de clases” emerge no solo como un contexto de aprendizaje de ciudadanía significativo, sino también como un espacio privilegiado de observación de dinámicas de participación y conflicto en fases del desarrollo humano permeables a los procesos de socialización, como son la adolescencia y la juventud. En ese sentido, incorporar las visiones acerca del sistema político, las condiciones de vida, las causas del estallido social y/o las expectativas de cambios son aspectos que deberían tomarse en cuenta al momento de implementar la formación para la ciudadanía de las futuras generaciones en Chile. Sin duda, habrá un gran desafío sobre la formación para la ciudadanía cohesiva en este contexto de gran crítica sobre las condiciones de vida y la institucionalidad existente, pero también una gran oportunidad considerando la lucidez de los estudiantes y su amplia expectativa de participar en la construcción de un futuro más digno.

BIBLIOGRAFÍA

- Amnistía Internacional (2020). Informe Anual 2019. Recuperado de <https://www.amnesty.org/download/Documents/AMR0113532020SPANISH.pdf>
- Base de Datos de la Agencia de Calidad de la Educación (2018). Santiago.
- Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social - COES. (2015). *Encuesta COES. Tema 1: ¿Crisis en la confianza política?*. Santiago: COES- Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social. Recuperado de <http://coes.cl/encuesta-coes-2015-2/>
- Cox, C., y Castillo, J. C. (2015). *Aprendizaje de la ciudadanía. Contextos, experiencias y resultados*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.

- Donoso, S. (2011). "Auge y caída del movimiento pingüino del año 2006". Documento de Trabajo N°14. UDD.
- Green, A., Preston, J. y Jaarmat, J., (2006). *Education, Equality and Social Cohesion: A Comparative Analysis*. Nueva York: Palgrave MacMillan.
- Keating, A., y Benton, T. (2013). "Creating Cohesive Citizens in England? Exploring the Role of Diversity, Deprivation and Democratic Climate at School". *Education, Citizenship and Social Justice* 8(2): 165-184.
- Luengo, P. (2019). "Cabros, esto no prendió: protestas estudiantiles, desobediencia civil y estallido social en Chile". CIPER. Recuperado de <https://www.ciperchile.cl/2019/10/26/cabros-esto-no-prendio-protestas-estudiantiles-desobediencia-civil-y-estallido-social-en-chile/>
- , Zuffiano, A., Pastorelli, C., Jiménez-Moya, G., Tirado, L. U., Thartori, E., et al. (2019). "Cross-national evidences of a school-based universal programme for promoting prosocial behaviours in peer interactions: main theoretical communalities and local unicity". *International Journal of Psychology*.
- Maxwell, J. A. (1996). *Qualitative Research Design: An Interpretative Approach*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications.
- Observatorio Niñez y Adolescencia. Infancia Cuenta en Chile (2015). *Tercer Informe Observatorio Niñez y Adolescencia*: 52-56.
- Palacios, D., Berger, C., Luengo, P., Veenstra, R., y Dijkstra, J. (2019). "The Interplay of Adolescents' Aggression and Victimization with Friendship and Antipathy Networks within an Educational Prosocial Intervention". *Journal of Youth And Adolescence* 48(10): 2005-2022.
- PNUD (2017). *Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*. Santiago: PNUD.

HISTORIA DE VIDA TIARE Y MILLARAY⁹

Soy Tiare, tengo 14 años, vivo en una comunidad en Collico, región de la Araucanía, y yo me llamo Darling Millaray, tengo 14 años, vivo en Santiago y hago rap mapuche; ambas somos voceras de la Red por la Defensa de la Infancia Mapuche, una organización que apoya a los niños mapuche y chilenos o winka vulnerados en sus derechos por el Estado. También apoyamos a los hijos de presos políticos mapuche y a través de nuestra vocería buscamos informar sobre todo lo que vivimos en nuestro territorio para que la gente tome conciencia de lo que está pasando acá.

Tiare y Millaray: Aunque vivimos en lugares distintos, las dos hemos vivido discriminación y racismo solo por ser mapuche, nos llaman terroristas y ladrones por defender nuestras tierras y nuestra cultura. En mi colegio aquí en Santiago, algunos profes han hecho comentarios para hacerme sentir mal, me han obligado a cantar el himno nacional, pero yo me siento orgullosa de lo que soy y también muchos winkas nos han ido conociendo y respetando. Antes del estallido social no sentíamos mucho apoyo, nunca habíamos visto que se levantara tantas banderas mapuche y muchos no creían en nuestra lucha y resistencia. Pero eso cambió y hoy sentimos más apoyo y menos discriminación, aunque el Estado y los pacos nos siguen tratando de indios terroristas.

Millaray: Respecto al estallido es bacán que se haya sentido tanta unión y que el pueblo oprimido se levantara a luchar y exigir sus derechos, porque en Chile hace rato que está todo mal, la educación, la salud y es algo que ya se veía venir. En Santiago el pueblo mapuche apoyó caleta el despertar del pueblo chileno.

Tiare: Acá en Ercilla hubo manifestaciones todos los días, con mis compañeros de liceo, mapuche y no mapuche, armamos un grupo e hicimos una marcha pero los profes se enteraron y fue penca, porque nos echaron a los pacos, y ahí llegaron a atacarnos con todas sus armas.

Millaray: En mi colegio en Santiago los profesores hacían como si nada pasara, siendo que todo lo que estaba ocurriendo era un momento importante en la historia y queríamos ser parte de lo que estaba pasando. Ellos no veían que Chile estaba mal, el presidente no estaba escuchando lo que el pueblo decía y solo nos respondían con perdigones y bombas lacrimógenas.

⁹ Testimonio recogido por Karin Phillips y Millaray Viera.

Los chiquillos del liceo se manifestaban con chiquillos de otros liceos en las mañanas y el director anotaba los nombres de cada alumno que salía y después entregaban la lista a los pacos, o sea, les daban permiso para salir, pero los anotaban y les pasaban las anotaciones. A la mañana siguiente, cuando los niños llegaban al liceo, les sacaban fotos para mostrar que estos son los “niñitos que andaban haciendo delincuencia y vandalismo”. Ellos no eran delincuentes, solo estaban ejerciendo sus derechos y lo pasaron mal porque a varios los pacos les pegaron.

Pero si ibai a Plaza Italia, veía batucadas, gente disfrazada bailando, diversidad y unión entre el mapuche y el chileno, estábamos todos. Fue súper lindo ir a las marchas porque los estudiantes tenemos el futuro en nuestras manos y lo que queremos es crear un futuro mejor.

Tiare: Aquí en Ercilla el pueblo no se organizó tanto, la mayoría son chilenos y a pesar de todo lo que ha pasado, todavía no apoyan mucho. Los que más apoyamos somos las comunidades y algunos estudiantes del liceo, y cuando no habían manifestaciones en Ercilla, íbamos con mi mamá a Temuco a las marchas mapuche, salíamos las dos solas sin hermanos ni papá. Antes de empezar la marcha se hacía una ceremonia y cuando terminaba nos íbamos para adelante, porque el mapuche siempre ha sido primera línea, llevábamos lentes, limoncitos y corríamos cuando había que arrancar de los pacos. Es importante apoyar y exigir derechos.

Millaray: Salí a marchar porque estamos cansados de que todo siga siendo lo mismo. Mi abuelita, ha trabajado toda su vida y ya está pa la embarra, se ha esforzado siempre ¿para qué? Para recibir una mierda de pensión, entonces es una burla. La tristeza y el enojo me hicieron salir a marchar porque no había otra manera de hacerse escuchar frente a los que yo les digo peces gordos de oídos sordos.

Tiare: Yo no sé si vi cosas lindas como las que pasaron en Santiago, por ejemplo, cuando fui a una marcha en Temuco, pasó un zorrillo tirando lacrimógenas y no les importaba que hubiera niños, al lado mío una niña de nueve o 10 años se empezó a intoxicar, se había perdido de su mamá, así que la tomé del brazo y con la gente hicimos un círculo para ayudarla hasta que encontramos a su mamá.

Millaray: Un día nos juntamos muchos niños de distintos liceos y escuelas, incluso habían niños chiquititos que estábamos cuidando, agarramos las colaciones, cortamos una calle y nos sentamos en una redondela grande a conversar. Como en esta zona hay hartos liceos y escuelas, nos fuimos por la calle cantando para que otros niños se unieran en nuestra marcha. Fue muy lindo, pero estas cosas no salen en la tele, en cambio ese mismo día mostraron una noticia de que supuestamente unos estudiantes habían quemado una micro y nosotros quedamos súper mal, le echan la culpa a los estudiantes de todo, cuando son personas adultas las que hacen eso. Le dije a los chiquillos

que tenemos que cuidarnos, que los pacos siempre van a tratar de dejarnos mal, por eso no tenemos que actuar con violencia como lo hacen ellos, no podemos ser así. También me da rabia que como los abuelitos son los que más ven tele y solo muestran daños y violencia, a veces nos trataban como los malos, siendo que es una buena causa y también hacemos esto por ellos.

Tiare: En Ercilla solo querían mostrar el daño que habían hecho los estudiantes y nada se decía sobre las personas que murieron. Aquí la represión es muy fuerte, allanan comunidades todo el tiempo, entran con mucha violencia disparando sin importar si hay niños o abuelitos, no entienden ni respetan a nuestros machis y nuestros lonkos, por suerte a mí no me ha pasado, pero amigos míos y sus familias han despertado a las cinco de la mañana entremedio de las balas.

Millaray: El estallido no fue por los 30 pesos ni por este presidente, a mí también me gustaría que Piñera renunciara, pero esto va más allá. Es culpa de todas las injusticias y el Estado en general. Nosotros somos gente esforzada, los trabajadores que hacen funcionar el país pero tenemos una pésima salud, aunque nos dicen que es la mejor del planeta, la educación pública que no nos educa bien y es poco digna, los contratos de trabajo, las AFP, el maltrato hacia el pueblo. El pueblo chileno es esforzado y lo tratan mal. El Estado nunca ha defendido a la clase media que trabaja y a las personas de otras culturas las excluyen. Por eso Chile despertó y digo Chile porque el pueblo mapuche siempre ha estado despierto reclamando lo nuestro y aunque nos sentimos parte del estallido, tenemos nuestras propias demandas y exigimos derechos que a veces los chilenos no saben. Y no es su culpa, porque solo los educan para vernos como algo del folclor. Pero siento más empatía y apoyo mutuo, en la Red hemos aprendido a ponernos en el lugar de otros que también se sienten discriminados por su sexo o por ser pobre y vivir en una población. Sentimos esa unión.

Millaray: Al final yo creo que esto va a terminar cuando el presidente decida escucharnos, cuando se dé cuenta de que ha hecho la pega mal, que tiene que escuchar al pueblo. Tengo la esperanza de que todo esto pase, y que se escuche lo que la gente está exigiendo. Que como pueblo mapuche nos devuelvan las tierras y que dejen de asesinarnos, de respondernos con violencia, que nos respeten y que entiendan que somos mapuche, no somos chilenos. Quiero que haya justicia y democracia para los niños, yo la busco y no la encuentro.

Nadie debería vivir como los niños del Sename, abusados día a día, la niñez tiene que ser linda y no un recuerdo doloroso que te marca la vida. Somos niños una vez en la vida y hay que aprovecharlo, pero así no se puede.

Tiare: Como niña mapuche me gustaría que cambiara el hostigamiento y la violencia policial que se vive día a día en Wallpamu y en todo Chile, la represión y discriminación y sobre todo los allanamientos.

Millaray: Me gustaría tener una familia y no sé si se puede en un país como este, con tanta injusticia. Me daría miedo si yo el día de mañana quiero alzar mi voz, quiero exigir mis derechos, imagínate que me hirieran, me asesinaran y mi hijo tuviera que crecer solo.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
USO EDITORIAL

HISTORIA DE VIDA PAMELA AQUINO¹⁰

Soy Pamela, boliviana y llegué hace 10 años a Chile, cuando tenía 18 años. Vine en búsqueda de un diagnóstico médico que me ayudara con mi visión, viajé con la idea de recuperar la vista, sin embargo, el médico especialista me indicó que quedaría ciega en menos de dos años. A partir de ese momento todas mis perspectivas cambiaron, ya no buscaba una mejoría, sino que comencé a buscar lugares que me prepararan para mi ceguera. Me acerqué a distintas instituciones enfocadas en la ceguera y en la baja visión. En una de ellas me capacité en masoterapia y comencé a trabajar y especializarme, con el apoyo de los profesionales que conocí y mis amigos decidí entrar a estudiar kinesiología en la Universidad de Santiago (Usach) el 2019.

En la universidad participé del departamento de inclusión, un espacio dirigido a las y los estudiantes que vivimos con alguna discapacidad. Aquí he encontrado acogida y acompañamiento, ya que mi experiencia en la Usach ha sido difícil. Mi metodología de estudio era convencional, como la de cualquier persona sin discapacidad, mi forma de aprender seguía siendo visual y aún tengo un cuaderno donde tomo notas y apuntes, aunque no veo las letras. También he encontrado obstáculos constantes en el proceso de formación, el sistema no está pensado ni adaptado para personas con baja visión o ciegas. Por ejemplo, en física y biología existen muchas barreras para acceder a los conocimientos, recurrentemente escucho: “No es necesario que aprendas esto”, “esto no lo aprendas”, lo que es tremendamente injusto. Mi aprendizaje es a través de la comprensión, requiero integrar esos conocimientos y quisiera hacerlo con una forma de aprendizaje adecuado para mí.

El 18 de octubre fue un choque de sensaciones, experiencias y sentimientos. Iba saliendo de la universidad y un compañero me dice: “Está la embarrada, tienes que irte en Metro sí o sí”. Pero el Metro había cerrado. A las seis y media de la tarde decidí subirme a una micro con otra niña. Yo no entendía qué estaba pasando y era súper impactante sentir la rabia de la gente. En la micro nadie hablaba, pero empezamos a escuchar bulla y muchos gritos en la medida que íbamos acercándonos a Plaza Italia. Yo no sabía cuánta gente estaba en la manifestación, una señora me explicaba que las calles estaban repletas, que la gente protestaba, que en los balcones había

¹⁰ Testimonio recogido por Natalia Hernández.

gente gritando. La micro tuvo que desviarse y finalmente me bajé; mientras caminaba escuchaba rumores, voces, la gente decía que yo “era diferente”.

Después del 18 de octubre, decidí seguir yendo a la universidad, tomaba micros (no había metro), y tuve un incidente. En medio de la gente amon-tonada, el apuro y el caos, me empujaron. Generalmente siempre alguien te empuja porque no te ven o pasan a llevarme el bastón, pero también siempre hay alguien que me defiende y dice: “Oye, qué te pasa, por qué no te fijas”, pero esta vez fue como “pero usted, ¿qué hace en la micro?”, “¿por qué no está en su casa?”, “debería estar en su casa”. Me bajé de la micro, me sentí muy mal, no entendía qué pasaba, y por qué me trataban así, ¿acaso no era una lucha por los derechos de todos?

Yo creo que Chile está avanzando, siento que todos apoyan la demanda de mayor inclusión, pero también se confunde con la integración de las personas. La inclusión es ser parte de todo y lo que debe estar muy claro es que es un derecho y no caridad.

Compañeras y compañeros se unían a las manifestaciones que se iniciaban al interior de la universidad, se escuchaban gritos, cánticos, pero también se olía el humo, se sentían piedras. Para mí era muy raro, porque estaba de acuerdo con todos los cambios, pero no podía ser parte de la manifestación, sentía que nadie me daba un espacio, ni tampoco se ponían en mi lugar.

Antes de mi ceguera total también veía a las personas con discapacidad desde la otra vereda, con pena y también queriendo ayudar sin saber cómo hacerlo realmente, resulta que por ignorancia y falta de conocimiento al final se hacen cosas que están fuera de lugar. Esperando a una amiga en la calle, se han acercado personas a darme plata, por supuesto que lo hacen con buena intención.

Desde pequeña siempre he participado en distintas organizaciones que buscan apoyar a todas las personas respetando las diferencias. En Chile trato de mantenerme activa en algunas asociaciones y corporaciones que dentro del trabajo que realizan, buscan generar la empatía con las realidades de otras personas. Por ejemplo, trabajé en un proyecto del Centro Cultural Gabriela Mistral, con el fin que las personas vivieran la experiencia de conocer, vivir el arte como lo viven las personas ciegas y de baja visión; fue bastante enriquecedor porque todos los participantes se iban con otra mirada, con la idea de ser partícipes activos del cambio que busca la inclusión. Trato de sumarme a este tipo de actividades en las que se manifiestan las realidades que existen, porque al igual que la de muchos otros, los derechos de las personas con discapacidad se vulneran permanentemente. Mi compromiso está aquí en estas expresiones, esto no quiere decir que no valore los espacios de manifestación masiva, al contrario, los valoro muchísimo. Me preparé para participar con Las Tesis y fue importante comprometerme y participar

con muchas otras mujeres, pero también siento que hay distintas formas de manifestarse.

Por ejemplo, en la universidad existe el Centro de Alumnos con Discapacidad, y este año tuve más contacto con ellos, están trabajando en mostrar formas de enseñar a las personas con discapacidad, que la educación debe ser inclusiva, el tema es ponerse en el lugar del otro. Este trabajo de visibilización y educación se hace al interior y fuera de la universidad, puesto que la inclusión real es parte también de la demanda social. Pero tenemos que mostrarlo, pues si no lo hacemos, no se pueden poner en nuestro lugar. Si compartimos esta lucha, podemos ir creando nuevas formas de relacionarnos, y por supuesto, cambiar un sistema educativo que hoy no es para todos, es solo para algunos.

Pienso que la revuelta social ha puesto diferentes temas en la palestra y creo que de los más importantes es el aprender a ponerse en el lugar de otro, tener empatía con otras realidades distintas a las de uno. También ha sido un tiempo de reflexión, donde te das cuenta cómo todo puede cambiar en un segundo, que un pequeño acto te puede cambiar la vida.



CRÉDITO: Fernanda Urrutia, Santiago, noviembre de 2019.



CRÉDITO: Fernanda Urrutia, Santiago, noviembre de 2019.

CAPÍTULO CUARTO

LA MOVILIZACIÓN JUVENIL DESDE LAS CLASES SOCIALES

1. DE OLVIDADOS A PROTAGONISTAS: EL ESTALLIDO SOCIAL VISTO DESDE LA PERSPECTIVA DE JÓVENES POPULARES

*Nicolás Angelcos, Andrea Roca, Emilia Cuadros
María Luisa Méndez, Alejandra Rasse y Valentina Álvarez*

En las últimas décadas se ha observado una disminución significativa de la participación electoral, en especial entre los jóvenes. Pese a que esto fuera inicialmente interpretado como apatía, desinterés en los asuntos públicos, en los últimos años, gracias a las importantes movilizaciones estudiantiles, se ha planteado que los jóvenes, más que estar desinteresados en la política, desarrollan un sentimiento de hostilidad hacia las instituciones políticas formales, actitud que se ve compensada por una mayor participación en actividades políticas no convencionales (Venegas, 2016).

Este diagnóstico es utilizado para analizar las movilizaciones protagonizadas por jóvenes estudiantes de clase media y clase media alta, dejando de lado a los jóvenes residentes de barrios populares, quienes, además de votar menos, se expresan menos en manifestaciones públicas (Rozas y Somma, 2020).

¿Son apáticos los jóvenes populares?

Sin distinguirlos como un grupo específico, las investigaciones en estudios urbanos plantean que, en su conjunto, los residentes de barrios periféricos —producto de la importante segregación que los afecta y del abandono estatal— han desarrollado diferentes patologías sociales, entre las cuales destaca el “inactivismo político” (Sabatini, Cáceres y Cerda, 2001; Tironi, 2003).

El estallido social de octubre tensionó esta explicación de la despolitización de los sectores populares. A diferencia del 2006 ó 2011, para el estallido

social se observó una amplia participación de jóvenes de sectores populares —no solamente estudiantes secundarios—, tanto en el centro de la ciudad o de sus comunas, como al interior de sus propios barrios. Dentro de su repertorio de acción, en muchas ocasiones, se observaron formas de protesta violentas, barricadas y ataques reiterados a comisarías, que fueron rápidamente criminalizados por el gobierno y parte importante de la opinión pública.

Con la intención de indagar en las motivaciones y perspectivas de este fenómeno, realizamos un trabajo etnográfico en sectores periféricos del Gran Santiago y Talca, durante los meses de diciembre de 2019 y enero de 2020, que nos permitió acceder a jóvenes que habían participado en la movilización de octubre.

*¿Es la acción violenta la única forma de expresión política
de los jóvenes populares?*

En un reportaje realizado por *El Desconcierto*, el 11 de noviembre de 2019, se analiza “el despertar de Chile en los ojos de los adolescentes de Santiago Sur”. El texto describe la trayectoria de tres adolescentes hombres, marcada por el fracaso escolar, la violencia delictual y el consumo de droga, los cuales participan activamente en saqueos y barricadas. Un elemento interesante de este reportaje es que se centra en el mismo tipo de sujetos que abunda en las crónicas rojas de las noticias y que pareciera ser el único protagonista de la vida pública en los barrios marginales, pero que, tras el estallido, en vez de ser la principal causa de temor en la población, se representa como un sujeto que enfrenta de forma decidida a la policía (“Me libera tirarle piedras a los pacos, no tienen ni un brillo”) y que le da un sentido político a los saqueos (“Cuando veo que quieren saquear, le digo a los compañeros que lo evitemos. Entre los que estamos ahí hacemos cadena humana y les pedimos a los saqueadores que se vayan, que no ensucien la lucha”). Para estos adolescentes, el Estado ha sido una constante fuente de violencia, expresada en la expulsión del sistema escolar, el acoso policial o la reclusión en el Sename. El reportaje pareciera sugerir que la violencia que ejercen en el marco del estallido es una respuesta a la “pobreza y precariedad (que) han marcado su vida”.

A diferencia de los protagonistas del reportaje, dentro de los jóvenes que entrevistamos, algunos experimentaban un proceso de movilidad social ascendente, asociado a una trayectoria escolar exitosa (al interior de liceos del sector) y, por ello, estudiaban una carrera universitaria. Los resultados positivos de su trayectoria los relacionaban con estrategias familiares orientadas al logro académico, donde la madre aparece como figura central:

El ambiente era como para desviarse un poco. Quizás la mano dura de mi mamá nos dejó, nos hizo estudiar. (Alondra, estudiante universitaria)

Estas estrategias implicaban, en algunos casos, un control muy estricto de su comportamiento, especialmente de su circulación en el barrio. Este mismo control operaba en el momento del estallido, limitando sus formas de participación en la protesta. Ninguno de ellos participó de actos de violencia y, en el caso de asistir a manifestaciones, sus familias les permitían ir a sectores cercanos o con adultos que se hicieran cargo de su cuidado. Han participado de caceroleos y, en algunos casos, en cabildos.

Estos jóvenes establecen importantes fronteras simbólicas (Lamont y Bail, 2005) con sus vecinos, distinguiéndose de aquellos que consideran menos valiosos tanto por su capital económico como por su comportamiento (“Puros cabros brígidos”, “Que no dejan vivir”). Estas fronteras se activaron con el estallido, pero se reinterpretaron en clave política. Sus vecinos son descritos como personas apáticas, desinteresadas, pasivas, dispuestas al intercambio clientelar con la política, mientras que ellos, con un mayor capital cultural, tendrían un interés genuino en participar del proceso de transformación social y política que experimenta el país.

La mayoría de los que somos más jóvenes estábamos informados del descontento, de por qué eran las demandas (...). La otra gente salía como por salir a apoyar (...), pero aquí la gente es bien desinformada la mayoría, la mayoría de acá no vota, les da lo mismo. (Alondra, estudiante universitaria)

Para ellos la política institucional es un camino legítimo, pese a que compartan muchas de las críticas que circulan en la opinión pública hacia los partidos políticos y sus principales representantes. Están interesados en el proceso constitucional, son críticos del acuerdo alcanzado entre el gobierno y la oposición, pero no lo rechazan. Apuestan por la aparición de figuras políticas jóvenes, de nuevos partidos, poseen más afinidad con la izquierda y tienen esperanza respecto de los cambios que puedan surgir de esta crisis.

Aquí la gente cae en el típico “no han tocado las AFP, no han tocado las Isapres y ahora van a cambiar la Constitución”. Yo creo que es importante que entiendan que la Constitución es el puntapié inicial para todo. (Nelson, estudiante universitario)

La principal controversia que enfrentan estos jóvenes tiene relación con los saqueos, sobre todo considerando que, en dos casos, sus familias tenían almacenes y todos los supermercados de su entorno cercano fueron afectados. Ninguno rechaza los saqueos a grandes tiendas y tienden a justificarlos,

ya sea por la pobreza del sector o por el comportamiento abusivo de los empresarios. Sin embargo, lo que sí les molestó fue un conjunto de prácticas desplegadas por los saqueadores que confirman sus prejuicios negativos hacia sus vecinos (“Gente que está acostumbrada a la vida fácil”). Por ejemplo, critican el acaparamiento de algunos vecinos que, después de haber saqueado en reiteradas ocasiones, no quisieron compartir parte de los productos apropiados, o la especulación de saqueadores que vendían los productos en la feria a un precio mucho más alto del que tenían originalmente. En este sentido, existía una cierta expectativa de redistribución asociada a la práctica del saqueo que fue defraudada y que confirmaba el carácter individualista y el desinterés de sus vecinos en relación con el resto.

También entrevistamos a otros jóvenes sin trayectoria escolar exitosa y con trabajos de bajo estatus, pero que participaban activamente en organizaciones culturales y políticas. A diferencia de los últimos, se resistían a establecer fronteras claras con sus vecinos, en la medida en que, dentro de sus amistades, identificaban a otros que “tenían más cancha” o “más barrio”, lo que significa que sabían manejar bien los códigos asociados a la “cultura de calle”. Asimismo, en referencia al narcotráfico, que “golpea mucho” a sus barrios, tendían a identificar las causas estructurales del fenómeno y no tanto a responsabilizar a familias o individuos particulares.

(Nosotros tratamos) de ver por qué pasa eso, no decir “en el barrio, son todos traficantes, son todos drogadictos, hay puros patos malos”. No, nosotros aquí en la radio, como tema social y económico, hemos tratado de buscar la solución al tema. ¿Por qué razón? No hay oportunidad para los jóvenes... (Marco, participante radio comunitaria)

Para estos jóvenes, el estallido respondía a una expectativa de largo plazo asociada a su lectura crítica de la realidad chilena (“Yo le digo a los políticos, vayan al policlínico aquí, a las 7 de la mañana”). En este sentido, no se representan como personas apáticas o desinteresadas; por el contrario, en su vida desarrollaron una conciencia política que el 18 de octubre vieron extenderse al conjunto de la sociedad chilena. Por ello, se sienten protagonistas del proceso y quieren estar presentes en cada manifestación para poder contarles a sus hijos, en un futuro imaginado, que ellos fueron parte importante de esta transformación.

Me acuerdo de un caballero que salió con un cartelito (...) que decía “El día siguiente de la revolución, tú deseas cómo deseas vivirlo” y habían batucadas y me pongo a ver a los paraderos y toda la gente bailando, celebrando. Entonces en mi mente me dije “sí, así lo quería vivir”. No quería estar en la casa, yo quería estar ahí. (Ramón, militante de partido político)

En este escenario, el estallido representó una oportunidad para conocerse mejor con los vecinos, saber qué piensan y comenzar a transfigurarlos en organización. Al respecto, destaca su participación en cabildos y asambleas territoriales, sus visitas constantes a Plaza Italia (nombrada desde el estallido Plaza Dignidad), donde conocen a personas que creen lo mismo, donde las fronteras sociales parecieran borrarse (“Yo no veía diferencia, estábamos todos iguales”).

Se aprecia además cierto rechazo a los políticos, tanto por su desconocimiento de la realidad popular como por legislar “en favor de los poderosos”. Sin embargo, pese a que, igual que los otros jóvenes, critiquen la forma en que se logró el acuerdo (“Les faltó el respeto a todos”), confían en el cambio constitucional. De hecho, parte de su participación en las asambleas territoriales tiene que ver con orientar a la gente en este proceso.

En relación a las formas violentas de protesta, especialmente barricadas, estos jóvenes le otorgan un sentido político. Para ellos la movilización popular es una forma legítima de presionar a las autoridades, para que gobiernen a favor del pueblo, sobre todo considerando que, a su juicio, defienden a los poderosos.

Esto se va a arreglar, sí, pero para arreglarlo hay que luchar, hay que luchar día a día, igual que cuando empezó el estallido social, los chiquillos van todos los días, van a marchar, van a luchar, hay personas que sí lo entienden, pero hay otras que no, piensan que es vandalismo, es destrucción, pero no es así, la gente sale... pa que los traten mejor, la gente salió indignada a reclamar su derecho como chileno. (Marco, participante de radio comunitaria)

Al igual que los otros jóvenes, comparten su crítica hacia las formas “desviadas” de practicar el saqueo, es decir, aquellas personas que saqueaban artículos electrónicos en vez de alimentos (“La tele a la barricada”) o que atacaban pequeños almacenes en lugar de grandes cadenas de supermercados o farmacias. En cambio valoran las prácticas redistributivas que pudieran observar entre quienes saqueaban. Ahora bien, a esta “economía moral” (Fassin, 2009) del saqueo, sumaban un marco político para interpretarlo, dentro del cual las prácticas de saqueo eran leídas como una forma de “recuperación”.

Si hay algo que me gusta es una foto que una vez vi en redes sociales que aparecían todas las farmacias saqueadas y había una que decía “¿no les gustó coludirse?” (...) La sociedad te impone la moral y si la moral, en este momento, te dice que estamos recuperando lo que nos pertenece, se debe hacer”. (Ramón, militante de partido político)

La apatía está lejos de ser una categoría que permita comprender el comportamiento político de los jóvenes populares, pese a que, como destacan los estudios cuantitativos, las personas de menor estatus tienen una menor disposición a votar o asisten menos a manifestaciones públicas. Asimismo, el “inactivismo” que destacan los estudios urbanos como parte de la “nueva pobreza urbana”, invisibiliza la reconstrucción de identidades políticas en el mundo popular, las cuales no se organizan necesariamente por los ejes que estructuraban la representación política durante el siglo XX.

El rechazo a las instituciones que la sociología chilena vinculó históricamente al uso de la violencia por parte de los jóvenes (Valenzuela, 1984), no es tan claro, sobre todo al observar sus distintas trayectorias sociales y niveles de politización. Lo que sí aparece con claridad es que el estallido representó una oportunidad única para estos jóvenes de romper con un imaginario hegemónico que los estigmatiza e invisibiliza, sintiéndose protagonistas de este “despertar” de la sociedad chilena.

BIBLIOGRAFÍA

- Fassin, D. (2009). “Les économies morales revisitées”. *Annales HSS* 64(6): 1237- 1266.
- Lamont, M. y Bail, C. (2005). “Sur les frontières de la reconnaissance. Les catégories internes et externes de l’identité collective”. *Revue européenne des migrations internationales* 21(2): 61-90.
- Rozas, J. y Somma, N. (2020). “Determinantes de la protesta juvenil en Chile”. *Revista Mexicana de Sociología* 82(3): 673-703.
- Sabatini, F.; Cáceres, G. y J. Cerda (2001). “Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción”. *EURE* 27(82): pp. 21-42.
- Tironi, M. (2003). *Nueva pobreza urbana: vivienda y capital social en Santiago de Chile, 1985-2001*. Santiago: Universidad de Chile, Predes/RIL Editores.
- Valenzuela, E. (1984). *La rebelión de los jóvenes*. Santiago: Sur.
- Venegas, J. I. (2016). *¿Por qué los jóvenes chilenos rechazan la política? Desafección política juvenil en el Chile postransición*. Santiago: RIL editores.

HISTORIA DE VIDA JORGE ARÁNGUIZ¹

Soy Jorge, tengo 30 años y vivo en Quilicura, en la población Valle de la Luna, desde los cuatro años. Vivo en un block que dentro de todo es piola, pero mi población es de las más peligrosas de la comuna. Si uno va a la esquina a todas horas ves gente drogándose y vendiendo, y aunque la comisaría está cerca, los pacos no entran pa acá.

En un inicio éramos cinco hermanos y vivíamos cuatro hombres en una pieza y la niña en la otra pieza con mi mamá y mi papá. Mi hermana es universitaria, va en tercer año de Educación Física, mi mamá es dueña de casa, es el motor de la familia y pese a que no sabe leer ni escribir, tiene muchos talentos, todo lo que sabe es por sus ganas de aprender, porque la sociedad nunca le entregó nada.

El Choko es un personaje que construí para tapar lo indefenso que era cuando chico. Antes de que me dijeran Choko era súper piola y alegre, era un niño más feliz. Cuando me transformé en el Choko, encontré respeto, pero vivía con mucha pena. El Choko tenía puros amigos que hablaban de pistolas, de robos, por ejemplo, yo nunca me interesé en aprender cuántas balas usa una pistola de 9 mm y mis amigos sabían todo o sabían mucho de autos o cómo hacer robos. Para mí nunca fue un orgullo andar metido en eso. O sea, era partícipe pero nunca fue como ¡Oh! ¡Andar robando!, ¡Andar drogándome! Peleaba con los de la población de al lado por tener cierto estatus, rayaba las paredes y las micros con ¡Choko!, andaba con un plumón poniéndolo en todos lados pa que me conocieran y me respetaran, y no ser un “pollito más”, porque en la población hay que tener un cierto estatus para vivir tranquilo, si no te comen vivo.

Estuve preso en el Sename varias veces y un año y medio en el Centro de régimen cerrado de San Bernardo; también estuve en el Semicerrado La Cisterna como tres años, entre que iba y volvía, pero para mí La Cisterna no fue una cárcel, estudié, aprendí y hacía lo que decían los profes.

Estar preso es súper complicado, ya estando en cuarentena es cuático, imagínense preso, que lleguen los pacos a las dos de la mañana y que te boten todo pa afuera es chocante y violento. Por suerte tenía redes adentro y pasé piola, nadie se metía conmigo ni tampoco me hicieron bullying o me robaban las cosas.

¹ Testimonio recogido por Christie Núñez.

Cuando salí del Sename me costó caleta encontrar pega, eso de la reinserción no existe. Una vez entré a una empresa y me llamaron al otro día y me dijeron, "Oiga estimado; hemos visto sus papeles, pero no va a poder seguir aquí", y fue ¿Cómo? Me dijeron: "Pero no se preocupe, le vamos a pagar la semana completa", pero a mí no me importó eso. Me sentí defraudado, ¿y a cuántos cabros no les ha pasado eso?, que no han encontrado pega y han vuelto a lo mismo.

Hace cuatro años encontré trabajo en Iansa como encargado de bodega, como supervisor, y ha sido bueno porque me estaban pagando por aprender. Los primeros días el jefe me decía: "¿Leíste los correos?" y yo le decía que sí, y yo no sabía dónde ir a leer los correos, o sea partí de cero y ahora llevo cuatro años y el computador es caleta de aprendizaje, ahora sé escribir bien y antes estaba estresado buscando las teclas. A los tres meses atiné y me dije: "Oye loco, no andís frustrado, relájate un poco, si te están pagando por aprender, tómalo como una escuela". Ahí eché pa adelante no más.

Cuando vino el estallido, aquí en Quilicura quemaron y saquearon un banco, el mall y hasta carnicerías grandes. El enfrentamiento con los carabineros fue muy fuerte, yo no avalo ese tipo de violencia pero apoyaba a los cabros que estaban ahí tirando piedras, porque no lo hacen por maldad. Sentí que hay mucha rabia por la falta de oportunidades, porque siempre nos apuntan con el dedo. La gente no es tonta, no hay que tener un título universitario para entender por qué pasó todo lo que pasó, hablas con cualquiera y todos dicen lo mismo: "Nos cagan por todo".

Yo pienso que el estallido en Chile fue lo que pasó conmigo, yo también tuve mi propio estallido, tuve que tocar fondo para cambiar y volverme a armar, lo pasé muy mal, estuve preso, consumí todo tipo de drogas y ya no podía seguir viviendo así, ahí recién sentí cabeza, perdí el miedo y supe que tenía que cambiar mi vida. Eso fue lo que nos pasó, no tuvimos miedo de salir a la calle y que quedará la cagada, porque no se puede vivir así aguantando tanta injusticia.

Da rabia que exista un marco legal que permita que las grandes empresas roben y se aprovechen de las personas, yo robé y estuve preso cumpliendo mi castigo, pero hay robos y abusos mucho más grandes que nadie los condena.

El estallido también fue bonito, me llamó la atención ver personas de todas las edades y de otras clases sociales, fue como cuando Chile salió campeón. Salía de mi casa y había mucha gente con sus ollas caceroleando, te subías a la micro y estaban todos en esa onda, también en mi trabajo. Con el paso de los días siento que la cosa se fue desgastando por el tema de la violencia que instalaron los medios de comunicación, que obviamente opacaban todo lo bueno. Entonces la misma gente que hace una semana estaba feliz manifestándose, cambió de opinión y empezó a tratar a la gente de

“vándalos”. Puede ser que algunos sean vándalos, pero que hayan otros igual o peor de vándalos que los traten así, ¡qué te pasa!

Protesté en Quilicura, estuve en la Alameda muy cerca de la primera línea pa ver quiénes eran, vi gente encapuchada, pero muchos de ellos eran cabros que se notaba venían de la pega, estaban con su camisa y pasaban allá después de su trabajo. También habían muchos cabros que no tienen nada que perder. Me sentí orgulloso estando ahí con el corazón tomado, muchas veces tuve ganas de llorar de emoción, “este es mi Chile”, “es un Chile luchador”.

Lo que saco en limpio de todo lo que ha pasado es que los políticos no están para ayudarnos y trabajar por la gente. Quiero que vengan las elecciones para queelijamos caras nuevas y el plebiscito para votar por el Apruebo y que cambiemos de una vez la Constitución, es la única manera de hacer un cambio de raíz. Me siento mucho más opinante y participativo, ¿cómo no voy a estar ahí? Hay que votar, hay que meterse, pienso en el futuro de mis sobrinos, ¿cómo no me va a importar que tengan una mejor educación, que se acabe el clasismo, que no porque vivan en una población no van a poder estudiar más arriba, o no van a tener la oportunidad de un buen trabajo?

Las marchas van a continuar porque si no, no pasará nada. Tampoco la idea es destruir tu país, no creo que el fin de la gente sea destruir por destruir o ir a quemar por ir a quemar, pero ya sabemos que hay que presionar, no van a pescar a nadie con una banderita blanca en la esquina.

2. LA MOVILIZACIÓN DE LOS JÓVENES “CUICOS” ENTENDIDA DESDE PROCESOS DE SOCIALIZACIÓN

Modesto Gayo y María Luisa Méndez

Dentro de las muchas imágenes que llamaron la atención en las semanas posteriores al llamado estallido social de octubre de 2019 en Chile, quedarán en la retina las protestas desarrolladas en el “barrio alto” de la capital: en las cercanías del mall Costanera Center, en el entorno de la Escuela Militar, a lo largo de Avenida Apoquindo, así como en las estaciones de Metro Pedro de Valdivia y Tobalaba: en estas escenas se conjuga la represión policial con la participación de jóvenes cuyos cuerpos denotan un *habitus* de clase no visto en la protesta social en el país, al menos en las últimas tres décadas. La ocupación de un espacio tradicionalmente ajeno a la protesta y la aparición de rostros que denotan privilegio, abrieron la pregunta sobre las razones por las cuales un sector que se encuentra aparentemente cómodo con el *status quo*, ha querido involucrarse. Al mismo tiempo, se escuchó el viejo clasismo: “¡ándate, roto!”, cuando la protesta llegó hasta un alejado y exclusivo mall de La Dehesa.

En estas páginas evitaremos contraponer protesta y posición social (Parkin, 1968), o suponer la relación entre la clase social y el comportamiento político (Lipset, 1987). Nos interesa explorar sobre qué base se produjo la movilización de personas de estratos sociales históricamente considerados privilegiados en su sociedad de pertenencia. La sorpresa de este hecho no debería venir asociada al comportamiento participativo en sí mismo, pues radiografías realizadas a esta clase media alta, compuesta en gran medida por profesionales y directivos, confirmarían su propensión a la actividad política más allá del voto, mediante el contacto con autoridades, el envío de cartas a medios de prensa o el intenso uso de redes sociales (Méndez y Gayo, 2019; Gayo, 2021). Más bien, su movilización devino llamativa desde el momento en que se concluyó que la revuelta del 18 de octubre era producto de necesidades, demandas y, cuando existieron (todavía por dilucidar), orgánicas enraizadas principalmente en los sectores más excluidos de la sociedad, así como en aquellos grupos que han convivido por demasiado tiempo con la vulnerabilidad social, hasta ser reificados como “vulnerables”. ¿Por qué se habrían de involucrar personas de los sectores medio altos en demandas que apuntaban a revertir el privilegio y reivindicar una transformación del reparto de la riqueza?

La sociología política que retrata el privilegio de las clases medias acomodadas señala que es poco esperable el afán movilizador de ciudadanos materialmente satisfechos. Con un vocabulario que hoy resulta familiar, Mau

(2013) describe una clase media alta alemana crecientemente comprometida con las políticas de la neoliberalización del bienestar, las que promueven alternativas privatizadoras e individualizadas. Antes, Crouch (2004) había descrito a la clase media (o los trabajadores no manuales) como pasiva, frente a la movilización de la clase obrera.

Reconociendo su posición superior en la estructura social, y a diferencia de estas últimas contribuciones, se parte del análisis que realizamos previamente (Méndez y Gayo, 2019) para proponer que la inclinación de la clase media alta chilena hacia una elevada participación cultural y política no es algo novedoso, sino parte de sus prácticas de clase habituales. Esto no debe ser confundido con su involucramiento en movilizaciones de protesta de carácter más progresista, frecuentemente motivadas por problemas sociales y económicos. Sin embargo, es cierto que esta vez su considerable activismo, normalmente institucional (cartas, firmas por causas) o parainstitucional (contactos o redes), suele tener menos visibilidad mediática. No obstante, sería un error pensar que todos los “privilegiados” participan por igual o con los mismos objetivos. Sobre la base de los grupos que diferenciamos dentro de la clase media santiaguina (herederos, individualizados, colonos y recién llegados), se quiere sugerir dos grandes modos de movilización, o perfiles de protesta. El primero es propio de los herederos, quienes viven en permanente atención al cuidado de sus relaciones sociales. Consiste en una acción cuya motivación no es socioeconómica, pues se trata del sector más acomodado, sino gatillada por una orientación “instintiva” (grabada en su historia de clase) a la búsqueda del liderazgo social. En este sentido, es propio de los herederos su pragmatismo, que se muestra a través de la adaptabilidad a nuevos contextos. Sus propuestas evitarán la discusión del manido “modelo” (económico), para relevar los fines (mejorar la educación, elevar las pensiones, incrementar la atención en salud) a través de medios distintos.

Por otro lado, encontramos a los individualizados, quienes gozando de un alto estatus, no destinan su tiempo al cultivo del capital social y manifiestan una baja propensión a la movilización. Finalmente se encuentran los colonos (profesionales de nivel medio y técnicos, residentes en el barrio alto por al menos dos generaciones, cuyo estatus ha ido decayendo) y los recién llegados, quienes si bien están investidos de cierto privilegio, su situación socioeconómica, significativamente más precaria que las posiciones previas, está asociada a una mayor apertura a influenciar al Gobierno para promover políticas sustantivas hacia grupos con frecuencia invisibilizados por la oferta pública. Este grupo se encuentra más cercano a las preocupaciones de los sectores medios, debido a que su relativa holgura económica podría estar en riesgo, por lo que políticas públicas que contribuyan al financiamiento de la educación (escolar y universitaria) o a enfrentar la drástica caída del ingreso con el paso a la jubilación, son valoradas positivamente. Así, se propone que

para entender la protesta en el barrio alto se requiere un análisis sobre su fragmentación interna y cómo se gesta a través de procesos de socialización de mediano plazo.

Las demandas a través del prisma de la socialización

Los y las jóvenes aparecen en nuestro estudio a través de las voces de las madres. Se colige del vasto material recogido de conversaciones con ellas, un conjunto de temáticas que emergen en el proceso de socialización y, por tanto, formación de la subjetividad política de los hijos e hijas (Van Deth et al., 2011; Urbatsch, 2014; Gotlieb et al., 2015).

Como esperarían las teorías que vinculan a las clases sociales y los comportamientos políticos, nuestros hallazgos muestran que no inciden mayormente las demandas de redistribución económica (riqueza, renta). Por tanto, la movilización atiende a exigencias muy diferentes a las de las clases medias y sobre todo populares.

Las familias santiaguinas de clase media alta socializan a sus hijos dentro del marco de lo que hemos denominado “ambientes afectivos”, donde se cultiva tanto el capital social como una cierta cultura cívica. Esta expresa una forma particular de compromiso con la *res publica*, que en estas páginas es analizado desde tres competencias clave en la reproducción social de los sectores acomodados: capacidad de elección, vida sustentable y pensamiento crítico. En las narrativas de las madres, estas competencias se asientan a través de las siguientes prácticas sociales: a) un adoctrinamiento relativo a deberes ciudadanos mínimos (el voto); b) el cuidado del medioambiente y una adhesión individual y/o colectiva al desarrollo sostenible, mediante prácticas como el reciclaje; y c) la promoción de una cierta concientización espacial en torno al propio privilegio.

El voto es transmitido como una obligación. Su familiaridad se adquiere a través de la experiencia compartida de ir a votar con sus padres cuando son todavía niños. Se intenta la normalización del mismo como una tarea cuasi espontánea, por haber sido interiorizada dentro de los hábitos familiares. Esta práctica está asociada a una voluntad expresa de elevar el nivel de conciencia socio-política, dentro de cuyo contenido están las responsabilidades ciudadanas. En último extremo, votar es un ejercicio que invita a desenvolver la habilidad fundamental, la capacidad de elegir. Entonces, la cultura cívica ideal encarna el ciudadano con buena capacidad de juicio y decisión. Sobre esta base normativa, se levanta la acción de protesta desde las clases acomodadas del barrio alto capitalino, muchos de cuyos miembros optan por mostrar sus opiniones, al igual que hacen cuando acuden a sufragar.

En segundo lugar, las narrativas dejan un espacio para hacer transformaciones significativas al actual modo de vida, mediante un repertorio en torno a la “sustentabilidad”, ocupando un lugar destacado la preocupación por el cambio climático. Dentro de este repertorio cultural y político, el reciclaje es señalado como una práctica que genera conciencia social. Esta expresión de un compromiso colectivo permite el desenvolvimiento de un vínculo individual con una causa que beneficia a otros, o al “mundo”, en una narrativa más abstracta y global. En diálogo con la interpretación que hacen del modelo económico imperante, emerge la convicción de que no es posible prolongar indefinidamente el modo de vida actual, basado en el consumo intenso de recursos finitos, obtenidos del medio ambiente. Hijos e hijas mayores socializan a su vez a sus padres y madres en este tipo de prácticas, e incluso se establecen algunas tensiones respecto del nivel de conocimiento y compromiso de cada generación.

Dentro de la socialización política de hijos e hijas, está el reconocimiento de las desigualdades, la reflexión (¿autocrítica?) en torno al propio privilegio mediante experiencias de primera mano con quienes no gozan del bienestar de su misma clase social. En conexión con ello, es conveniente constatar que este sector valora el desarrollo del pensamiento crítico como parte de los contenidos que promueve la educación formal, siendo ello más distintivo en la clase media alta que en el resto de la población (Méndez y Gayo, 2019). La conciencia sobre la segregación espacial aquí es clave: la socialización política familiar en el pensamiento crítico recurre al espacio urbano como dispositivo que permite transitar entre clases sociales, la que incluye trayectorias de clase de muchas de estas familias. Fruto de experiencias propias de movilidad social ascendente (ocupacional y residencial), hallamos una mirada de la ciudad fuera del cono de alta renta que hace factible concienciar socialmente a los hijos a través de la visita a barrios menos pudientes, muchas veces para compartir con familiares. Por otro lado, y de forma recurrente, está la mirada del “otro” como carente, y de la sociedad en su conjunto como una polarización entre los que tienen y los que no. La carencia conduce a formas de caridad o a la denominada acción social, la que es arropada por principios éticos de solidaridad, al mismo tiempo que refuerza la superioridad propia en la jerarquía social.

Como se señaló previamente, la socialización y movilización desde el privilegio se produce sobre una común preocupación por contener los estragos de una vida segregada, que naturaliza el bienestar en el que se habita (*entitlement* como lo denominan autores como Sherman, 2017), desconociendo tanto las historias familiares previas, como la desigualdad de otros sectores de la sociedad. Si bien no se encontraron alusiones directas a proyectos políticos específicos, sí se identificó en algunas entrevistadas la inquietud de

“criar en ambientes de derecha” y las consecuencias que esto podría traer en las subjetividades políticas de hijos e hijas.

*La protesta como espacio de
formación/reproducción de los liderazgos*

La movilización encubre algo quizás más importante que la protesta misma. Se constituye en un momento clave de aprendizaje de la conexión del individuo (y su privilegio) con causas y grupos sociales más amplios. Algunas de nuestras entrevistadas lo describen como “la diversidad” o evitar vivir en la burbuja. Manifestarse es un ejercicio de formación de liderazgo, reinstaurando el orden social a través de competencias sociales que ayudarían a instalar en la cúspide a los que ya fueron entrenados en los hábitos y supuestos del mando. Ello no significa que no compartan algunas de las demandas con las clases subalternas, sino más bien que su disposición a movilizarse —internalizada en su socialización temprana— les permite entrelazar sus intereses con causas que pudieran tener objetivos diferentes. La reconducción de la protesta pasa por la inclusión de voces múltiples, que a menudo hablan cacofónicamente, en las calles. El privilegio protesta obteniendo como réditos del cambio su propia posición, reinventándose a sí mismo en la cima social, a través del pragmatismo introyectado por los mandatos de su herencia cultural de clase. Es por ello que los altavoces del barrio alto nos alertan sobre un posible ritual, políticamente vacuo, cuya razón de existencia se levanta sobre la oportunidad de proteger la reproducción o transmisión intergeneracional de las posiciones sociales.

BIBLIOGRAFÍA

- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2002). *Individualization*: Londres: Sage.
- Crouch, C. (2004). *Posdemocracia*. Ciudad de México: Taurus.
- Gayo, M. (2020). *Clase y cultura. Reproducción social, desigualdad y cambio en Chile*. Valencia: Tirant Humanidades.
- Gayo, M. (2021). *Clase y política en España I, 1986-2008. Estructura social y clase media en la democracia pos-transicional*. Madrid: Akal.
- Gotlieb, M. et al. (2015). “Socialization of lifestyle and conventional politics among early and late adolescents”. *Journal of Applied Developmental Psychology* 41: 60-70.
- Lipset, S. M. (1987). *El hombre político. Las bases sociales de la política*, Madrid: Tecnos.

- Méndez, M. L. y Gayo, M. (2019). *Upper Middle Class Social Reproduction*. Cham: Palgrave MacMillan.
- Parkin, F. (1968). *Middle Class Radicalism: The Social Bases of the British Campaigns for Nuclear Disarmament*. Manchester: Manchester University Press.
- Sherman, R. (2017). *Uneasy Street: The Anxieties of Affluence*. Princeton: Princeton University Press.
- Urbatsch, R. (2014). *Families' Values: How Parents, Siblings, and Children Affect Political Attitudes*. Oxford: Oxford Scholarship Online.
- Van Deth, J., S. Abendschön y M. Vollmar. (2011). "Children and Politics: An Empirical Reassessment of Early Political Socialization". *Political Psychology* 32(1).

HISTORIA DE VIDA SOFÍA RIQUELME²

Soy Sofía, tengo 27 años, vivo en Lo Barnechea, pero ahora estoy viviendo con unas amigas en Providencia. Me titulé en Dirección Audiovisual en la Universidad Católica y tengo un emprendimiento que ofrece filmaciones y videos para matrimonios y también a artistas. Esto lo complemento con mi laboratorio de fotografía análoga, donde hago talleres. Además participo de dos colectivos, uno lo creamos hace dos años y está conformado por cinco mujeres fotógrafas, y el otro es un colectivo feminista, compuesto por mi grupo de amigas con quienes compartí más durante el estallido, marchamos juntas y también pasamos el Año Nuevo en la Plaza Dignidad juntas con nuestras parejas. Apoyarnos en este proceso ha sido de las mejores cosas que me han pasado en la vida, ya veníamos trabajando juntas desde hace tiempo el tema del feminismo principalmente, pero el estallido nos dio un nuevo impulso.

Me he mantenido muy activa, aunque no participé de todas las movilizaciones, porque en ese momento vivía en Lo Barnechea y me quedaba bastante lejos, pero estaba lo más que podía cuando me sentía bien anímicamente para participar, porque igual tuve altos y bajos en el proceso. Me imagino que a otras personas les pasó algo similar, tenía muchas emociones y a veces contradicciones, no de la movilización, sino de cómo afrontar este proceso social que estamos viviendo. Recuerdo que el 18 de octubre colapsé, todo empezó a pasar muy rápido, las calles llenas, la gente protestando en la calle, los incendios. No sé por qué tuve miedo y lloré mucho, porque sabía que se venía algo grande.

Creo que el estallido abrió muchas cosas incómodas y dolorosas que estaban silenciadas en el país, desde nuestros distintos espacios nos interpeló a todos y en mi caso desde mi espacio de privilegio, también me abrió muchas preguntas. Se volvió a hablar de política, volvimos a conversar sobre todo aquello que hace rato está mal y aunque siento que el país se polarizó y asusta a veces, escuchar opiniones tan extremas era necesario.

Mis papás se han esforzado, pero tampoco tuvieron que partir de cero. Por mi parte he sido muy afortunada, tuve una buena educación, mi familia tiene recursos y hemos tenido una vida holgada; por tanto creo que los privilegios dan una responsabilidad y así me lo enseñaron mis papás. En mi familia siempre se hablaba de política, tenemos diferentes posiciones, mis papás

² Testimonio recogido por Patricia Carrasco.

son de centroizquierda, yo soy de izquierda y dos hermanos son de derecha tipo Evópoli, por lo que las conversaciones se han ido polarizando cada vez más, y a veces se hacen inaguantables. Pero más allá de mi familia nuclear, convivo con personas de diversas tendencias políticas y estoy acostumbrada a dar mi opinión, a veces era incómodo estar con ciertas personas que claramente no estaban de acuerdo con lo que yo pensaba o que por ejemplo, participara en las marchas. La principal crítica que me hacen es que avalo la violencia, lo que no es así, no avalo la violencia pero soy capaz de entenderla y también estoy segura de que jamás nunca nadie hubiese pescado esto sin esta violencia, porque marchas hemos hecho siempre por distintas causas.

Me importa mucho dar mi opinión en los espacios donde sé que hay gente que quizás no tiene relación con nadie fuera de su mundo. Como soy comunicadora, me pasa que a veces asumo ese rol, no sé si lo hago bien o mal, pero sí quiero mostrar que hay otras realidades más allá de la que vivimos nosotros o de quienes viven en Lo Barnechea. Me da rabia, por ejemplo, que aleguen por la pandemia y el encierro, si tienen casas con los medios patios, y si a algunos de ellos les da coronavirus, igual van a ir a una clínica privada con su isapre. Yo creo que hay que ser consciente de dónde uno viene, de repente me molestaban de que era muy abajista, ahora me río de eso... pero independiente de que quizás fui abajista o soy abajista no sé, me he logrado abuenar con el lugar desde el que vengo. El tema del clasismo en Chile es muy grave pa todos lados, ya no tengo rollos con que la gente me diga “cui-ca”, a mí me da lo mismo, pero sí creo que eso no nos tiene que identificar en cómo entendemos la realidad, no podemos vivir aislados. Todos tenemos responsabilidades que cumplir y lo mínimo si has tenido una súper buena vida es preguntarse qué podemos hacer por los demás y cómo cambiamos este país, que hace rato no está bien. Los colegios debiesen tener un rol mucho más importante en fomentar esta responsabilidad, pero al final lo que más se dedican la mayor parte del tiempo es transmitirles a los niños y las niñas la importancia de ser exitoso, hacer un doctorado o tener una gran carrera profesional, no ven más allá de su realidad. Veo una desconexión muy fuerte, o sea que Mañalich haya dicho que no sabía que existía tanta desigualdad, segregación y hacinamiento, es el ministro de Salud, cómo van a hacer cambios si ni siquiera saben las condiciones en las que vive la gente.

A través de fotos, videos e intervenciones hemos querido generar espacios de reflexión y diálogo, más que plantear verdades absolutas. El arte nos ha permitido conversar sobre la violencia, las desigualdades, la dignidad, la importancia de lo colectivo y ahora, en la pandemia, sobre el hambre.

Nunca imaginé que iba a pasar todo lo que ha pasado desde el 18 de octubre, fue una sorpresa, podría haber tenido como catalizador la muerte de Camilo Catrillanca o lo que pasó con George Floyd en Estados Unidos. No me imaginé que el alza del pasaje, que por supuesto es grave e injusto, iba

a desatar esta fuerza y a sacar a la gente a las calles en todo Chile. Tuve la oportunidad de viajar al sur, estuve en Coyhaique y me tocó ver y participar de una manifestación, pese a que ellos también tienen sus propias demandas y luchas, al final es lo mismo que busca todo el país: dignidad.

Una de las cosas que más valoro del estallido es que no hubiesen líderes ni partidos políticos. La mayoría de los políticos no da el ancho, para qué decir el gobierno, por lo que creo que las movilizaciones tienen que seguir, aunque reconozco que me da un poco de miedo que todo se vaya a la cresta, hay que ver cómo equilibramos esta fuerza movilizadora poniéndole también cabeza.

Tener una nueva Constitución es clave, y debe abordar todos los ámbitos en los que vemos una profunda segregación, como los pueblos originarios, que son parte de nuestra historia e identidad y tanto se han excluido; también tener un país más descentralizado.

3. DEBE SER UN NIÑO QUE TIENE RABIA, QUE TIENE COMO UN DOLOR CON LA SOCIEDAD

*Emmanuelle Barozet, Óscar Mac-Clure,
José Conejeros y Claudia Jordana*

Este trabajo describe en un lenguaje coloquial, cómo es el habla del ciudadano de a pie, la percepción y resignificación de la figura del joven de sectores urbanos chilenos en tres momentos distintos, en un plazo de un año: antes del estallido de octubre de 2019, durante las semanas siguientes de revuelta y finalmente durante la pandemia de coronavirus. Este texto se propone comprender la evolución de las emociones y opiniones que genera la imagen de un joven marginal según el punto de vista de personas de distintos estratos sociales y ciudades, entrevistadas grupalmente en esos tres momentos.

Hablando del joven urbano

En términos de metodología, se realizaron tres rondas de grupos focales en agosto y septiembre de 2019, es decir, antes del estallido de octubre en Santiago, con las mismas personas durante las semanas que siguieron al estallido en Santiago en noviembre y en Puerto Montt en diciembre de 2019; y luego, de nuevo, pero de manera virtual, con las mismas personas durante la pandemia de covid-19 en mayo y junio de 2020. Los grupos focales abarcaron a 54 personas de estrato social alto, medio y bajo, hombres y mujeres. El proyecto en el cual se enmarca este texto busca conocer las representaciones que los individuos hacen de su propia posición social en Chile y en qué medida esto funda la justificación subjetiva de la desigualdad social.

Como soporte para la conversación con los participantes en los grupos, usamos viñetas de personas características de la sociedad chilena.³ En este texto, nos centramos en lo que los participantes señalaron acerca de la viñeta de un joven de sector urbano.⁴ La diversidad, complejidad y variabilidad de las realidades juveniles (Zarzuri y Ganter, 2018) se refleja como en un espejo donde son vistas por los participantes en los grupos. La foto de la viñeta corresponde a un personaje ficticio y cada grupo de participantes le puso un nombre distinto.

³ Más detalles sobre la metodología de investigación en Mac-Clure et al., 2019.

⁴ Entre las demás viñetas incluidas en la metodología, generó amplio diálogo una figura femenina de estrato bajo, trabajadora de casa particular.



- Empleos informales.
- Estudiante de educación media.
- Pedro Aguirre Cerda, Santiago, Región Metropolitana.
- Menos de \$200.000 (familia).

Resulta interesante observar que la percepción del joven fue diferente dependiendo de la región de residencia: mientras en Santiago le dieron nombres como Jonathan, Martín o Byron, participantes de Puerto Montt lo identificaron como un joven urbano de origen indígena y chilote, con nombres como Matías Nahuelhuaique. Incluso algunos lo nombraron Matías Catrileo, joven mapuche urbano asesinado por carabineros en una comunidad indígena el 2008. En las citas a continuación, dejamos el nombre que le pusieron los participantes en cada grupo.

Refiriéndose a los jóvenes urbanos de estrato bajo, antes del estallido, muchas veces los participantes en los grupos de Santiago los tildan de “flaites” en un sentido amplio, como “forma de ser” y “forma de expresarse”. Se trata de un estereotipo en la sociedad chilena, por oposición al “cuico” (Jordana, 2018), como existe en muchas sociedades donde las desigualdades se expresan en binomios (Tilly, 1998). En todos los grupos sociales entrevistados, la connotación de “flaite” se asocia con una actitud agresiva, ostentosa e incluso a la delincuencia. Es en general calificado como “lumpen”, “encapuchado” y visto como parte de un grupo marginal y violento en la sociedad chilena, sin ahondar mayormente en las razones de sus comportamientos, en una sociedad excluyente y violenta. En cambio para los participantes de los estratos más bajos, la descripción del joven incluye un sentimiento de reconocimiento, como un miembro del grupo, así como un sentido compartido de pertenencia a la “población”, de venir “de un más abajo”. Un

trabajador de la construcción señala: “La calle es la que te forja. (...) Si estás desde cabro chico en la calle tienes que aprender a pelear, a todo. Andar la defensiva”.

*Del “flaite” al joven frustrado por el sistema:
cambio en la percepción con el estallido de octubre del 2019*

Con el estallido del 18 de octubre de 2019 y las constantes protestas que siguieron hasta marzo del 2020, cambia abruptamente la imagen del joven urbano entre los participantes de los grupos focales. Corresponde a un fenómeno conocido en una sociedad adulto-céntrica como la chilena, donde los jóvenes son visibilizados o invisibilizados en el transcurso del tiempo en función de ideas, intereses y contextos externos a ellos (Duarte, 2015).

Las mismas personas entrevistadas en los últimos meses de la época de “normalidad”, que ignoraban a los jóvenes o los veían como marginales, tienden a resignificar positivamente su visión de ellos tras el estallido, junto con su rol como componente de la sociedad, sobre todo en los estratos medios y bajos. La agresividad descrita en la etapa anterior ahora es comprendida como rabia: “rabia por el sistema”, “tiene rabia por la educación”, “hacia el gobierno”, “enrabiado de lo que ve que hacen los carabineros”. Se caracteriza esta rabia como una emoción acumulada por ser un grupo estigmatizado, que ya no es una expresión anómica e irresponsable de violencia, sino la respuesta a la violencia estructural de la falta de oportunidades.

Incluso el uso de la violencia encuentra una justificación luego del estallido, como lo señala una dueña de casa de un grupo de estrato bajo: “Y he visto a estos niños y sí, igual siento que han sido agresivos, pero han sacado la cara por mucha gente que no lo ha hecho, han hablado por mucha gente que no sé, quizás nos dará flojera hacerlo”. Incluso otra participante, manipuladora de alimentos señala que este joven está “muy frustrado y quizás es cierto, por las oportunidades que, a él, no se le han presentado, el poder estudiar, el poder trabajar en un buen trabajo, donde se sienta cómodo, donde el patrón no sea abusivo”.

En los estratos más altos, en cambio, algunos participantes consideran que el joven es portador de un sentimiento aún más devastador para el orden social, como señala un rentista: “Él es el con más odio. Obviamente es una persona joven que se deja llevar por líderes. (...) Entonces va germinándose ese odio”. Agrega: “Aparte del odio que tienen estos niños, no le tienen miedo a nada”.

El que tiene el valor que los mayores no tuvieron

En términos de proyección de valores, la mayor parte de los participantes, tanto en Santiago como en Puerto Montt, reconocen el rol destacado de los jóvenes en el conflicto, ocupando el último espacio de rebelión posible, lo único infranqueable hasta el momento. Como señala una dueña de casa de un grupo de estrato bajo: “Pero esos cabros fueron a evadir el metro, a romperlo, a quemarlo, porque era lo único que no se podía evadir, porque las micros se evadían igual. (...) Pero en el Metro uno sí o sí tiene que pagar; claro, los cabros fueron a romper lo que no se podía evadir”. Un artesano lo plantea en términos de gratitud: “Ellos [los jóvenes] fueron los iniciadores. (...) El estallido, digamos, lo que está pasando, fue originado por ellos, fueron la base, así que, por ende, tenemos que estar súper agradecidos de ellos, porque es una juventud bien aperrada”.

La resignificación del rol del joven urbano incluso va más allá entre algunos participantes: asociándolo a la primera línea o a la lucha contra la represión policial, un técnico de enfermería en un grupo de estrato medio plantea que el joven no solo está libre de miedos, sino que ayudó a los mayores a sacudir sus propios temores: “Él está luchando por todo nomás, además que la tienen más clara, no tiene miedo. No como nosotros los adultos que tenemos miedo. (...) Ellos no, como que son libres todavía”. Reflexionando sobre su propia generación, agrega: “Son traumas que de repente quedan y uno teme, teme porque también no quiere pasar por lo mismo, pero yo creo que este cabro chico, yo creo que ellos son valientes, van a la lucha y están con sus pensamientos totalmente claros”. Esta apreciación, señalada por una mayoría de participantes, indica una liberación emocional (Flam, 2007) de los mayores, al pensar que se puede desafiar el orden existente, cuando históricamente habían vivido la represión o evitado el conflicto, sobre todo en los estratos bajos y medios.

Desde el estrato alto, si bien se señala la falta de respeto de los jóvenes y que “ya no obedecen a nadie”, con susto de cómo evolucionará la situación (los grupos en Santiago fueron realizados tres semanas después del estallido en una capital aún convulsionada), un gerente afirma, sin embargo, que nos “han revolucionado a todos nosotros, a los viejos, a la gente no tan vieja, a él, a todo el mundo”. Muchos participantes repiten que este joven, ahora protagonista de las protestas, “la tiene clara”, muy lejos de la visión de apatía o de falta de educación que acarrearaba la misma viñeta antes del estallido, asumiendo que en realidad los jóvenes son críticos, informados y con convicciones políticas.

*El escenario de la pandemia:
el joven relegado una vez más a la marginalidad*

A dos meses del inicio de la pandemia, entrevistamos a las mismas personas en Santiago y Puerto Montt, usando de nuevo la viñeta del joven. Una vez más, la percepción de ese personaje del entorno urbano cambia fuertemente, siendo relegado de vuelta a la “normalidad” anterior al estallido y a la falta de esperanzas. En efecto, con la pandemia y la movilización nacional truncada, la figura del joven urbano es analizada con desazón. La mayor parte de las descripciones lo vuelve a ubicar en la pobreza, por la pérdida de empleo de sus familiares. Se señala repetidamente que con seguridad no tiene clases en línea y que ha perdido el año escolar. Un microemprendedor de frutos secos de Puerto Montt dice: “Yo pienso (...) como que lo ha afectado (...) que ha perdido clases, que no ha podido ir a su empleo, aunque sea informal y que han bajado sus ingresos, en eso él siente que lo ha afectado, a lo mejor tiene que estar cuidando más a su familia o a sus seres queridos que son mayores y por eso y también como por las restricciones que hay, ha tenido que dejar de salir de su casa a trabajar o a estudiar”. Una ejecutiva de banco de estrato medio cierra: “O sea, en resumidas cuentas, él lo está pasando horrible”.

Los participantes están divididos respecto de si el joven ha mantenido su capacidad de protestar. Como señala un ingeniero de estrato alto: “Está mal, Jonathan está hasta posiblemente infectado sin saberlo o está en su casa o está viendo cómo vive con su canasta del gobierno, o está en las calles protestando porque su familia no tiene para comer”. Un arquitecto de estrato alto agrega: “No creo que esté protestando. Creo que está haciendo esfuerzos para traer algo de plata para su familia, para él, y buscando de igual forma con cuarentena o sin cuarentena dónde generar dinero”.

Como se apreciaba en la frase anterior, aparece en el contexto de pandemia un elemento nuevo: en general, los participantes describen la vivencia del joven en la crisis sanitaria y social como estrechamente vinculada a su núcleo familiar como comunidad más próxima. No fue el caso de los discursos de antes y durante el estallido, donde se señalaba su pertenencia a un sector marginal, pero a la vez se subrayaba que se diferenciaba del mismo por su violencia o su valentía, según la mirada de los participantes. En el contexto posterior de crisis sanitaria y social, el rol del joven está anclado al bienestar económico, emocional y de salud de la familia. Una dueña de casa de un grupo de estrato medio señala: “Pero él sabe en su interior que le va a costar el doble y va a tener que buscar nuevas herramientas e inclusive a lo mejor dejar de estudiar. ¡Imagínese! Vamos más al extremo, porque va a tener que ayudar a su familia y si no, trabajar el doble porque la familia lo necesita”.

Pérdida de protagonismo e infantilización

Si bien no es el aspecto central del discurso de los participantes, aparece con la crisis sanitaria una nueva arista en torno al joven urbano, que dice relación con la probable inmadurez en su comportamiento al reunirse con amigos o ir a fiestas. Se nota un claro cambio de protagonismo, aunque la mayor parte de los participantes describen al joven en la pandemia como espectador y víctima de la agudización de las desigualdades en el contexto de la crisis sanitaria. Una dueña de casa de un grupo de estrato bajo dice: “Ya no puede luchar solo con el coronavirus y seguramente ha estado viendo cómo sus padres también están siendo afectados; entonces también está teniendo en este momento temor. (...) Yo me acuerdo de la conversación anterior de él, igual tiene cierto sentido de responsabilidad, un sentido de responsabilidad social y por lo tanto con la familia también”. En ese sentido y al contrario de lo que se señalaba durante el estallido, al ser espectador no tiene capacidad de acción, pues se encuentra atado a las circunstancias y no le queda más que cumplir la norma. Sin embargo, los participantes mantienen la opinión de que el joven urbano se hace una idea crítica de lo observado a nivel racional y emocional, ya que tendría una predisposición particular para notar cómo se vive la pandemia a nivel distributivo y político. Una dueña de casa de un grupo de estrato medio lo lamenta: “Me da mucha pena los jóvenes que, en ese momento, pensaban que iban a solucionar un montón de cosas, cuando lo conversamos (...) en noviembre y hoy día, digamos, siento que es como volver a cero, o sea no teniendo nada y más encima mostrando más todavía la evidente situación económica y social que hay en este país”.

Luego de haber sido elevado al nivel de un héroe popular en los estratos medios y bajos, o como personaje incluso de temer en los sectores altos, ahora el joven urbano es regresado a su edad e infantilizado. Con la pandemia es visto como un niño enojado, según lo expresado por un cirujano-dentista de Puerto Montt: “Debe ser un niño que tiene rabia, que tiene como un dolor con la sociedad”. Una dueña de casa del grupo de estrato bajo puntualiza: “Estamos hablando de Byron, que es un niño, ante todo, a pesar de que él anteriormente, decíamos que él igual participaba en las protestas y todo...”. Una arquitecta de estrato alto recalca en tono maternal: “Al final es un niño chico y no sé, con poco miedo yo creo, como que no le ha tomado tanto el peso a lo que está pasando, eso creo yo”.

La evolución de la representación de los jóvenes es característica de una situación de crisis sociopolítica en que las percepciones se desarrollan al mismo tiempo que acontecimientos aparentemente incontrolables. En el estallido, el joven urbano genera un remezón emocional y cognitivo, cambia la dirección de la brújula moral y es percibido como el precursor de un

cambio en los criterios de justicia social. Pasa del “flaute” marginal al héroe popular, pero la posibilidad de cambio impulsada por los jóvenes en el 2019 se ve fuertemente truncada producto de la pandemia. En dicho escenario, las prioridades se modifican y es recurrente en los últimos grupos focales un deseo de retornar pronto a la normalidad, transitando de la “vida digna” a la “vida segura”, donde el joven manifestante, sin miedo ahora, retorna a su lugar en un mundo real de necesidades, obligaciones y escasez económica, aunque sin haber perdido su sentido crítico y capacidad de movilización en una crisis inacabada.

AGRADECIMIENTOS

Proyecto Fondecyt Regular 1190436 y Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social, COES (ANID/FONDAP/15130009).

BIBLIOGRAFÍA

- Duarte, C. (2015). “Estudios juveniles en Chile: ‘devenir de una traslación’”. En P. Cottet (ed.) *Juventudes: metáforas del Chile contemporáneo*. Santiago: RIL Editores, 23-46.
- Flam, H. (2007). “Emotions Map: A Research Agenda”. En H. Flam, y D. King (eds.) *Emotions and Social Movements*. Nueva York: Routledge, 29-50.
- Jordana, C. (2018). *Les mots des inégalités. Représentations et stéréotypes des classes sociales à Santiago du Chili*. Paris: EHESS (tesis doctoral).
- Mac-Clure, Ó., Barozet, E., Barozet, E., Ayala, M. C., Moya, M. C., y Valenzuela, A. M. (2019). “Encontrar la posición de uno mismo en la sociedad: una encuesta basada en viñetas”. *Revista Brasileira de Ciências Sociais* 34(99).
- Tilly, C. (1998). *La desigualdad persistente*. Buenos Aires: Manantial.
- Zarzuri, R., y Ganter, R. (2018). “Giro cultural y estudios de juventud en el Chile contemporáneo: crisis de hegemonía, mediaciones y desafíos de una propuesta”. *Última Década* 26(50): 61-88.

Material web adicional

“Escuchando a los chilenos en la pandemia: ¿Qué pasó con las emociones que emergieron el 18/O?”, Óscar Mac-Clure, Emmanuelle Barozet y José Conejeros, 17 de agosto de 2020, <https://ciperchile.cl/2020/08/16/escuchando-a-los-chilenos-en-la-pandemia-que-paso-con-las-emociones-que-emergieron-el-18-o/>

Esta columna ha sido replicada en inglés y portugués en openDemocracy, 7 de septiembre de 2020.

En inglés: <https://www.opendemocracy.net/en/democraciaabierta/chile-pandemia-have-emotions-october-subsided/>

En portugués: <https://www.opendemocracy.net/pt/democraciaabierta-pt/chile-pandemia-emocoes-outubro-acalmaram/>

“Las clases sociales en Chile y su rol en la doble crisis del estallido del 18/O y la pandemia”, Emmanuelle Barozet, La Diaria-Transnational Institute, Uruguay, 03 de agosto de 2020, <https://ladiaria.com.uy/chile/articulo/2020/8/las-clases-sociales-en-chile-y-su-rol-en-el-estallido-del-18o-y-la-pandemia/>

“Escuchando a los chilenos en medio del estallido: liberación emocional, reflexividad y el regreso de la palabra “pueblo””, Óscar Mac-Clure, Emmanuelle Barozet, José Conejeros y Claudia Jornada, en CIPER, 2 de marzo de 2020, https://ciperchile.cl/2020/03/02/escuchando-a-los-chilenos-en-medio-del-estallido-liberacion-emocional-reflexividad-y-el-regreso-de-la-palabra-pueblo/?fbclid=iwar3zvalksfr8imz7gcrfcr-ehngnmraox-moqwkbgtk3cl_3xt-n7p8ofjyk

HISTORIA DE VIDA NICOLÁS ROSSELOT⁵

Mi nombre es Nicolás, tengo 25 años y ahora vivo en Providencia, aunque gran parte de mi historia ha transcurrido entre Los Ángeles y La Serena, por el trabajo de mi papá. He tenido una vida privilegiada, nunca me ha faltado nada, ni he pasado por las precariedades que viven muchísimas personas en Chile. En contraposición a esto, desde chico viví algunas situaciones de discriminación: mi hermana tiene una enfermedad llamada cromosomopatía, es similar al síndrome de Down pero en otro cromosoma, por lo que tiene problemas para hablar y comunicarse. El día que quisieron matricularla en el colegio al que yo iba, me quedé con ella mientras mi mamá se entrevistaba con la dirección, fuimos al patio e intenté que jugara con los otros niños, pero ellos la miraron de pies a cabeza, le hicieron una mueca de desprecio y siguieron en lo suyo. Sabían que ella era diferente y no la aceptaron, tampoco el colegio hizo nada para darle un espacio.

Soy cola, ya en el colegio lo sabía, me enojaba la actitud de algunos profesores que de alguna manera querían recalcar me que era diferente. Recuerdo ir corriendo detrás de una pelota de fútbol con una torpeza que hacía enfurecer a mi profesor u otra profesora que me dijo: “Tienes una mirada triste, como si ocultaras algo” o “Hay que tener cuidado porque los homosexuales pueden estar en cualquier parte”.

Lo que más me dolía era mi propia presión por calzar con esas convenciones de hombre heterosexual que te meten desde chico en la cabeza. Yo creo que todos sabían que era cola, “delicadito” y lo dejaban pasar porque era sociable y educado. No quería incomodar ni darle más problemas a mi familia, así que la salida del clóset fue todo un proceso, esperé a salir del colegio y entrar a la universidad para por fin desatarme.

Aunque el colegio al que fui estaba completamente alejado de la realidad, compañeros y compañeras participamos de las marchas del 2011 para exigir una educación gratuita y de calidad. Esta experiencia, sumada a mi propia historia, me llevaron a estudiar Derecho en la Universidad de Chile, convencido de que es urgente luchar contra la discriminación y lograr justicia en un país tan desigual.

Para mí el Derecho es una plataforma de servir a los demás y por fin en el curso de clínica jurídica pude aplicar lo aprendido, ayudando a distintas

⁵ Testimonio recogido por Sol Alé.

personas trans a cambiar de nombre y sexo en sus partidas de nacimiento; puede sonar muy básico, pero en ese entonces no existía la ley de identidad de género y, pese a este avance, aún la población LGBTQI+ no es reconocida plenamente en sus derechos.

La política siempre ha estado presente en mi vida y es un espacio de conexión con mi abuela y mi mamá, marcado también por el temor. Durante la Unidad Popular, mi abuela estaba bien metida en distintas iniciativas sociales, pero pese a que siempre quisieron que militara en el Partido Socialista prefirió no hacerlo por consejo de un profesor, quien le advirtió que “ahora no era buen momento”. Y a los pocos meses vino el Golpe. Durante la dictadura mi mamá iba a cantarle a los presos políticos a la cárcel, hasta que la vecina, una sapa de la Dina, le dijo amenazante a mi abuela: “Tu hija va por malos pasos”, así que tuvo que dejar de hacerlo por un rato. Pienso en eso cada vez que me pide por favor que me cuide cuando voy a las marchas.

Siempre he sentido desconfianza de la forma de hacer política de los partidos, así que tampoco he militado, fui elegido con una buena votación como delegado de mi carrera cuando estaba en el tercer año de carrera y me decepcionó ver con mis propios ojos cómo en la política universitaria se repiten las mismas cosas que tanto se critican, partiendo por el cobro de los favores políticos.

El 18 de octubre fue un día que nunca olvidaré: estaba estudiando en la biblioteca para mi examen de grado y de a poco se empezaron a escuchar gritos, la mayoría de las personas que estábamos en la biblioteca salimos a ver qué pasaba y de pronto las calles estaban copadas de gente, personas comunes y corrientes manifestándose, cansadas de las injusticias de este sistema, de la impunidad, de la falta de memoria histórica. Estaba también la televisión intentando cubrir lo que estaba pasando, un periodista pasmado observaba lo que pasaba, mientras una señora repetía que “la unión hace la fuerza”.

Por primera vez entendí que no somos individuos aislados, sentí que pertenecía a algo más grande y aunque no he vivido muchas de estas desigualdades en carne propia, hay que involucrarse, no se puede vivir en un país tan injusto, tan clasista y castigador con quienes son/somos diferentes.

Fuimos con mis amigas a muchas convocatorias en Plaza Dignidad, yo llevaba mi afiche que era más solemne: “Por la dignidad de la gente, Asamblea Constituyente”, y nos quedábamos todo el rato que pudiéramos aguantar los gases tóxicos de las lacrimógenas que disparaban sin ningún protocolo la fuerza policial. Siempre en medio del ahogo y las náuseas llegaba alguien a rociarte con agua y bicarbonato y entre toda la gente que estaba ahí nos protegíamos unos a otros.

Fueron días intensos en los que pese a todo se sentía esperanza, caminando de vuelta de una marcha nos topamos con la performance de Las

Tesis, mi amiga aprendía la coreografía y entendí la importancia de lo que significaba para ella, para muchas mujeres lo que estaban viviendo. Me alegró ver en las calles y en redes sociales a las nuevas generaciones de jóvenes LGBTQI+, son un ejemplo de valentía y autenticidad, admiro que les cabres se sientan orgullosos de lo que son y que los colas más chicos reivindiquen a la loca. La señora que vi ese 18 de octubre en la tarde tiene razón, la unión hace la fuerza, juntos debemos pensar un país mucho más justo, en el que no se castigue lo diferente, en el que los niños con alitas rotas se sientan orgullosos.



CRÉDITO: Fernanda Urrutia, Santiago, diciembre de 2019.



CRÉDITO: Fernanda Urrutia, Santiago, diciembre de 2019.

CAPÍTULO QUINTO

EMOCIONES Y CONSIGNAS DE LA PROTESTA

1. ACONTECIMIENTO Y AMBIVALENCIA EMOCIONAL: LA EXPERIENCIA DE JÓVENES DE VALPARAÍSO EN LA REVUELTA SOCIAL

Juan Sandoval

¿Qué es lo verdaderamente nuevo de las protestas de octubre de 2019? A nuestro juicio se trata de su carácter de Acontecimiento, es decir, de constituir un hecho que a pesar de que el orden social hegemónico lo definía como imposible, irrumpió con la fuerza incontenible de un “estallido social”. Por lo mismo, los hechos que se desencadenaron a partir de la revuelta social modifican de manera radical la experiencia de quienes los protagonizaron, y en el caso específico de los/as jóvenes de Valparaíso en los cuales se centra este trabajo, generan una nueva cotidianidad, cruzada por la “ambivalencia emocional”.

Lo primero que debemos explicitar es que un Acontecimiento como el que vivimos en octubre no puede predecirse como tal, ya que representa una ruptura, una discontinuidad radical con el orden en el cual emerge, provocando que aquello que pensábamos y sentíamos hasta su ocurrencia, resulte inútil para comprender sus causas y efectos. Por ello, uno de los primeros elementos que caracteriza la experiencia de los/las jóvenes es la sorpresa y la incertidumbre de vivir una ruptura del orden de las cosas que no resultaba para nadie predecible, y para la cual, no se sentían preparados: “A mi parecer, esto nos sorprendió a todos, nos pilló con nada en la mano, sin ninguna propuesta, sin ninguna capacidad de reacción, sin ningún plan” (E2, mujer).

Pero ese carácter impredecible y no planeado de la revuelta como Acontecimiento, constituye también su mayor potencialidad política desde la

perspectiva de los/las jóvenes, porque permite entender su carácter autónomo y creativo:

La organización fue de la nada, una organización sin recursos, una organización que se dio de puro conversar, yo pongo esto, tu trae esto otro, nos miramos y dijimos organicémonos, pero no hubo líder que dijo “oye nos vamos a juntar a organizar esto”. No fue así, fue de la nada y la calle se organizó de la nada y la primera línea también surgió defendiendo el cuerpo de las otras personas, poniendo su cuerpo antes que el resto, también fue una organización muy de la nada. (GD, mixto)

Es interesante como los/las jóvenes relevan la radicalidad del acontecimiento planteando que sus experiencias surgen de “la nada”, negando con ello toda relación con aquello que antecede a la revuelta. La nada aquí representa el encuentro vivencial entre pares, entre vecinos, entre iguales, entre quienes ponen el cuerpo por los otros, entre aquellos que no tenían un lugar en el orden social hegemónico y se reconocen como sujetos en la revuelta. Es decir, las jornadas de protestas y las actividades de organización surgidas a partir de ellas, fueron capaces de crear un nuevo campo de lo posible, donde emergen prácticas y subjetividades que no existían como tales antes del propio Acontecimiento.

Para analizar con mayor profundidad la riqueza de esta experiencia debemos pensar la noción de acción política como articulación de nuevas posibilidades. Entender la revuelta social como “insurgencia” puede ser útil para esta tarea (Arditi, 2012). El objetivo de las insurgencias es perturbar el *statu quo*, abriendo nuevas posibilidades de acción a partir de la capacidad de desafiar los imaginarios hegemónicos. Desde esta perspectiva, y tomando prestada la metáfora de Benjamín Arditi, las experiencias de organización de los/las jóvenes a partir de la revuelta de octubre serían algo así como “pasadizos” o “conectores” entre el mundo actual y otro posible de construir, constituyendo modos de poner en acción una promesa de que algo diferente puede venir, en la medida en que lo empezamos a vivir: “Cuando partió el estallido, de forma rápida la gente empezó a organizarse en el territorio, para marchar, hacer cacerolazos, después los cabildos, nadie sabía cómo hacer un cabildo, pero aprendimos, haciendo uno aprendimos y seguimos así, decidiendo qué había que hacer” (GD mixto).

Como ilustra el testimonio anterior, no es posible entender los hechos de octubre como el resultado de la acción de un actor colectivo plenamente constituido. No había un agente único y coherente que fuera anterior a la revuelta. Por el contrario, a partir de ella se articulan múltiples formas de subjetividad que se reconocen y nombran a partir de la experiencia colectiva de actuar juntos. Los/las jóvenes describen esta pluralidad que se manifiesta,

pero sin llegar a converger en una unidad: “En el estallido apareció mucha gente diferente aquí en Valpo, éramos caleta de piños, marchábamos universitarios, los panzers, abuelitas, mujeres con niños, gente que no salía desde no sé cuándo, no sé, incluso la primera línea eran todos diferentes” (E3 hombre). Lo anterior muestra con claridad la dimensión posidentitaria y posideológica de la revuelta social, en tanto experiencia irreductible a categorías convencionales de la política, porque como hemos propuesto en estudios anteriores, los/las jóvenes parecen organizar su experiencia política sobre la base de formas de asociatividad en las cuales se ponen en juego distintos modos de entender el poder y la participación (Sandoval y Carvallo, 2017).

De este modo, la experiencia de la revuelta social no se organiza en torno a un discurso ideológico o identitario; más bien se articula a partir de una dimensión emocional. Durante el llamado estallido social, los/as jóvenes se activan desde el hartazgo, el hastío, la indignación, la rabia, en definitiva, desde un antagonismo con un orden social que ya no resulta soportable, porque “la insurrección nace del reconocimiento de lo intolerable” (Reguillo, 2017: 56). Incluso podríamos decir que en la experiencia de los/las jóvenes lo que estalla con la revuelta social es la acumulación de normalidad: “Siento esperanza que las cosas no van a volver a la normalidad, la normalidad de la cual yo también pertenecía no va a volver, a mí no me gusta esa normalidad, no me gusta ese tipo de estructura que existía y viene existiendo hace años” (E2 mujer). Es decir, la experiencia de la revuelta social sería el rechazo emocional de una normalidad que resulta insoportable y que se traduce en una tendencia de acción que supone antagonismo y oposición.

Lo que estamos proponiendo es que la revuelta social de octubre se articula en torno a un conjunto de emociones colectivas que se disparan a partir de esta sensación acumulada de hastío con la normalidad. Alegría, esperanza y euforia son emociones que describen la atmósfera emocional que los/las jóvenes experimentan ante un acontecimiento vivido como estallido social. Pero los/las jóvenes también reconocen emociones negativas, como la rabia y el miedo, ante la reacción represiva del Estado y las élites durante la revuelta social:

Como que me provocaron dos tipos de emociones, por un lado, lo que hablaba la compañera recién, me daba alegría ver cómo había tanta unión y organización territorial (...) pero, por otro lado, sentía mucha rabia, mucha angustia, porque los militares salieron a la calle de nuevo, porque no solamente salían para asustar sino para matar, para violar. (GD, mixto)

Me empecé a sentir alegre, por un lado, pero sentí mucha rabia por las respuestas que daba el gobierno, que era más y más represión. (E1, mujer)

La experiencia de los/las jóvenes estaría marcada por la “ambivalencia emocional” que surge entre la alegría por la dimensión productiva de la revuelta y la rabia por la repuesta represiva del Estado. Sin embargo, cabe destacar que, si bien ambos estados emocionales en principio son contradictorios, comparten el elemento común que los dos se asocian con tendencias de acción. Es decir, el Acontecimiento genera ambivalencia, pero entre emociones que no paralizan a los/las jóvenes, sino que los activan todavía más. Podríamos proponer como hipótesis preliminar que la ambivalencia emocional que caracteriza la experiencia de los/las jóvenes en la revuelta de octubre se transforma en un elemento articulador de un nuevo “marco de acción colectiva”.

En este punto, me parece relevante destacar el lugar del miedo en la experiencia de los/las jóvenes: “No sé si somos una generación sin miedo, ahí uno ve a los abuelos, a los papás con sus miedos de la dictadura, ese miedo que nos habían impuesto hacia la policía, que nos decían que nosotros no habíamos vivido eso, por lo tanto, correspondía salir a la calle y sentir ese miedo, enfrentarlo” (GD, mixto). Es interesante el lugar que ocupa el miedo en este relato, ubicándose como exterior a la experiencia, como herencia de la generación anterior, pero también como desafío, como acicate para la acción. No se trata de que los/las jóvenes no hayan tenido miedo frente a la represión descomunal de las fuerzas policiales durante la revuelta social, ese miedo estaba presente de diversas maneras en la vida cotidiana de los/las jóvenes. Sin embargo, lo que sostenemos es que ese miedo es experimentado a partir de la ambivalencia entre la alegría y la rabia, es decir, desde la necesidad de enfrentarlo. Esta forma de experimentar el miedo por parte de los/las jóvenes nos parece fundamental para entender la radicalidad de algunas de sus formas de acción durante la revuelta social.

En trabajos anteriores habíamos descrito un discurso generacional común entre los/las jóvenes articulado a partir del significante “sin miedo” (Sandoval y Carvallo, 2019). Nos referíamos a una generación que se concibe a sí misma como diferente a las generaciones que protagonizaron el pasado, porque frente al mundo que les había tocado vivir, no solo sentían la obligación, sino también la oportunidad y la capacidad para transformarlo. Parece evidente que la revuelta social de octubre se constituyó en la oportunidad para cumplir con esa obligación generacional.

Es verdad que desde una perspectiva tradicional de la política la experiencia de los/las jóvenes en octubre de 2019 podría ser calificada de puro voluntarismo. Recordemos que el ciclo de movilizaciones colectivas de la última década en Chile y en el mundo ha sido objeto de este tipo de críticas, calificándolas como reventones que, al carecer de una estrategia de largo plazo, serían fácilmente asimilables por el orden hegemónico. En efecto, esta última revuelta social no respondía a un plan; por el contrario, fue-

ron las acciones que la gente puso en juego a partir de ella las que crearon retroactivamente ese plan, por ejemplo, como un proceso constituyente. Es decir, en las propias acciones que se propusieron interrumpir lo establecido —marchas, asambleas, cabildos—, se empezó a redefinir lo que era posible hacer, proponer y esperar. Esta característica, la de haber emergido como Acontecimiento, contra todo pronóstico, sin partidos, sin dirigentes y sin un plan previamente definido, representa su mayor potencialidad, porque posibilita que el plan de lo que puede venir sea construido a partir de las múltiples articulaciones y agenciamientos que se han producido autónomamente por todos los ámbitos de lo social.

BIBLIOGRAFÍA

- Arditi, B. (2012). “Las insurgencias no tienen un plan, ellas son el plan: performativos políticos y mediadores evanescentes en 2011”. *Debate feminista* 23(42): 146-169.
- Reguillo, R. (2017). *Paisajes Insurrectos. Jóvenes, redes y revueltas en el otoño civilizatorio*. Barcelona: Nuevos emprendimientos Editoriales.
- Sandoval, J. y Carvallo, V. (2017). “Discursos sobre política y democracia de estudiantes universitarios chilenos de distintas organizaciones juveniles”. *Revista Española de Ciencia Política* 43: 137-160.
- . (2019). “Una generación ‘sin miedo’: análisis de discurso de jóvenes protagonistas del movimiento estudiantil chileno”. *Última década* 27(51): 225-257.

HISTORIA DE VIDA MATEO¹

Mi nombre es Mateo, tengo 21 años y vivo en la comuna de Maipú. Soy el menor de mi familia, vivo con mis dos padres, sostenedores del hogar, y con mi hermano mayor también. Actualmente estoy estudiando enfermería, cursando mi cuarto año. Además, entreno distintas áreas corporales relacionadas con el circo, danza y acrobacia.

Cuando comenzaron las protestas, producto de la crisis “estallada” en Chile, recuerdo que estaba enfermo, con fiebre. Entonces mi acercamiento era desde lo que podía informarme por el celular o lo que me contaban mis amigos, pero sentía la necesidad de salir a ver qué era lo que pasaba y ayudar de algún modo. Si bien no pertenezco a ningún partido político, me siento profundamente influido por mi familia, que tiene una tradición de izquierda y, mi conciencia política y social, se la debo a ella.

Me causaba impotencia, incertidumbre y miedo no saber lo que estaba sucediendo, así que llegué con toda la emoción y la euforia a mi primera marcha en la Plaza de Maipú, ocurrió una semana después de que todo “estalló”. Por compañeros y amigos del área de la salud me informé de las cosas que se necesitaban en términos de primeros auxilios. Recuerdo que pensé que podía ayudar desde ahí, porque tenía las herramientas y, pese a que nunca lo había hecho antes, me sentí con la necesidad de aportar.

Cuando empecé a sentirme mejor decidí ir a Plaza Dignidad. Nos íbamos con mi hermano en bicicleta, desde Maipú al centro en unos viajes espectaculares, porque no había nada, solo veías la catarsis en todos lados. Me iba con mi uniforme y una mochila llena de cosas de primeros auxilios y después mi hermano y yo nos separábamos, porque él se iba donde unos amigos y yo me quedaba solo a ver si encontraba a alguien que necesitara ayuda. Era usual encontrarse con otras personas del área de la salud haciendo lo mismo, pero hasta ese momento no había visto nada grave y por eso no me imaginé que después me iba a encontrar a gente tan mal, la gravedad de los casos que iba a atender.

Al principio nunca imaginé que la forma de manifestarme iba a ser prestando atención de salud a los demás. Para mí la forma de participar era ir, manifestarme, gritar lo más fuerte que podía y compartir con toda esa gente reunida, pero como estudiante de enfermería, estando ahí con el uniforme puesto, con las herramientas y los insumos, era mi compromiso ayudar.

¹ Testimonio recogido por Sofía Monsalves.

Con el pasar de los días, porque iba todos los días a la Plaza Dignidad, me fui encontrando con más gente que andaba de “volante”² igual que yo y, si bien me encontraba con amigos y amigas que estaban en grupos, al principio no me quise adherir a ninguno, porque no me acomodaba la forma que tenían de funcionar y prefería no comprometer a nadie en los riesgos que yo tomaba. Esto cambió cuando una amiga me advierte que los pacos se estaban llevando detenidos a muchos funcionarios de la salud cuando andaban solos. Esto me pareció chocante. Entonces decidí incorporarme al “Movimiento Salud en Resistencia”. Este grupo tenía la particularidad que comenzó como una iniciativa puramente estudiantil al alero de la Casa FECH que, en ese contexto, al igual que otros espacios, funcionó como una especie de hospital de campaña y de resguardo para nosotros.

Empezar a salir en forma grupal fue bien distinto, porque uno termina comprendiendo la importancia del grupo y los roles de cada uno. Aunque yo sentía que solo podía hacer muchas cosas, siempre había situaciones que no podía abordar. En grupo, en cambio, eso se podía corregir, se podían abordar situaciones más complejas que necesitaban mayor organización. Se lograba generar toda una red de acompañamiento levantada por estudiantes y jóvenes autoconvocados y profesionales. Me di cuenta de que, a pesar de que no era mejor ni peor que salir solo, desconocía completamente lo que era tener un grupo y toda la asistencia que se requería para atender bien a las personas. Desde la curación de una herida hasta el seguimiento, la asistencia jurídica y psicológica, todo eso que se gestó desde la voluntariedad. Ahí comencé a darme cuenta de que prestar atención en salud era también una forma de manifestarme, porque era una herramienta de apoyo.

Pero eso también se fue transformando y, muchas veces, me movilicé por la rabia. Me daba mucha rabia ver las injusticias y crímenes que se estaban cometiendo de manera sistemática y con todo el apoyo estatal.

Con el pasar de los días, los tratos en la protesta cada vez se hacían más violentos y nos ponían frente a situaciones impensadas. Nos empezamos a enfrentar a nuestra propia fragilidad también. Había momentos en los que pensaba: ¿qué estoy haciendo acá? El gas era irrespirable, no podía ver nada, tenía todas las manos sucias y tenía que tratar de mantener la esterilidad y la calma, y veía a miles de pacos tapados en armaduras, disparando a un tumulto de gente, mientras tratábamos de curar a una persona. Me preguntaba: ¿quién me mandó a meterme a esto? Era algo inexplicable. Era una impotencia generalizada, porque no podíamos entender que esto estuviera sucediendo, avalado por el Estado y por sectores de la población que le bajaban el perfil a lo que sucedía. Algunos incluso eran capaces de negarlo. ¡Y

² Se le dice “volante” a las personas de primeros auxilios que no pertenecen a un grupo, sino que prestan servicios de manera autónoma e individual.

yo había estado ahí! Mientras nos quemaba el agua del guanaco, nos disparaban y nos atacaban.

Cada vez teníamos que salir más equipados: con escudo, casco, canilleras, antiparras con protección antibalines, guantes, etc. Ver ese cambio en nosotros, y también en la gente, me llamaba la atención, pero daba cuenta de lo que estaba sucediendo. Era increíble ver todo el apoyo que nos brindaba la gente, desde los capuchas hasta los grupos más pacíficos. Era cuático pasar por tumultos de gente y que la gente te aplaudiera o te agradeciera lo que estabas haciendo.

Yo estoy muy agradecido de todo eso, del valor que le daban a nuestra pega pero a la vez nos convertía en “personajes” dentro de la manifestación. Todo súper romantizado, lo que nos obligaba a tener una postura intachable y neutra para no perjudicar la imagen del grupo, pero que en el contexto era muy difícil de sostener. Sobre todo con los pacos, porque al hacernos más visibles, hubo un punto en que nos atacaban permanentemente y ya no podías dialogar porque había una clara intención de hacerte daño y quitarte tus implementos de seguridad o insumos médicos.

Me acuerdo que para el Año Nuevo los pacos encerraron a un grupo que estaba con nosotros cruzando la calle. Les rompieron los escudos a punta de patadas y lumazos. Se los llevaron detenidos, quedó solo uno afuera. Ante eso no sabíamos qué hacer, era indignante. Ante tanta violencia por parte de los pacos, a veces te veías en la necesidad de devolver una lacrimógena o de gritar algo, para poder desarrollar tu labor.

Por este tipo de situaciones sufrimos algunas tensiones en el grupo de salud en el que participaba, porque no podíamos ser neutros. Nada era neutro, era nuestra forma política de participar, es por eso que en el último tiempo nos separamos y terminamos funcionando como un grupo anexo a la organización, llamado “Colectivo de Salud Insurgente”.

En el último tiempo, la represión era tan fuerte que no había ningún respeto por la Cruz Roja, ni por el símbolo de primeros auxilios, nos disparaban a menos de cinco metros mientras curábamos a gente. Los escudos nos quedaban abollados, pero ahí decías ¿cómo es posible? Por eso pensaba que, a veces, me hubiese gustado estar más en el contexto de manifestación, porque como integrante del grupo de salud nunca estás donde la gente está haciendo sus muestras artísticas o donde están saltando, gritando o bailando. O sea, en la parte más segura y multitudinaria de la manifestación, si no que tienes que estar donde está todo el conflicto.

Me acuerdo de que llegábamos todos a la Fech, cansados, destruidos, y cada uno se iba por su lado. Me acuerdo de haberme devuelto llorando a la casa, pero llorando porque no entendía nada, no podía entender tanta indolencia, eso era muy fuerte para mí y para todos. Algunos incluso se quebraban en medio de todo este caos, porque era mucha la carga emocional.

Me dolió mucho darme cuenta de que, ante tanta brutalidad, como grupo empezábamos a normalizar ciertas cosas, los mutilados o los asesinados, porque cada vez se hacía más usual. Me pasó que yo no podía normalizarlo del todo, cada muerto, cada herido me destruía emocionalmente. Era muy fuerte atenderlos, conocer su historia y luego pensar: “Esto lo hicieron los pacos”. Si bien como equipo de salud tienes que convivir con la muerte, uno no espera verla así como parte de la acción de agentes del Estado y en condiciones tan precarias y tan tristes.

A pesar de todo, la plaza se seguía llenando, porque los convocaba algo más grande que todo eso. El hecho de darse cuenta de la precariedad y lo violento que es el sistema contra todos, hizo que las personas empezaran a legitimar la lucha antipolicial y antisistema. Y eso, al menos yo, no lo había visto antes en otras manifestaciones.

La crisis social se expresaba todo el tiempo en la manifestación, si le preguntabas a cualquier persona porqué iba a manifestarse, te decían miles de cosas: las AFP, los derechos de agua, el subsidio habitacional, la salud, la educación. En realidad, se manifestaban por todas las precariedades del sistema, que es sumamente violento para la mayoría. Molesta también esa incoherencia entre la imagen para afuera, eso de los “jaguares” de Latinoamérica o el “oasis”, y la crisis inmensa, llena de desigualdad y violencia. Hay que estar muy cegado para no darte cuenta que la crisis venía desde mucho antes. Por eso el futuro no tiene que ver con lo que uno quiera o si siguen o no las manifestaciones, porque claramente esto ha tenido costos para mucha gente, inclusive para mí, el tema es que la crisis está ahí, presente y va a seguir si no hacemos algo. Entiendo que hemos perdido mucho, hay gente que ha perdido su trabajo, pero no es culpa del estallido, es la culpa de todo lo que se ha hecho y nos ha pasado en los últimos 30 años.

No sé lo que va a pasar, si volveremos a las calles o no, aunque no veo otra salida, porque aún no hemos ganado nada.

El Estado nunca se ha hecho cargo de verdad de las demandas sociales y las inequidades existentes, y la pandemia que vivimos actualmente refleja aún más esto, ese abandono y precariedad de la vida. Mientras tanto el gobierno apuesta por defender los intereses de los que están arriba y no tomaron ninguna medida real, solo un show mediático pobre, mientras culpan a la gente por salir para sobrevivir.

Que no venga algo grande es imposible, porque hay una herida gigantesca en este pueblo. Yo siento mucha indignación, mucha rabia y pena. Me costaría mucho quedarme de brazos cruzados una vez que pase todo esto, porque yo lo viví y cada pérdida fue una pérdida enorme y cada abuso que se cometía hacia otra persona también lo sentí en mí. Todavía me pregunto: ¿cómo enfrentarnos a las ausencias de quienes fueron asesinados o a quienes los dejaron sin ver?

2. ENTRE LA RABIA Y LA ESPERANZA

Rodrigo Asún, Karina Rodríguez,
Claudia Zúñiga y Raúl Zamora

Hasta finales del siglo pasado, las investigaciones científicas sobre las protestas sociales no solían incluir en sus análisis las emociones que experimentaban las personas antes, durante, o después de las protestas, ni el impacto de la experiencia emocional sobre las conductas de los manifestantes. Esto, a pesar de que es evidente —al menos para quienes han asistido a alguna manifestación en su vida— que las protestas son actividades altamente emotivas (Bonvillani, 2015).

¿A qué se debía este olvido? Una de las principales razones es que, en los ambientes intelectuales de las ciencias sociales, se consideraba a las emociones como un aspecto irracional, impulsivo o efímero de la conducta humana, con lo cual asociar las protestas a estas características las descalificaba como comportamientos políticos. Por ello, las investigaciones que buscaban comprender los movimientos sociales hacían énfasis en el contenido racional, ideológico y transformador de la participación en protestas (La Macchia y Winnifred, 2016).

Esta situación comenzó a cambiar con la publicación de numerosas investigaciones —principalmente etnográficas y cualitativas, muchas de las cuales fueron realizadas en América Latina (Asún, Zúñiga, Acosta y Fernández, en prensa)— que profundizaban en los factores que motivan a las personas a participar en protestas. Estos estudios comenzaron a mostrar consistentemente que las emociones, y la intensidad con la que se sienten, son relevantes para entender por qué ocurren distintos tipos de protestas y por qué se mantienen en el tiempo (Poma y Gravante, 2017). Toda esta evidencia generó un importante cambio en la investigación de movimientos sociales. Tanto es así, que el estudio de las *emociones en protestas* hoy en día es un campo de investigación creciente (Jasper, 2011), que motiva el desarrollo de múltiples estudios en las distintas áreas de las ciencias sociales.

La investigación (especialmente etnográfica y cualitativa) ha demostrado que las personas experimentan múltiples emociones al protestar y que el conjunto de todas ellas influye en sus conductas (Van Troost, Van Stekelenburg y Klandermans, 2013). Sin embargo, en la investigación cuantitativa la tendencia general ha sido estudiar un número reducido de emociones, poniendo énfasis en *emociones displacenteras* (Reisenzein, 1994), como la rabia, el desprecio o la indignación (Van Stekelenburg, Klandermans y Van Dijk, 2011). Sin duda, esto ha permitido hacer importantes descubrimientos, pero ha tenido algunos costos. Por ejemplo, se ha tendido a olvidar que las

personas experimentan múltiples emociones o constelaciones emocionales cuando participan en protestas, y que a la base de la participación en protestas también podrían existir *emociones placenteras* (Reisenzein, 1994), como la esperanza, la alegría o el orgullo. Por otro lado, se ha sostenido que el impacto emocional de la participación en protestas es tan intenso que crea o modifica la identidad de los participantes. Esto significa que la forma en que las personas se ven a sí mismas (como individuos o como grupo), cambia debido a las emociones que experimentan y de esa manera cambia también su manera de entender el mundo y empodera a las personas (Drury y Reicher, 2009).

Nuestra hipótesis es que las emociones juegan un rol crucial en la participación en protestas y que las movilizaciones sociales ocurridas en Chile en los últimos años no han sido la excepción. Ejemplo de ello son los relatos de quienes participaron en el estallido social de octubre de 2019; historias que hablan del compromiso de las personas con el movimiento usando narrativas altamente cargadas emocionalmente y que muestran que participar y observar las manifestaciones les generó nuevas emociones (Mac-Clure, Barozet, Conejeros y Jordana, 2020). Considerando esto, creemos que las emociones displacenteras juegan un rol antes de que ocurran las protestas, generando la energía motivacional necesaria para que las personas acudan a las manifestaciones y se comprometan a movilizar a su entorno cercano, puesto que se ha demostrado que protestar es un fenómeno colectivo: es mucho más fácil acudir a una protesta acompañado que en solitario (Passy y Giugni, 2001). Sin embargo, durante las protestas las personas experimentan emociones placenteras que podrían inducir una sensación positiva hacia sí mismo, hacia el grupo social que participa en las protestas, y hacia el futuro. El efecto de todo esto será empoderar a quienes se manifiestan y generar la energía emocional que permita a las personas mantenerse movilizadas para futuras protestas, pues ellas terminan asociando la conducta de protesta con estas *emociones placenteras*.

Las emociones y la participación en protestas estudiantiles en Chile

Debido a la importancia de las emociones en la participación en protestas y a la falta de estudios que profundicen en el efecto que tienen múltiples emociones placenteras y displacenteras en la participación, desde hace algunos años venimos realizando una serie de investigaciones sobre el efecto de las emociones en la participación en el movimiento estudiantil chileno. Este movimiento es, sin duda, uno de los más duraderos que ha experimentado el país y está a la base del estallido social, que surge como parte de las movilizaciones de estudiantes secundarios por el alza tarifaria del transporte público y, rápidamente, sobrepasa las fronteras del movimiento estudiantil para

transformarse en un movimiento ciudadano. Por estas razones, creemos que el estudio de las emociones en la participación de estudiantes provee de importantes pistas sobre los procesos emocionales que experimentaron quienes participaron en el estallido social chileno de octubre de 2019 y nos permite comprender la fuerza y dirección que tomó este proceso.

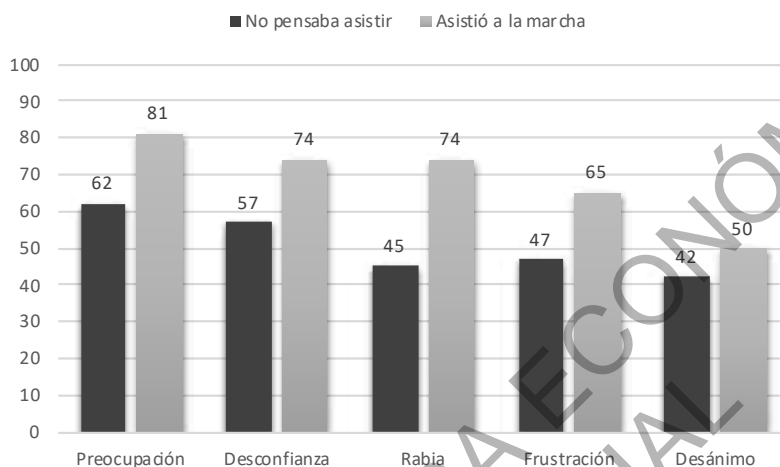
Para entender el complejo proceso emocional que experimentan los y las jóvenes antes y durante la participación en protestas, aplicamos una encuesta a 613 estudiantes de pregrado de la Universidad de Chile provenientes de distintas carreras. La encuesta se realizó antes y después de tres marchas de protesta ocurridas en distintos momentos en 2018, conformando así un estudio de carácter longitudinal. Esto, con el fin de investigar de manera más precisa el rol motivador de la conducta que juegan las emociones antes de las protestas, así como también conocer las emociones que se experimentan durante la manifestación.

Preguntamos a cada uno de los y las jóvenes encuestados por la intensidad con la cual experimentó un conjunto de 18 emociones diferentes, antes y durante las protestas. Como las emociones no se sienten en el vacío, sino que muchas veces son generadas o dirigidas hacia algo, para medir las emociones antes de las protestas, preguntamos a los y las jóvenes por las emociones que les generaba el estado actual del sistema educativo y, para el caso de las emociones durante las protestas, preguntamos por las emociones experimentadas durante la marcha. En ambos casos, las emociones medidas fueron: rabia, desconfianza, preocupación, desprecio, odio, miedo, culpa, vergüenza, alivio, esperanza, desánimo, tristeza, frustración, felicidad, orgullo, entusiasmo, tranquilidad y envidia. La intensidad con la cual fue experimentada cada emoción fue transformada en una escala de 0 a 100, para facilitar la interpretación y comparabilidad de los resultados obtenidos. Los resultados muestran que la intensidad con que fue sentida cada emoción fue muy variable según el momento. En otras palabras, la importancia relativa de las emociones antes de la participación no es la misma que durante la manifestación, cuestión que abordaremos considerando las cinco emociones más importantes en cada fase.

Las emociones antes de la participación

Las cinco emociones que se experimentan de manera más intensa antes de la participación son la preocupación, desconfianza, rabia, frustración y desánimo. Estas emociones se experimentan con gran intensidad entre quienes asistieron finalmente a la marcha (las tres primeras alcanzaron entre 74 y 81 puntos en ese grupo), pero con mucho menos intensidad entre quienes no pensaban asistir (gráfico 1).

GRÁFICO 1. *Intensidad promedio de las emociones antes de la movilización según asistencia*



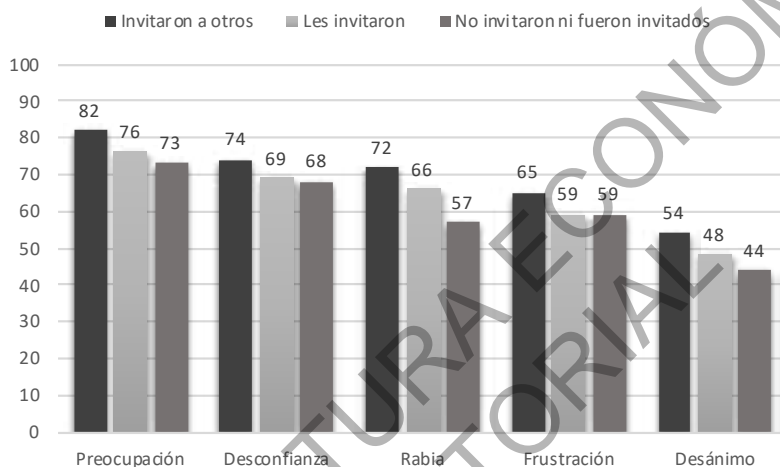
FUENTE: elaboración propia.

Es importante notar que las cuatro primeras emociones (preocupación, desconfianza, rabia y frustración) son emociones *movilizadoras*, es decir, tienden a generar comportamientos activos (Ross y Mirowsky, 2008), a diferencia del desánimo, que es una emoción *desmovilizadora*. También es interesante señalar que esas cinco emociones son todas displacenteras. De hecho, la primera emoción placentera que aparece en el recuento es la “esperanza”, que se sitúa en el noveno lugar de importancia y es experimentada con un nivel de intensidad promedio de 47.7 puntos entre quienes asistieron a la marcha y 34.9 entre quienes no pensaban asistir. Todo esto permite concluir que efectivamente la preocupación, la desconfianza, la rabia, la frustración y el desánimo son emociones que potencian la generación de protestas y motivan a los y las jóvenes a participar en ellas.

Al separar la muestra de acuerdo a si los y las jóvenes invitaron o fueron invitadas a participar en la manifestación, se puede apreciar que las emociones displacenteras no solo motivan la asistencia a protestas sino también a intentar movilizar a otros o a estar disponible para ser invitado por otros. En el gráfico 2 se aprecia que quienes invitaron a otros o se dejaron invitar, fueron quienes sintieron de manera más intensa las emociones de preocupación, desconfianza, rabia, frustración y desprecio. Es interesante notar que, en comparación con el gráfico anterior, en este análisis el

desánimo es desplazado por el desprecio, emoción que se asocia al desarrollo de conductas de protesta altamente activas e incluso violentas (Tausch et al., 2011).

GRÁFICO 2. *Intensidad promedio de las emociones antes de la movilización según invitación*



FUENTE: elaboración propia.

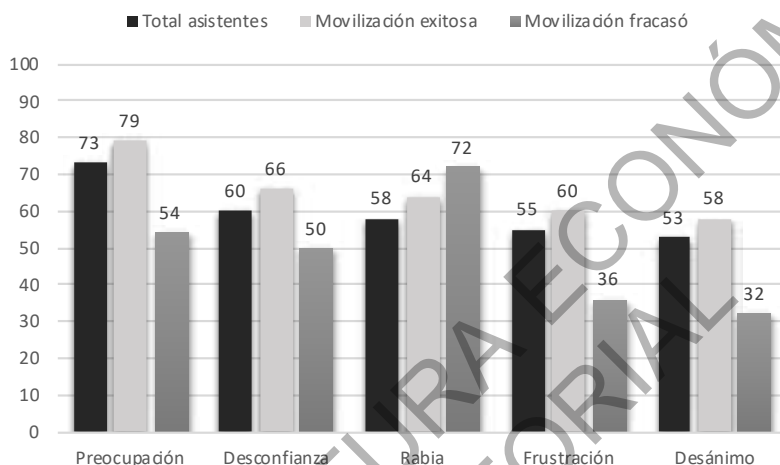
Las emociones durante la participación

De los y las 613 jóvenes que participaron de esta investigación, el 34% asistió a las marchas convocadas ($n = 211$). Las emociones que estos jóvenes experimentaron durante la manifestación fueron casi totalmente distintas a las que se experimentaban antes de la manifestación. En efecto, entre quienes asisten a protestas, las emociones que se sienten con mayor intensidad son el entusiasmo, orgullo, rabia, felicidad y esperanza (gráfico 3). Es importante notar que, a diferencia de las emociones experimentadas antes de la manifestación, estas son mayoritariamente placenteras, salvo en el caso de la rabia, y están asociadas a construir una buena imagen de futuro, de sí mismos y de los otros participantes.

A su vez, estas emociones se experimentan de manera más intensa entre quienes evaluaron las protestas como un éxito, que entre quienes las evaluaron como un fracaso. Esto se confirma cuando vemos que la única emoción displacentera que aparece en esta lista es la rabia, que fue sentida

más claramente por quienes evaluaron las protestas como un fracaso, que por quienes las evaluaron como un éxito.

GRÁFICO 3. *Intensidad promedio de las emociones antes de la movilización según evaluación*



FUENTE: elaboración propia.

Estos resultados permiten comprender cómo funcionan los mecanismos emocionales que infunden energías a la participación en protestas sociales y demuestran que las emociones son un importante sustento motivacional, tanto para la participación inicial en protestas como para la mantención de esa conducta en el tiempo, cuestión que se logra sobre todo al sentir que se está protestando con otros y se es capaz de transformar la rabia, la preocupación y la frustración, en entusiasmo, orgullo y esperanza. En otras palabras, para encender una protesta se requiere rabia, pero para mantenerla encendida se debe transformar esa rabia en esperanza.

BIBLIOGRAFÍA

Asún R., Zúñiga, C. Acosta, A. y Fernández, R. (en prensa). "Emotions and Protests: Contributions to Political Psychology from Latin American Research". En C. Zúñiga y W. López, *Political Psychology in Latin America*. Washington: Psychological American Association.

- Bonvillani, A. (2015). "Habitar la marcha: notas etnográficas sobre una experiencia de protesta juvenil". *Universitas Psychologica* 14(5): 1599-1612.
- Drury, J., Stott, C., Ball, R., Reicher, S., Neville, F., Bell, L. et al. (2020). "A Social Identity Model of Riot Diffusion: From Injustice to Empowerment in the 2011 London Riots". *European Journal of Social Psychology* 50(3): 646-661.
- Jasper, J. M. (2011). "Emotions and Social Movements: Twenty Years of Theory And Research". *Annual Review of Sociology* 37: 285-303.
- La Macchia, S. T. y Winnifred R. L. (2016). "Crowd Behaviour and Collective Action". En S. McKeown, R. Haji, y N. Ferguson (eds.) *Understanding peace and conflict through social identity theory: Contemporary and world-wide perspectives*. Nueva York: Springer, 89-104.
- Mac-Clure, Ó., Barozet, E. Conejeros, J y Jordana, C. (2020). "Escuchando a los chilenos en medio del estallido: liberación emocional, reflexividad y el regreso de la palabra 'pueblo'". *Ciper*. Recuperado de: <https://ciperchile.cl/2020/03/02/escuchando-a-los-chilenos-en-medio-del-estallido-liberacion-emocional-reflexividad-y-el-regreso-de-la-palabra-pueblo/>
- Passy, F. y Giugni, M. (2001). "Social Networks and Individual Preferences: Explaining Differential Participation in Social Movements". *Sociological Forum* 16(1): 123-153.
- Poma, A., y Gravante, T. (2017). "Emociones, protesta y acción colectiva: estado del arte y avances". *Aposta* 74: 32-72.
- Reisenzein, R. (1994). "Pleasure-arousal Theory and the Intensity of Emotions". *Journal of personality and social psychology* 67(3): 525-539.
- Ross, C. E., y Mirowsky, J. (2008). "Age and the Balance of Emotions". *Social Science & Medicine* 66(12): 2391-2400.
- Tausch, N., Becker, J., Spears, R., Christ, O., Saab, R., Singh, P., y Siddiqui, R. N. (2011). "Explaining Radical Group Behaviour: Developing Emotion and Efficacy Routes to Normative and Non-Normative Collective Action". *Journal of Personality and Social Psychology* 101: 129-148.
- Van Stekelenburg, J., Klandermans, B. y Van Dijk W. W. (2011). "Combining Motivations and Emotion: The motivational Dynamics of Protest Participation". *Revista de Psicología Social* 26(1): 91-104.
- Van Troost, D., Van Stekelenburg, J., y Klandermans, B. (2013). "Emotions of Protest". En N. Demertzis (ed.) *Emotions in Politics: The Affect Dimension in Political Tension*. Nueva York: Springer, 186-203.

HISTORIA DE VIDA ANTONIA³

Nací en un pueblo del norte de Chile, chiquitito y muy pobre. Mi mamá y papá siendo adolescentes tuvieron que migrar a Santiago para seguir desarrollándose, en aquel pueblo las posibilidades de vida son reducidas y precarias. Así que crecí en la capital, en Ñuñoa.

Estuve en un colegio municipal toda la enseñanza básica, viví sus precariedades y falencias. Después fui a un colegio privado que tenía un proyecto educativo inclusivo respecto de estudiantes con ciertos “déficit”, donde mi aprendizaje iba de la mano con el de chiquill@s que tenían que aprender el currículum educativo con mayor dedicación y sobre la base de otras metodologías. Luego me fui a un liceo privado experimental, que enfatiza la autonomía y desarrollo de sus estudiantes en áreas que no profundiza la educación chilena; quienes estuvimos ahí nos formamos con el campo abierto para desarrollarnos en el ámbito que quisiéramos. Evidentemente, esas dos últimas experiencias educativas alternativas (poder optar por la educación privada de Chile) son la máxima expresión de privilegio. Creo que por haber pasado por distintas experiencias educativas, empecé a necesitar involucrarme con la organización.

Con mis compañer@s en el liceo comenzamos a experimentar lo que era hacer política siendo secundari@s, lo cual para mí es una característica del trabajo social/político súper importante, porque creo que l@s secundari@s en los movimientos sociales, al menos de Chile, siempre han sido los que han permitido sacar a la luz o agilizar un poquito los procesos en términos de movilización. Me comprometí con aquella labor, yo diría que en tercero medio de manera constante y mi vida dio un giro.

En cuarto medio tuve la posibilidad de participar haciendo un “Protocolo contra la violencia de género”, ante el acoso sexual específicamente, que fue el primer protocolo hecho por estudiantes de Chile para un establecimiento educativo. A raíz de eso nos dedicamos a llevar esa experiencia a otros espacios educativos y organizaciones comunitarias.

De la mano con esto me hice parte de la ACES, y de una organización política que me formó y entregó muchísimas herramientas. Era secundaria con gente que tenía también muchas experiencias en el cuerpo, por lo tanto, puedo decir que me nutrí demasiado acerca del compromiso con el trabajo

³ Testimonio recogido por Claudia Castilla.

en las comunidades. Estuve en los equipos que trabajaban el área de género, logística callejera e investigación de situaciones sobre violencia de género de ambos espacios. Después de salir del colegio no entré a la universidad, al año siguiente hice preuniversitario, continué participando de la misma manera en mi organización, además de aportar al traspaso de experiencia en la ACES, y constantemente hacer foros (de género mayoritariamente) en Liceos, universidades y espacios comunitarios. También participé de profesora en un taller de español a haitian@s. Todas estas experiencias contribuyeron a mantener la idea de entrar a la universidad en pausa, y comenzar a enfocarme en el trabajo territorial.

Cuando ocurre el estallido social yo estaba organizándome en un espacio que existe en Villa Frei, en Ñuñoa. Estaba acompañando al Club Deportivo y de Artes Urbanas que se organiza y acciona allí, para crear un protocolo de género en aquel espacio. Es en la cancha del Club Deportivo donde empieza a confluír la gente que tenía intenciones de activarse en función de lo que estaba ocurriendo y al ser un territorio protegido por su localización, la condición económica de los vecinos y el capital cultural “progre” que caracteriza a la comuna, el amedrentamiento por parte de las instituciones estatales no interviene al mismo nivel ni con las intenciones que tienen en territorios periféricos y pobres. Por lo tanto, la olla común, los talleres formativos e informativos, la creación y exposición de propaganda, y las manifestaciones en la esquina de Irarrázaval con Villa Frei, se tornaron diarias y abiertas a quien fuese que quisiese participar.

La oportunidad de vivir la organización bajo la convicción de querer cambiarlo todo desde el amor, volvió indispensable para mí la opción de que este estallido ocurriera en algún momento de la historia. En ese sentido, antes de que estallara Chile, personalmente ya sentía la motivación por lograr la emancipación colectiva, la organización de nuestras comunidades, la construcción de la forma que nos permite a tod@s vivir. Me llena de felicidad saber que ahora nos estamos abriendo a mirar para el lado, apoyarnos en el del lado y avanzar a la estabilidad colectiva sobre la base del cariño y la solidaridad.

Durante el estallido yo me movía entre la Villa Frei y Plaza de la Dignidad. En el primer mes, que fue el más duro, era moverse todo el día en bicicleta y hacerse parte de distintas manifestaciones y participar hasta la madrugada en las actividades en Ñuñoa. En un momento la efervescencia de las manifestaciones en el centro de Santiago, empezó a darse en la mayoría de los territorios, así que del segundo mes en adelante me mantuve en Villa Frei.

Mientras transcurría el tiempo, las fuerzas represoras empezaron a marcar presencia. El territorio estaba haciéndose visible, hubo amedrentamiento psicológico, además del infaltable enfrentamiento para que acabasen las manifestaciones que nos concernían.

También levantamos manifestaciones en conjunto a territorios organizados aledaños al nuestro. Pasacalles que iniciaban en el punto de encuentro de cada barrio recorrían sus calles y luego nos encontrábamos tod@s en Grecia con Ramón Cruz.

En todo ese proceso fue indudable la pauta que marcó el feminismo en cuanto a la necesidad de enlazar la lucha contra el capitalismo con la lucha antipatriarcal. Personalmente creo que son luchas que van de la mano, son dos sistemas que se potencian, por lo tanto, es urgente atacarlos a ambos. La intervención del colectivo Las Tesis impulsó asertivamente a la recaracterización de la lucha y le dio un nuevo impulso al movimiento.

Yo creo que el proceso de sensibilización, emancipación y reconstrucción de nuestra sociedad que inició el estallido, ahora por el coronavirus, ha continuado su camino de forma totalmente contraria a lo que nos habíamos acostumbrado. Pasamos de tener una vida con mucho movimiento, mucho flujo de personas, a enfrentar nuestros demonios personales y colectivos desde el encierro y la soledad. Y creo que no fueron experiencias que se toparon al azar. El coronavirus —desde la realidad que sea que la estemos enfrentando— nos ha permitido también poner en práctica todo lo que descubrimos, reafirmamos, aprendimos durante el período de movilización; este contexto nos ha hecho seguir observando y definiendo con los sentimientos a flor de piel, quiénes o cómo queremos seguir siendo de ahora en adelante.

Claro está que queda mucho por trabajar, mucho que autocuestionar, y creo que aún nos falta ser capaces de hacerlo sin la necesidad del shock. Pero son innegables los pasos extremadamente rápidos que hemos dado. El futuro está en nuestras manos, definitivamente l@s únic@s que tenemos que tomarnos en serio esto somos nosotr@s, tod@s los que a diario disponen su cuerpo y energía a hacer que este país ande, y l@s únic@s encargad@s de trazar el camino que queremos transitar. Ni la institucionalidad ni la academia serán jamás capaces de asegurarnos un futuro lejos de la opresión.

3. “UNIDOS SOMOS CRUOS”: CONSIGNAS JUVENILES EN EL LEVANTAMIENTO POPULAR EN MAGALLANES

Margarita Makuc y Walter Molina

Las consignas juveniles en el contexto del levantamiento popular⁴ del 18 de octubre del año 2019 en Chile, nos remiten a una serie de temáticas relevantes para quienes participaron activamente de este movimiento. La lectura de ellas da cuenta de un lenguaje juvenil acuñado en tiempos de movilización social que expresa emociones/reacciones, como el malestar hacia diversas realidades y demandas ciudadanas multidimensionales: *Fin al lucro en La educación/ Nuestros sueños NO les pertenecen*. Estas consignas cuestionan la realidad tanto en sus dimensiones globales como locales: *Chile no son 7 familias, somos todos*. Esta articulación entre lo nacional y lo local se refleja en las juventudes de Magallanes, cuyos elementos identitarios se expresan en los textos que producen para darse a conocer. La consigna del título de este texto “*unidos somos cruos*”, no sólo alude a una expresión coloquial en Magallanes sino que además muestra la capacidad de los jóvenes de reformular incluso las más tradicionales consignas políticas. Estas resignificaciones al calor de la protesta nos conectan con el joven magallánico y nos da cuenta de características idiosincráticas propias del modo de habitar y de “comunicar” la rebeldía y el malestar en un territorio ubicado en una zona extrema del país y con rasgos identitarios fuertes y bien definidos.

Nuestro interés por mostrar las consignas que acompañaron las principales movilizaciones ciudadanas posteriores al 18 de octubre en la zona se centra en la necesidad de visualizar sus singularidades, la pluralidad de actores ciudadanos involucrados, la transversalidad etaria y, también, el evidente protagonismo de los jóvenes magallánicos. Particularmente se destacan los estudiantes secundarios, que lideraron algunas movilizaciones en los primeros días del levantamiento popular. Un ejemplo es *la marcha de los lápices caídos*, que marcó la tercera jornada del estallido social en Punta Arenas.

La relevancia de los hechos ocurridos en la primera semana de movilizaciones nos motivó a seleccionar 32 consignas extraídas de fotografías que muestran a jóvenes portando carteles o pancartas, y que quedaron

⁴ “Que el gobierno haya priorizado el orden público por sobre las demandas sociales parece tener un objetivo claro: someter al levantamiento popular y prevenir futuros brotes de descontento social. Sostengo que lo que ha ocurrido en Chile no es un estallido social —un fenómeno cuasi natural de ruptura sin agencia o dirección— sino que un levantamiento en contra del modelo neoliberal, que comenzó con la acción colectiva de desobediencia civil de los estudiantes en el Metro y hoy continúa con las miles de personas que arriesgan su integridad física para ejercer su derecho a la protesta” (Vergara, 2019: 1).

registrados en la prensa escrita regional, libros digitales (Cheuquelaf, 2020) y portales electrónicos, en las marchas ciudadanas que en algunos casos coincidían con manifestaciones sectoriales de diversos gremios.

La racionalidad colectiva que se manifiesta después del 18 de octubre en múltiples y diversas expresiones de resistencia se manifiesta en una serie de voces que de manera expansiva y libre se expresan en las calles, contravieniendo un discurso hegemónico instalado por el poder político en la sociedad entera. No obstante ello, surge una explosión de voces contenidas, de cuestionamientos, de crítica, de malestar, de resistencias y de sueños. Estas múltiples voces que se expresaron en las consignas las agrupamos en cinco grandes temáticas:

- a) Cuestionamiento al sistema (ausencia de derechos políticos, económicos, jurídicos) y abusos hacia la ciudadanía: No + Abusos, No + AFP, Mejores Pensiones, Mi deuda del CAE⁵ es más Grande que mis Ganas de Tomar; No + CAE, No + Aumento de la Luz, No + Aumento de la Bencina, T'mal pelado' el chanco, Erradicar la pobreza no es un acto de caridad sino de justicia, No ha pensado en hacer carrera política?; la verdad es que tengo espíritu de vago pero no me da para tanto; El gobierno no puede combatir la corrupción porque la corrupción es el gobierno y El gobierno miente mejor que mi ex).
- b) Malestar social regionalista: ("No al modelo neoliberal. Fuera Salmoneras", Piñera S.A.: "Aksárr-op Kuteké Lul-Ap" ("ladrones y mentirosos"). Consigna escrita en idioma Kawésqar. Se observan referencias concretas a situaciones de injusticia y de desigualdades sociales y educativas que junto con tener expresiones globales o nacionales, a su vez es vivenciada cotidianamente por los diversos actores sociales de la región, entre ellos las y los estudiantes universitarios y secundarios y sus respectivas familias: "5 años estudiando, 25 años pagando".
- c) Despertar o resistir ciudadano: (Chile despertó, Magallanes despertó, El pueblo Despertó, El pueblo Unido Jamás será vencido, unidos somos crudo, Quienes no se mueven no notan sus cadenas, Mientras haya profesores de pie... No habrá pueblos de rodillas.
- d) Represión policial: Menos PACOS MÁS TravesTis; me dispara MI MAMÁ deja la cagá. Les aviso es Brígida; No + Ciegos. Yo ya lo soy (Persona ciega porta un Cartel); "Regalé mis ojos" para que la gente despierte "Gustavo Gatica" estás en mi corazón y mis oraciones (una mujer adulta mayor muestra un pedazo de tela bordada con esta frase, registro fotográfico Cheuquelaf, 2020).

⁵ Crédito con aval del Estado. Es un crédito bancario para los estudiantes creado por el Estado para pagar los costos de la educación universitaria en Chile.

- e) Anhelos, sueños, exigencias, dignidad humana: Que la dignidad se haga costumbre; Más Dignidad al ARÉA 21 (con dibujo de “alienígena”); Quiero vivir en paz; Renuncia Piñera; No más ABUSOS; “Los Patipelaos” tenemos el Poder.



CRÉDITO: Rafael Cheuquela, Punta Arenas, noviembre de 2019.



CRÉDITO: La Prensa Austral, Punta Arenas, octubre de 2019.

Estas consignas cumplen una función comunicacional, social y política. Sin embargo, en ellas destaca la necesidad de provocar cambios en el lector; es un llamado de atención lo que en una dimensión pragmática del lenguaje nos conecta con lo que se ha considerado la función esencial del lenguaje: “provocar cambios en los interlocutores y en consecuencia transformar la realidad”. Este componente pragmático constituye un aspecto central y nos permite identificar emociones, motivaciones, actitudes, valoraciones de quienes escriben estas consignas, a quién va dirigido, con qué finalidad (explícita o implícita). Esta exhortación a la sociedad, al poder político, tiene un componente valórico: Que la dignidad se haga costumbre, Quiero vivir en Paz, Justicia, esta exhortación apunta también a una exigencia hacia las autoridades de poner fin a la represión: No más ciegos, No más abusos. La comunidad magallánica fue espectadora de la fuerza ciudadana y la explicitación de voluntad de transformación profunda en sus diversas estructuras de poder.

Esta diversidad de significados presentes en los carteles, que a su vez son de distintos soportes materiales (cartones reutilizados, pliegos de cartulina, trozos de telas, entre otras materialidades), permite reconocer temas (conocidos o nuevos), resignificados y reelaborados en el lenguaje de l@s jóvenes que habitan en las distintas comunas y provincias la región de Magallanes y la Antártica Chilena.

Un primer aspecto que caracteriza a las consignas es que estas se insertan en una comunidad de habla que presenta ciertas particularidades: contexto de aislamiento como hecho geográfico y diversidad socio-cultural y variedades léxicas y sintácticas. Encontramos un primer tipo de consignas que plasman esta diversidad cultural, económica, política y social:

- Unidos somos cruos.
- Ta mal pelado el chanco.
- Si me dispara MI MAMÁ deja la cagá. Les aviso es brígida!
- Más Dignidad al ARÉA 21 + dibujo de “alienígena.
- Opresión por miedo a la “Comunicación” es tu perdición.



CRÉDITO: *La Prensa Austral*, Punta Arenas, octubre de 2019.

En estas consignas observamos expresiones coloquiales y humorísticas, adjetivos que son parte de un léxico compartido en la región. Del mismo modo, se verifica el uso reiterado de dichos y refranes populares, algunos de origen campesino (Ta mal pelao el chanco), expresiones humorísticas (El gobierno miente mejor que mi ex) y referencias a situaciones cotidianas de la experiencia local de los estudiantes secundarios (la Opresión por miedo a la “comunicación” —nota o aviso enviada por los inspectores de liceos a los padres o apoderados de los estudiantes).

Desde nuestra perspectiva, las consignas refieren a un “malestar social regionalista”, que se estructura en torno a dos elementos significativos. Por una parte, estas aluden a una percepción explícita de ausencia de derechos sociales para los residentes en una región extremadamente aislada del centro político y económico del país. Por otra, denuncian la ausencia de una política ambiental y energética protectora de los recursos naturales regionales. Lo anterior, se observa particularmente, en el caso de consignas enunciadas y “portadas” por manifestantes en las localidades más extremas de la región, en las comunas de Porvenir (isla de Tierra del Fuego), Cabo de Hornos (ex

Puerto Williams, ubicada en la isla de Navarino) y Natales. En estas localidades se ha observado un fuerte reclamo regionalista lo cual se manifiesta en exigencias y demandas de sueldo mínimo diferenciado, subsidios especiales para acceder a salud, educación y vivienda, entre otras demandas. Estas exigencias se fundamentan en las condiciones geopolíticas del territorio, por lo que se considera relevante que sean procesadas institucionalmente, en el marco del diseño de políticas públicas de carácter regional para, así, profundizar los procesos de descentralización administrativa que permitan abrir espacios de participación en la toma de decisiones locales. Hay también un grupo de consignas que remiten a ciertas realidades específicas de Magallanes, y que se conectan con demandas ciudadanas de más larga data, como la movilización ciudadana contra el alza de la tarifa del gas natural domiciliario que se desencadenó el año 2011 y tuvo profundas implicancias en el posicionamiento de los actores ciudadanos y políticos regionales en futuras movilizaciones. Otro tema importante se relaciona con demandas socio-ambientales, vinculadas al cultivo de salmónes en el Canal Beagle y otras zonas de la región, y que han generado resistencia especialmente en las comunidades de pueblos originarios residentes en esos territorios (los kawésqar en Puerto Edén y los yaganes en Cabo de Hornos).

Un segundo tipo de consignas se inscriben en la tradición de los discursos reivindicativos, de lucha social y política en el mundo, especialmente en el contexto latinoamericano:

- El pueblo Unido Jamás será vencido (Sergio Ortega integrante del grupo musical Quilapayún).
- Cuando la tiranía es ley la revolución es orden (Pedro Albizú Campos).
- Mientras haya profesores de pie... No habrá pueblos de rodillas (José Martí).
- Quienes no se mueven no notan sus cadenas (Rosa Luxemburgo).

En estos textos es posible identificar elementos de intertextualidad en su construcción, de tal modo que las consignas nos remiten a otros textos, a otros contextos de enunciación, sin por ello perder los significados acuñados en su momento histórico. En estas consignas se observa la presencia de discursos históricos que adquieren vigencia en el contexto de movilización masiva, temas como la rebeldía, la opresión, el espíritu de unidad, la dignidad, subyacen en cada una de estas pancartas que acompañaron el movimiento social iniciado en octubre.

Un tercer tipo de texto se observa en la siguiente pancarta: “Google [Democracia Chilena] Quizá quiso decir, Lucro, Empresas, Corrupción”. Aquí la intertextualidad corresponde a una forma lingüística propia de los buscadores digitales, recreando con ello una situación comunicativa de búsqueda de

información electrónica donde el usuario recibe una respuesta automática: “Quizás quiso decir”. Mediante el lenguaje de las redes sociales, el productor del texto desea mostrarnos una realidad, de tal modo que la aseveración “democracia chilena=lucro, empresas, corrupción”, es intermediada por el lenguaje de uno de los buscadores más utilizados en la web. La inclusión del lenguaje de las redes sociales y sus diversos formatos en las consignas y pancartas nos revela una ruptura con las anteriores formas tradicionales de consignas, en tanto estas nuevas formas reproducen formatos digitales con los cuales los jóvenes estarían más familiarizados, en otras palabras la experiencia comunicacional se reproduce en la consigna (analogía), pues nos remite a la búsqueda de información en la web, esto evidencia una actualización de la demanda, vemos un espacio de comunicación virtual llevado a la calle, no solo un texto, sino una “experiencia”, ello evidencia una diferencia sustantiva entre la consigna “tradicional”, centrada en el contenido y la consigna “nueva” que transmite una experiencia comunicativa compartida y así el mensaje “denuncia de la corrupción” adquiere una realidad en sí misma (lo dice el buscador), la intención del autor es ironizar sobre el estado actual de la democracia. En otras palabras en este tipo de afiches el sujeto elabora el mensaje y el formato, a diferencia de las consignas históricas que han sido traspasadas de una generación a otra.

Esta diversidad temática y explosión de voces de rebeldía en las más diversas formas a nivel local y nacional nos impone la necesidad de integrarlas en la historia de los discursos de los movimientos sociales, asimismo exige a los representantes sociales y políticos leer con gran detención lo que puede considerarse un tema transversal en las consignas tanto en el nivel implícito como explícito: la dignidad. La exigencia de dignidad es el hilo conductor de estas manifestaciones escritas que “opera como significante vacío y flotante, pero suficientemente determinante como indicar el sentido de justicia” (Ramis, 2020).

En definitiva, la relevancia de registrar y sistematizar estos tópicos identificados en las consignas, nos permite interpretar el momento histórico que vivimos en un entorno de emociones encontradas, donde el cuestionamiento al sistema en general hasta el malestar social regionalista, pasando por los anhelos y sueños de las comunidades, definen un sendero por donde deberá avanzar el Estado —un hito en este recorrido sin duda lo definirá el proceso constituyente— que la acción ciudadana empujó desde las calles en aras de alcanzar mayores niveles de igualdad, de participación y de descentralización, mitigando así las deudas expresadas en la movilización de octubre.

BIBLIOGRAFÍA

- Cheuquela, R. (2020). *Al sur del estallido. Imágenes de la protesta social en Punta Arenas (2019-2020)*. Disponible en https://issuu.com/rafaelcheuquela/fb/docs/al_sur_del_estallido_0dde3c77a84171
- Ramis, A. (2020). "Develar el acontecer. ¿Cómo pensar críticamente el 18 de octubre y sus efectos?". En 18-O *Una radiografía desde la Academia*. Santiago: Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Vergara, C. (2019). "Sobre la ley anti-encapuchados y otras adaptaciones legales fascistas. Recuperado el 9 enero 2020". *Ciper*, recuperado desde: <https://ciperchile.cl/2019/12/26/sobre-la-ley-anti-encapuchados-y-otras-adaptaciones-legales-fascistas>

Referencias y fuentes electrónicas

- FEM Patagonia*. Es una revista que circula semanalmente (viernes) junto a *La Prensa Austral* de Punta Arenas.
<https://laprensaaustral.cl/cronica/el-estallido-social-que-tambien-remecio-a-magallanes>
- https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/manifestaciones/los-carteles-que-se-lucieron-en-la-manifestacion-en-punta-arenas/2019-10-25/102622.html#gal_id&slide=foto_5
- Fotografías del periodista Rafael Cheuquela Bradasic. *Libro digital: Al sur del estallido. Imágenes de la protesta social en Punta Arenas (2019-2020)*. https://issuu.com/rafaelcheuquela/fb/docs/al_sur_del_estallido_0dde3c77a84171



CRÉDITO: Fernanda Urrutia, Santiago, diciembre de 2019.

EPÍLOGO

LA REBELIÓN DE OCTUBRE COMO ESTALLIDO GENERACIONAL: PÁNICO, “BEATERÍAS JUVENILES” Y MONSERGAS SENILES¹

Yanko González

*Nuestra sociedad está perdida si permite que continúen
las acciones inauditas de las jóvenes generaciones.
Inscripción en una tabla encontrada en Ur,
Caldea, en 2.000 a. de C.*

En pocos días y sobre todo a partir del viernes 18 de octubre, la juventud estudiantil que había estado una semana saltando los torniquetes del Metro en protesta por el alza del pasaje y aguantando la represión y el escarnio dejaron, por largos meses, un vacío interpretativo en el mundo político e intelectual de evidente magnitud. Con excepción del abogado y rector Carlos Peña, se impuso entre la neblina lacrimógena, los balines o las tanquetas, una inesperada mudez teórica y, junto a ella, el pánico de los sectores conservadores y los *mass media* de despertar de súbito en un mundo extraño, donde los adultos preguntaban y solo los “niños” respondían. Es decir, una nueva y “más horrenda” Unidad Popular, (in)gobernada por una “turba adolescente”, instintiva, sin agenda ideológica ni propósito político y que, en su caos, “anomia y espasmo”, hacían realidad los mayores demonios y las peores pesadillas de la sociedad adulta.

¹ Un primer esbozo de este trabajo fue publicado como columna de opinión en la revista digital y de difusión cultural argentina *REA* en noviembre de 2019, así como también, expuesto oralmente en el foro “Sujetos históricos de estallidos sociales”, organizado por Radio UACH y realizando en Casa Central de la Universidad Austral de Chile el 20 de noviembre de 2019.

Un intérprete temprano del “despertar de Chile” fue el rector de la Universidad Diego Portales, Carlos Peña, intelectual mediático (además de abogado y doctor en filosofía, es egresado de un magíster en sociología) que después de calificarlo como “estallido emocional” de índole “generacional” en múltiples medios escritos y televisados,² fue llamado a la Moneda para esclarecerle algo de la realidad caótica y “pulsional” al presidente Piñera. Su perspectiva era, en principio, generativa y original (en el contexto del ensayismo sociológico más divulgado sobre el devenir de la realidad chilena posdictadura),³ pues se desplazaba desde el tradicional énfasis en los procesos socioeconómicos y políticos —modernización y legitimidad— a los generacionales.⁴ No obstante, dicho desplazamiento al tiempo que sorprendía encallaba en el uso *orteguiano* de generación y en una nítida noción *funcionalista* y *desviacionista* de juventud, de tal modo que una de las primeras voces que piensan la revuelta de octubre se transformará, en tanto “autoridad” científica e intelectual, en un contribuyente específico del pánico moral, la estigmatización y la sanción de la opinión pública hacia múltiples colectivos juveniles, particularmente urbano-populares. “Pienso que el rector Carlos Peña, por algún motivo, les tiene miedo a los adolescentes. Los ve en todas partes”, acusaba Diamela Eltit a fines de octubre.⁵

² Véase, por ejemplo, la extensa entrevista en Canal 13 de televisión el 21 de octubre de 2019, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=rtrBEuUaDxM#action=share> o sus análisis y opiniones en la prensa escrita como “En la crisis, fortalecer el Estado”, *El Mercurio*, 24 de octubre de 2019, cuerpo C, pág. 4; “El nuevo arcoiris”, *El Mercurio*, 27 de octubre de 2019, cuerpo D, pág. 11; “El debate en estos días”, *El Mercurio*, 1 de noviembre de 2019, cuerpo A, pág. 2; “Viejas Verdades”, *El Mercurio*, 1 de diciembre 2019, cuerpo D, pág. 12; “No creo haberme equivocado absolutamente en nada”, entrevista *La Tercera*, 4 de enero de 2020.

³ Valga aclarar que el contexto que le sirve al Rector de peana para instalar sus asertos “generacionales” son amoblados por aquellas investigaciones, rastreables en la literatura desde hace años (Hugo Fazio, Manuel Antonio Garretón, Eugenio Tironi, Solimano, Kathya Araujo y Danilo Martucelli, entre varios), que diagnostican que una acelerada modernización capitalista en Chile y una enérgica expansión del consumo, había generado la aparición y multiplicación de una líquida clase media y con ella, una revolución de expectativas materiales y postmateriales sin precedentes. En este sentido, para Peña serán los jóvenes los que catalizarán las frustraciones de la sociedad tensionada por esta veloz modernización que, junto al consumo, las nuevas tecnologías y el bienestar conllevan una extrema racionalización de la vida y una individualización creciente (“editar” la propia vida), lo que colisiona con una realidad que lo impide, surgiendo un malestar que deviene en estallido. Sobre parte de esta bibliografía, que sugería que el sistema se craquelaría aupado por sus propias limitaciones, el Rector —como muchos otros antes y ahora— parecía añadir el imperativo de la modulación racional y paulatina de este derumbe —corrección o autoregeneración—, el que descansaría en el Estado, sus instituciones y, en la práctica, en la habilidad y creatividad política de los sectores progresistas y liberales para torcerle la mano ordenadamente a las oligarquías.

⁴ Al menos en esos primeros meses y antes de la publicación de su libro sobre los hechos de octubre (Peña, 2020) donde esta interpretación es reforzada por otras.

⁵ “La revuelta social no puede ser adjudicada a la delincuencia, eso es cómodo e inexacto”. Entrevista en *La Tercera*, 25 de octubre de 2019.

En efecto, el resultado de la temprana exégesis de Peña le lleva a calificar al movimiento social como una “convulsión generacional” de cariz pulsional, donde los jóvenes —para él aquellos nacidos a partir de la década del 90— han transformado sus certezas subjetivas acerca de lo que es verdadero o correcto en “un principio válido de acción social sin ninguna deliberación”, decretando como verdad “lo que sienten” como injusto. Así, el estallido no sería ciudadano, sino una mera rebelión de púberes contra las instituciones del Estado, “indigna de llamarse desobediencia civil”, por ser apenas un “espasmo violento”, una “conmoción emocional” inorgánica, sin proyecto, reivindicaciones, liderazgo o ideas, el légamo que fertilizaría la alteración del modelo, puesto que lo que el rector vio fueron “pandillas, desordenadas, con actitudes carnalescas, orgiásticas, huyendo de la policía”. Similares ideas las fue vertiendo en todas las plazas mediáticas donde se le solicitó su opinión, especialmente en la prensa escrita. Su llamado fue al abandono de la “beatería juvenil” por parte de los adultos que han glorificado acríticamente el papel desempeñado por estos colectivos —cuyo sino, parecía decir, es la irracionalidad y la violencia—, a los que hay que poner atajo a través del Estado como poseedor legítimo del monopolio de la fuerza. A comienzos de diciembre, en su columna semanal, henchirá su tesis sobre la “beatería juvenil” glosando, a su modo, *La República* de Platón: “Cuando los más viejos condescienden, los profesores en vez de orientar halagan y quienes dirigen imitan a los jóvenes, los ciudadanos empiezan a ponerse alérgicos a los deberes. (...) Es el momento de la anarquía o la anomía”.⁶

Pánico y estigma

Aunque el empleo del vocablo anarquía resulta eficaz para dibujar y abultar una amenaza, el uso del concepto anomia —apelando directamente a Durkheim, y sobre todo a Merton y Parsons—, está destinado tanto a caracterizar sociológicamente buena parte de la juventud chilena, como —deliberadamente o no— a *etiquetarla*. Según Peña, esta tendría un déficit de “regulación” normativa por parte de la sociedad que oriente su acción; consecuentemente, estaría desviada, es decir, sería un colectivo que padecería un caos debido a la ausencia de reglas o, todavía peor, debido a que sería regido por “otras reglas” que originan desde el aislamiento —“la subjetividad aferrada nada más que a sí misma”, configurando “certezas totales”—, a la contestación recursiva, la violencia o el pillaje. Hasta entrada la década de los 60, fue literalmente de ese modo en que las ciencias sociales estructural-funcionalistas norteamericanas tradujeron tanto a las nacientes

⁶ “Viejas Verdades”, Op. cit.

culturas juveniles como a los movimientos juveniles contraculturales: un “problema”. Vale decir, un segmento social “desajustado” por una transición abrupta provocada por el paso de la sociedad tradicional a la moderna y que al mundo adulto le horrorizaba: rebeldes, coléricos, “violentos”, “delincuentes”. Una promesa de futuro convertida en amenaza del presente que debe ser disciplinada, habida cuenta del colapso de la gobernabilidad, “el no control” de la alienación experimentada por un sujeto o un colectivo que cristaliza una verdadera “cultura” autónoma de normas y valores, centrados en el consumo hedonista y cuyo resultado sería la irresponsabilidad, la confrontación con el mundo adulto, entre otras disfuncionalidades (Parsons, 1963). De tal modo y como a mediados del siglo pasado, donde las interpretaciones desviacionistas de la acción social juvenil se naturalizaron en los medios (González, 2001) los asertos de Peña son mecánicamente amplificadas en la prensa a partir de la estigmatización y la homologación de la condición juvenil a la entelequia de “problema”, “tormento” o “drama”, pues el rector complementa sus postulados con algunos aportes psico-biológicos y, al igual que Stanley Hall en 1904 o Erik Erikson en 1950,⁷ parecía decirnos que en estos grupos de jóvenes se libraría una batalla turbulenta entre el instinto y la cultura, signado por una carencia de racionalidad y exceso de pulsión —características que explican las desviaciones de las normas— y una fase de confusión —déficit de “orientación”— en la búsqueda de la propia identidad.

Hace algunas décadas, Stanley Cohen (1972) demostró el papel generativo de los *mass media* y las voces de autoridad —que eligen y transportan— en la construcción de ciertos grupos juveniles como sujetos desviados, como “diablos populares”, en la medida que los estereotipan y etiquetan, contribuyendo a que el predicamento del estigma se corporeice en modelos —y posicionamientos ideológicos, debemos agregar— que informan a la sociedad cuáles son las conductas y roles a evitar, construyendo la legitimidad necesaria para su vigilancia, control y represión. En paralelo, evidenció que este etiquetamiento no solo modifica las representaciones de la realidad, sino que altera, igualmente, la realidad misma, al orientar tanto el comportamiento de la sociedad adulta como de los sujetos juveniles, los que comienzan a actuar y configurar su propia identidad de acuerdo con estas nuevas representaciones. En esta dirección, Peña itera sobre la irracionalidad y la violencia asociadas al mundo juvenil y ello, además de no ser una evidencia neutra, es un estigma que, como la historia nos enseña, rápidamente se transforma en emblema cuando los medios y sus “tributarios pensantes” construyen su origen a través del etiquetaje y el pánico moral: un enemigo, un “otro” siempre desviado, amenazante y enorme en número. De ahí lo sintomáticas de las palabras de la esposa del Presidente al concebir el movimiento como

⁷ Véase Hall (1904) y Erikson (1950).

una “invasión extranjera, alienígena” y la inmediata identificación —irónica y paródica— de las y los movilizados con la figura del extraterrestre. O los rayados que registré en el interior de la oficina de una AFP que acababa de ser saqueada “La crisis es culpa de lxs anarquistas/ y somos caleta” o “tenemos rabia”. Esta última, huérfana de consigna, de rúbrica ideológica, desnuda en su sola literalidad emocional, había sido pintada para devolver la ofensa mediatizada con la convicción del orgullo.

Carlos Peña mantuvo estos planteamientos, con menos gesticulación pero alojados en dosis diversas y en varios capítulos, en el libro que terminará publicando pocos meses más tarde.⁸ En esta obra vuelve sobre algunas ideas ya deslizadas en sus intervenciones en la prensa que resultan paradójicas, al tiempo que lo distinguen como contribuyente directo del labeling mediático. Peña, citando a Weber, recalca la capitalidad que reviste superar todo “profetismo de cátedra” para el correcto análisis de los hechos de octubre, es decir, aquellas interpretaciones que intentan trajar de análisis científico una mera opinión o postura ideológica. Lo que se traduce en su reiterado alegato en contra de tomar partido y no distancia para la comprensión del estallido⁹ y en la asignación de sentido —siempre “interesado”— a la rebelión de octubre, distante y distinta a sus causas “reales”. O en sus palabras: descartar las creencias y “reclamos normativos” como “causa del comportamiento masivo”¹⁰ (ya la injusticia, ya la demanda social o jurídica de una nueva Constitución). Lo paradójico es que salvo por la copiosa cobertura de prensa de sus reflexiones, pocos aspectos parecieron distinguir su custodiada científicidad del “profetismo de cátedra” sobre el mundo juvenil que estaba diagnosticando, es decir, sobre “muchas de las nuevas generaciones”, “que han hecho de la performance y de los insultos una protesta política” (Peña, 2020: 151).

Como la literatura *juvenológica* viene señalando hace décadas a través de la pluralización del concepto de juventud, resulta en extremo arriesgado, tanto por sus consecuencias científicas como políticas, postular generalizaciones robustas sobre “la” condición juvenil, desatendiendo no solo las poliédricas modalidades históricas, territoriales, de clase o étnicas que modulan la construcción sociocultural de las edades, sino también y en nuestra contemporaneidad, por la extrema dificultad de abordar con certezas empíricas las

⁸ Allí, en el apartado segundo —“Los acontecimientos de octubre”— y bajo el título de “La cuestión generacional” Peña, si bien inscribe la revuelta en las nuevas condiciones materiales de existencia (aquella acelerada modernización capitalista que se subjetiva de manera ambivalente en malestar), reitera que junto al mercado y las expectativas no satisfechas, será la propia condición de las nuevas generaciones la explicación del estallido, habida cuenta que los jóvenes padecerían de una “extendida anomia”, entregados “a su propia subjetividad”, a “editar a sí mismos” y al “mal infinito” de las “expectativas sin contención” (Peña, 2020: 142-143).

⁹ “No creo haberme equivocado absolutamente en nada”. Op. cit.

¹⁰ Peña (2020: 69-72).

dimensiones simbólicas e identitarias en los mundos juveniles, básicamente por la multiplicación, diversificación y fugacidad circular de esos tiempos biográficos. ¿Significa eso que estamos condenados a la mudez cognitiva? Por supuesto que no, pero ello nos obliga a tomar serios resguardos teóricos y empíricos para elaborar y, sobre todo, comunicar nuestros resultados si aspiramos a inscribirlos en el lado opuesto del profetismo de cátedra, vale decir, en las antípodas de una “evaluación normativa” de la juventud chilena. Así, por ejemplo, glosar a Platón para prescribir el tipo de relación formativa, moral o política de la juventud con sus mayores y sus maestros, no parece un diagnóstico científico social (como el que sí hizo Margaret Mead en 1970 sobre el mismo problema),¹¹ sino una homilía o el irritado alegato en contra de las nuevas generaciones como el encontrado en una tablilla de Caldea, hace cuatro mil años.

Como no tenemos posibilidad de conocer las fuentes primarias o los criterios de selección que utilizó Peña para llegar a sus conclusiones, no nos queda más que reparar en algunos casos de observación que él utiliza para elaborar sus asertos y de paso, entender algunas consecuencias teóricas y políticas a partir del uso de conceptos basales en su tentativa científica, como el de “generación”. Por ello, detengámonos en la destrucción de monumentos públicos ocurrido en esos meses de movilizaciones. A partir del derribo o vandalización de esculturas o estatuas históricas, Peña llega a la conclusión que otra de las características distintivas de las nuevas generaciones sería la “devaluación del pasado”, es decir, “una ruptura de significantes” en la que la juventud no logra unificar el pasado, el presente y el futuro en una misma experiencia, cuyo resultado es que el presente se volvería intenso, próximo a la “experiencia alucinatoria de la euforia” (Peña, 2020: 144). Aunque el propio “recorte” de la realidad sugiere una fijación en aquellos aspectos más destructivos —“anómicos”— y espectacularizados de las movilizaciones, enfrentémoslo —solo a modo de ejercicio— a otros lugares de memoria: el cancionero de la revuelta. Contrariamente a la tesis de Peña, la entonación sistemática por parte de íconos juveniles de la canción popular —y coreado por la gran mayoría de los actores sociales movilizados— fueron los antiguos *hits* contestarios de los años 60 y 80: desde el “Derecho de vivir en paz” de Víctor Jara y los Blops hasta “El baile de los que sobran” de Los Prisioneros. Lo propio ocurre con los usos del pasado: muchos monumentos no fueron solo derribados, sino intervenidos para buscar, precisamente en la diacronía, una matriz distinta de comprensión del presente.¹² Así, desde

¹¹ Véase Mead (1970).

¹² Un caso ejemplar es el monumento del General Baquedano en la plaza homónima, convertido en un palimpsesto de intervenciones y resemantizaciones. Igualmente lo es, el derribo el 29 de octubre de 2019, del busto de Pedro de Valdivia en Temuco, cuya cabeza fue colgada en la estatua de Caupolicán.

la casuística, podríamos aventurar, con igual vehemencia, una tesis opuesta: más que una ruptura, asistimos a una continuidad de significantes, puesto que no se trata de un mero desprecio “al bulto” por el pasado y la exigencia de un olvido, sino de recordar porqué esas narrativas inmovilizadas en metal o granito no merecen el recuerdo. Es decir, una vía no marmórea de discutir con el pasado. Volveremos sobre esto.

¿“Una crisis generacional inevitable” o un “agitarse juntos”?

Parece claro que las inferencias de Peña descansan en otras de mayor alcance, puesto que las rupturas o discontinuidades que ve se entienden por lo que interpreta como una gran “diferencia de destino” entre los hijos y los padres, lo que la literatura científica conoce como “brecha generacional” y “conflicto generacional”. Así, Peña insistirá en postular a las nuevas generaciones como catalizadores y acelerantes principales de la explosiva combustión que acaeció a partir de octubre,¹³ planteando que los hechos hundían sus raíces en “una crisis generacional inevitable”.¹⁴

Esta tesis descansa en la noción analítica o metodológica de generación¹⁵ (de larga trayectoria en el pensamiento social para el estudio del cambio social o el espíritu y “actitud” epocal), y en la noción teórica de brecha generacional o *generation gap*, nacida al calor de las revueltas juveniles que orbitaron en torno a la década del 60, el Mayo francés y el surgimiento de la “adolescencia global”, que intenta desentrañar algunos procesos identitarios relacionales, particularmente de las cohortes juveniles y su conflicto¹⁶ o

¹³ Aunque menos subrayada, suponemos que parte de la evidencia expresiva que tiene el autor para echar mano de la perspectiva generacional se remonta a las movilizaciones juveniles que pusieron en jaque a sucesivos gobiernos de “progreso”, activadas y protagonizadas en su mayoría por estudiantes (el mochilazo en 2001, la revolución pingüina en 2006, el mayo de 2011 y la primavera feminista en 2018), las que transitan de las reivindicaciones sectoriales a las exigencias estructurales: asamblea constituyente —para una nueva Constitución Política del Estado— y la abolición del orden ultra-neoliberal. No obstante, como se sabe, en estas últimas décadas las movilizaciones sociales excedieron en mucho la actoría juvenil-estudiantil (como las de Magallanes en 2011 —segundo puntarenazo— o las protestas de Aysén y Freirina en 2012, entre otras de orden territorial, indígena o medioambiental).

¹⁴ “El debate en estos días”. Op. cit.

¹⁵ Véase, entre muchas otras obras en esta perspectiva, Fuer (1968).

¹⁶ En el devenir del concepto se le ha asignado el mote de “método de las generaciones” —J. Ortega y Gasset—, “método histórico de las generaciones” —Julián Marías— o más actualizadamente “principio analítico de las generaciones” —Edmunds & Turner— y cuyos autores más relevantes en el siglo XX en el ámbito de las ciencias sociales y humanas son tanto el propio J. Ortega y Gasset, como Karl Mannheim. Ambos autores trabajaron paralelamente el problema. Ortega, quien no conoció los trabajos de Mannheim, realiza sus primeras menciones al tema en 1914 en *Vieja y Nueva política*. Expone formalmente su teoría en 1923 en el libro *El tema de nuestro tiempo* y la madura y finiquita en 1933 al interior del texto *En Torno a Galileo*.

diferencia (Mead, 1970) con el conjunto de la sociedad adulta. Nos limitaremos a señalar otras interpretaciones plausibles de la revuelta a partir de la comprensión divergente de estas nociones empleadas por Peña. A primera vista pareciera que adhiere más a una versión *diltheyana que comteana* de generación (es decir la definida por la “calidad del tiempo” que un grupo humano comparte en términos de influencias sociales, intelectuales o políticas (Dilthey, 1989) y no aquella noción biológica, mecánica y cuantitativa de generación y sucesión generacional, exteriorizada del tiempo histórico).¹⁷ Sin embargo, a partir de su énfasis e interpretación en el problema del relevo y conflicto generacional, él se sitúa pendularmente entre esas dos visiones y termina prendido en una idea cuasi *comteana y orteguiana* de generación, en la medida que defiende, como el filósofo peninsular, que personas nacidas en una misma época —la década de los 90 para Peña— comparten una misma “sensibilidad vital”, opuesta a la generación previa. Por ende, el cambio social descansaría en el tiempo que tarda en irrumpir en la vida pública una nueva generación (o en relevar a sus predecesores, si se prefiere).¹⁸ Aunque Peña pareciera concordar con las determinantes histórico-sociales para identificar una generación —lo que hace posible entender fenómenos como la “no contemporaneidad” de los contemporáneos—, arguyendo una acelerada modernización capitalista acaecida en los últimos 20 años que da paso al surgimiento de una brecha insalvable entre mayores y menores, termina afirmando lo opuesto para los sujetos que comparten el mismo “dato” biológico (la edad), traduciendo esa comunidad de fechas en una comunidad sociocultural (las “nuevas generaciones”) sin distinciones cualitativas internas o fundamentos para que ello sea así. Por lo tanto, en este amplio grupo etario, todos los sujetos juveniles contemporáneos serían considerados por Peña contemporáneos y no cabría ninguna colisión entre biografía y tiempo histórico en cohortes “estructuralmente” distintas en términos de clase, género o, incluso, edad (articulada esta última, sobre la base de las trayectorias educativas: estudiantes secundarios y universitarios, por ejemplo).

Llegados a este punto, no nos queda más que dar cuenta, *grosso modo*, de parte de la literatura científico social relacionada precisamente con la multiplicación y diversificación de las biografías juveniles en el presente etnográfico. Como en varios países de Occidente, en Chile han surgido embrionaria, pero sostenidamente, algunas “revoluciones biográficas” en las

Mannheim, por su parte, publica en 1928 *El problema de las generaciones* [*Das problem der generationen*], el que representa un aporte capital no solo a la teoría social, sino a toda su obra. Véase al respecto Ortega y Gasset (1968), Marías (1967), Edmunds y Turner (2002) y Mannheim (1993).

¹⁷ Véase Comte (1998).

¹⁸ Karl Mannheim —un heredero directo de Dilthey en este punto— será contundente, por cuanto plantea que una comunidad de pertenencia a una generación no se puede comprender y deducir inmediatamente desde las estructuras biológicas. Ver Mannheim (1993).

últimas décadas.¹⁹ Una importante e hija de la invención y expansión del sujeto juvenil en el siglo XIX y XX (González y Feixa, 2013) está craquelando los cimientos de esta propia “invención”: el cariz transicional, el rito de paso, la búsqueda de autonomía y emancipación; y la liminalidad formativa orientada hacia un final (adultez) que tendría toda condición juvenil. Todo ello se ha desdibujado como epicentro identitario exclusivo del ser joven, en la medida en que, por ejemplo, el matrimonio para toda la vida ha dado paso a la caducidad conyugal y la movilidad amorosa como constante. Lo mismo sucede con el otro motor de adultez: la ruptura del trabajo estable para toda la vida y la irrupción de la flexibilidad laboral y la educación continua como obligación para la sobrevivencia. Así, las relaciones afectivas y el trabajo —dos fuentes de investidura de la y el joven— son precarias y contingentes (Calvo Gil, 2001). Por tanto, la fragmentación y la circularidad colocan al sujeto “una vez adulto biológico” nuevamente en la liminalidad juvenil: mandado a mantener perpetuamente entrenada la empleabilidad y la *emparejabilidad*. Es la *adulescencia*: la adultez perpetuada en adolescencia. Dicho de otro modo, la(s) juventud(e)s se están convirtiendo en un relato sin desenlace, una metamorfosis sin fin, colonizando todas las edades.²⁰ En relación a esto, resulta interesante recordar esta cifra: cerca del 80% de las y los jóvenes en Chile viven en casa con sus padres o su familia extendida (INJUV, 2018).²¹

En esta dirección, utilizando la misma categoría analítica empleada por Peña, podríamos aventurar otras hipótesis “generacionales” para leer los acontecimientos de octubre si, además y como expresaron 240 profesores de su universidad en una carta,²² evitáramos devaluar a las y los jóvenes como agentes políticos racionales. Por ello, convendría recordar el rol que han jugado los actores juveniles y sus alianzas precisamente en las decisivas transformaciones del país a lo largo del siglo XX. A contrapelo de las horrorizadas monsergas que explicaban las revueltas, “violencias” o perversiones juveniles en las décadas del 20, 50 ó 60 por cuestiones de glándulas, carencia de normas o desencuentros generacionales, asistimos varias veces en nuestra historia a la producción de cohortes espacial y biológicamente distantes que han constituido “unidades generacionales autoconscientes” —en el decir de

¹⁹ Véase las Encuestas Nacionales de Juventud desde 1993 a 2018.

²⁰ Otra de estas revoluciones biográficas, determinada por una transición demográfica hacia el envejecimiento poblacional, es la aparición de la 4ta edad, una sociedad de centenarios aún más excluidos que la 3era edad, que obliga a repensar los dos guetos biográficos conocidos: la juventud y la vejez y que en el caso de Chile —según los últimos censos y estudios específicos— comienzan a tener progresiva gravitancia.

²¹ En tanto la misma encuesta realizada en 2015, arrojó el mismo guarismo, al que debemos sumarle un 9% que vive en casa de otros familiares como abuelos o tíos.

²² Escrito que circuló vía mail y aparece citado en el periódico electrónico *El Mostrador* <https://www.elmostrador.cl/noticias/sin-editar/2019/11/08/a-pena-se-le-mueve-el-frente-interno-en-la-udp/>

Mannheim—,²³ y que a partir de ello se han reconocido como parte de un colectivo mayor para “agitarse juntos”, reaccionar unitariamente. En Chile, por ejemplo, es imposible entender el proceso de mesocratización del país a partir de la década del 20 sin conocer el rol clave que jugó la alianza de sectores juveniles emergentes —ácratas, bohemios y “violentos”— con el naciente proletariado. Si bien el movimiento de octubre es un maridaje complejo de clases, capas y “grupos concretos” (Mannheim, 1993) —transitando con oscilaciones entre los sectores mesocráticos y populares—, es una *alianza intergeneracional* que se ha ido sellando progresivamente en la medida que la estratificación de la experiencia —habida cuenta de la perseverancia temporal de los elementos más nocivos e intocados del modelo económico— ha sido constante para sucesivas cohortes de sujetos que desde hace décadas, la han padecido juntos, en su vida cotidiana y en la misma casa, imposibilitados —las y los jóvenes, pero también los mayores— de emanciparse residencialmente. De ahí que aunque podemos reconocer brechas simbólicas —no más profundas que la que acaeció en los 50’ y 60’ con el surgimiento del rock and roll, la institucionalización del pololeo, el uso de la píldora o la aparición de culturas juveniles revolucionarias—, y cadenas de experiencias acusadamente diferenciales en términos de clase o territorio (piénsese en las juventudes rurales o indígenas), se evidencia una conciencia y solidaridad intra e intergeneracional que se profundizan cuando están vertebradas por precariedades que se vivencian en común: desde el endeudamiento educativo, las bajas pensiones, la deplorable cobertura en salud, el hacinamiento o la obligatoriedad de volver a ser joven (en el caso de los mayores), el desempleo, el divorcio conyugal o la dependencia económica. Ese fermento social pudiese explicar las multitudinarias expresiones movilizadoras desde 2011 (año en que esta alianza intra e intergeneracional se hace evidente y se consuma) y, claro está, en las marchas en regiones y en Santiago a poco estallar la revuelta de octubre, con más de un millón 200 mil jóvenes, adultos y viejos. Una comunión transgeneracional inscrita en un modo común de experimentar el hastío y la impotencia. Por ello, aventuramos, no resultan del todo decisivos los “estilos” —performáticos, comunicativos o antinormativos— para diagnosticar una insoluble brecha entre las nuevas y viejas generaciones, y con ello comprender la revuelta. Más bien, nos encontramos con un caso ejemplar de “conciencia generacional”,²⁴ aquella habilidad de situarse en un tiempo histórico siendo consciente de que existe un pasado y un futuro que va más allá de los límites de la propia existencia y relacionar la propia vida a las de generaciones anteriores y posteriores. ¿Qué es el cancionero del estallido sino la hipérbole de esa conciencia? Líricas y melodías que

²³ Véase Mannheim (1993).

²⁴ Véase al respecto Attius-Donfut (1991) Leccardi y Feixa (2014).

posibilitan la memoria y voluntad comunicativa entre abuelos, padres e hijos. Dos calendarios distintos, el del curso de la vida y el de la estratificación de la experiencia, se acompasan y por un momento, el tiempo biográfico e histórico se funden, creando una rebelión multigeneracional.

Cabe aquí esbozar una reflexión que me lleva a coincidir con Peña en poner el foco en el rol de las generaciones menores en la diacronía y el presente de los hechos de octubre. Si en algo contribuyeron distintivamente las y los jóvenes en la ignición y velocidad de este estallido, fue la disputa creativa,²⁵ sostenida por varios años, en el volátil pero decisivo espacio agonístico de la hegemonía cultural. Aquella zona profunda donde transitan las subjetividades, los síes y noes ontológicos y donde se urden los imaginarios, los supuestos, las visiones y espejismos que limitan o expanden lo que se puede creer, imaginar, cambiar o mantener. Aquel contorno, que había controlado las subjetividades apegadas al consenso de la inmutabilidad o perfectibilidad —nunca una sustitución— del modelo, fue auguralmente colonizado y redibujado en 2011,²⁶ cuando una reivindicación aparentemente sectorial —la gratuidad de la educación superior— modificaba la percepción de lo que era legítimamente posible en términos de destrucción del orden neoliberal: todo. Mientras la agenda del *establishment* político —incluyendo a las muchas izquierdas— enfatizaba como antes los remiendos (un “nuevo” sistema mixto, una “redefinición” de lo público, mayores becas y subvenciones o baja de aranceles), el movimiento estudiantil del 2011 vigorizado por una mayoría multigeneracional, movió para siempre las fronteras de lo pensable, de lo deliberable y de lo imaginable. Desde entonces y de manera creciente, las élites políticas y económicas han perdido el control de lo simbólico en la elaboración de los sentidos y los significados de lo que el país es y puede ser. De este modo, aunque aún no han perdido su poder, han perdido la autoridad. Han perdido ese difícil y etéreo consenso que funge como pepe grillo de la memoria y las subjetividades y que el 18 de octubre, a partir de una ancha sincronía intergeneracional, vertiginosa, súbita —pero no inesperada—, se les escabulló entre los torniquetes del Metro para no regresar.

²⁵ Ello se cristalizó en gran medida, en la disputa sobre el carácter público del espacio y en la democratización de la visibilidad como actores sociales. Véase al respecto Urzúa (2015).

²⁶ Estos hechos permiten concluir a varios investigadores que esta fue una “marca biográfica” fundamental, al punto que se puede hablar de una “generación del 2011”. Véase Álvarez, Duarte, Garcés, y Krauskopf (2016). No obstante, creemos que aunque estos movimientos erosionaron la hegemonía política y moral de las clases dirigentes y alteraban ciertos imaginarios con relación a otro futuro posible, las élites continuaban “exprimiendo” y capitalizando la lógica del orden, disciplinando y domesticando todas las revueltas juveniles. Así, aunque ya olisco, el modelo se acomodaba y se re-subjetivaba plásticamente una y otra vez y ni sus perversiones intrínsecas —pensiones, salud, educación— o los sucesivos escándalos de colusión empresarial, no parecían amenazar al férreo andamiaje construido en dictadura.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, C., Duarte, K., Garcés, A., y Krauskopf, D. (2016). "Lo generacional como clave para la lectura del Chile actual". Documento de Trabajo Interno.
- Attius-Donfut, C. (1991). *Génération et ages de la vie*. París: PUF.
- Calvo Gil, E. (2001). *Nacidos para cambiar. Cómo construimos nuestras biografías*. Barcelona: Taurus.
- Comte, A. (1998 [1830-1843]). *Cours de philosophie positive*. París: Hermann.
- Dilthey, W. (1989 [1883]). *Introduction to the Human Sciences*. Princeton: Princeton University Press.
- Edmunds, J. y Turner, B. S. (2002). *Generations, Culture and Society*. Buckingham: Open University Press
- INJUV. (2018). Encuesta Nacional de Juventud.
- Erikson, E. (1950). *Childhood and Society*. Nueva York: Norton.
- Fuer, L. (1968). *The Conflict of Generations*. Londres: Heinemann.
- González, Y. y Feixa, C. (2013). *La construcción histórica de la juventud en América Latina: bohemios, rockeros & revolucionarios*. Santiago: Cuarto Propio.
- González, Y. (2001). "Primeras culturas juveniles en Chile: Pánico, malones, pololeo y matiné". *Atenea* 503: 11-38.
- Hall, S. (1904). *Adolescence: Its Psychology and Its Relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*. Nueva York: D. Appleton & Co.
- Leccardi C. y Feixa, C. (2014). "El concepto de generación en las teorías sobre juventud". En Feixa, C., *De la Generación @ a la #Generación. La juventud en la era digital*. Barcelona: NED.
- Mannheim, K. (1993 [1928]). "El problema de las generaciones". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 62: 62-93.
- Mead, M. (1970). *Culture and Commitment: A Study of the Generation Gap*. Nueva York: American Museum of Natural History, Natural History Press.
- Marías, J. (1967). *El método histórico de las generaciones*. Madrid: Ed. Revista de Occidente.
- Ortega y Gasset, J. (1968 [1923]). *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Parsons, T. (1963). "Youth in The Context on American Society". En Erik Erikson (ed.) *Youth, change and challenge*. Nueva York: Basic Books, 93-119.

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a todas las personas que de diferentes maneras contribuyeron a la concreción de este proyecto colectivo:

A Emmanuelle Barozet, quien generosamente convocó con gran éxito a diferentes académicos y académicas para que participaran de esta iniciativa.

A los investigadores e investigadoras de las distintas universidades y centros de estudio, por ser parte de este esfuerzo atípico y poner a disposición sus trabajos.

Al Núcleo de Investigación y Acción en Juventudes del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, que a través del vínculo directo con jóvenes de diversos lugares del país, dio forma a las historias de vida plasmadas en este libro.

A todos los y las jóvenes que desinteresada y valientemente entregaron sus testimonios.

Al equipo de Fondo de Cultura Económica Chile, en particular a Rafael López, quien pese a la complejidad de los tiempos, confió y creyó en este trabajo; y a Macarena Rojas, por su dedicación y minuciosidad.

A Fernanda Urrutia, al diario *Prensa Austral* de Punta Arenas, a Rafael Cheuquela, a Benjamín Pérez y al colectivo Brigada en Movimiento, por compartir generosamente sus registros de las jornadas de movilización en Santiago y Punta Arenas.

Al talentoso equipo de Agencia Sangre, por el apoyo y colaboración, en especial a Juan Pablo Faus y Germán Burgos.

Finalmente, un especial agradecimiento a Carla Wong por su amor, consejos y paciencia.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
USO EDITORIAL

SOBRE LOS AUTORES Y AUTORAS

Capítulo 1

MANUEL CANALES

Sociólogo, doctor en sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Profesor titular de la Universidad de Chile e investigador del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Estatal de O'Higgins. Sigue temas de subjetividad y vida cotidiana, y metodologías cualitativas.

MARÍA CRISTINA HERNÁNDEZ

Socióloga de la Universidad de Concepción, magíster en Gobierno, Políticas Públicas y Territorio de la Universidad Alberto Hurtado. Docente en la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Estatal de O'Higgins. Sus líneas investigativas se asocian a temas territoriales y trayectorias educacionales y laborales juveniles.

VÍCTOR ORELLANA

Sociólogo y doctor (c) en ciencias sociales de la Universidad de Chile. Es investigador asistente del Centro de Investigación Avanzada en Educación (Ciae) de la misma casa de estudios. Sus líneas de investigación son la sociología de la educación y la estructura social. Es director de la Fundación Nodo XXI.

FABIÁN GUAJARDO

Licenciado en sociología de la Universidad de Chile, magíster de la Universidad Complutense de Madrid y doctor (c) de la misma casa de estudios. Es docente en Trabajo Social de la UTEM. Sus principales líneas de investigación son políticas educativas, sociología de la educación y metodologías de investigación social. Es investigador de la Fundación Nodo XXI.

LORENA PÉREZ

Profesora asistente de trabajo social en la Universidad de Chile e investigadora asociada de la Iniciativa del Milenio de Chile sobre autoridad y asimetrías de Poder. Es doctora en ciencias humanas de la Universidad de Montreal, magíster en antropología por la Universidad de Chile y licenciada en trabajo social de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Su investigación se centra en las relaciones socioeconómicas y la financiarización de la vida cotidiana.

MARÍA CONSTANZA AYALA

Doctora (c) en sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, magíster en sociología en la misma universidad y magíster en ciencias de la estadística de KU Leuven, Bélgica. Su investigación se centra en las desigualdades educativas, el rol de los profesores, la discriminación racial y en metodología cuantitativa para la investigación en las ciencias sociales.

*Capítulo 2***CRISTÓBAL VILLALOBOS**

Doctor en ciencias sociales de la Universidad de Chile y magíster en economía aplicada a las políticas públicas, Universidad Alberto Hurtado-Georgetown University. Sociólogo y trabajador social, Pontificia Universidad Católica de Chile. Actualmente es Investigador Asociado del Centro de Estudios de Políticas y Prácticas en Educación (CEPPE UC) de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus temas de interés son los movimientos sociales en educación, la desigualdad educativa, la ciudadanía y la educación cívica y la educación superior.

DANIEL MIRANDA

Doctor en sociología, Pontificia Universidad Católica, magíster en psicología social-comunitaria de la misma universidad y psicólogo de la Universidad de Talca. Actualmente es investigador en el Centro de Medición MIDE UC e investigador adjunto en el Centro de Estudios de Cohesión y Conflictos Sociales (COES). También es investigador principal del proyecto Fondecyt de Iniciación N°11190508: “Participación ciudadana juvenil: entre la reproducción y la socialización política”. Su investigación se centra en la educación para la ciudadanía, desigualdades políticas y su transmisión intergeneracional.

JUAN CARLOS CASTILLO

Profesor de sociología de la Universidad de Chile e investigador principal de la línea Interacciones Grupales e Individuales, del COES. Doctor en sociología de la Universidad de Humboldt, Berlín, y magíster en Public Management de la Universidad de Potsdam. Actualmente es investigador principal de Proyecto Fondecyt Regular N°1160921: “Economía moral de la meritocracia y preferencias distributivas”, y está a cargo del desarrollo y la implementación del Observatorio de Cohesión Social de COES. Sus áreas de investigación incluyen desigualdad social, justicia distributiva, opinión pública y educación cívica.

ROBERTO GONZÁLEZ

Psicólogo social, profesor titular de la Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile. Su investigación se centra en el estudio de las relaciones intergrupales, los procesos de aculturación, los movimientos sociales y la reparación asociados a los conflictos políticos y étnicos. Participa en varios comités editoriales de revistas internacionales. Es director alterno de MIDE UC, investigador principal del COES e investigador asociado del Centro de Investigaciones Interculturales e Indígenas (CIIR).

CRISTIAN FRIGOLETT

Sicólogo de la Pontificia Universidad Católica. Se ha desempeñado durante dos años como asistente de investigación en el Laboratorio de Psicología Social de esta misma casa de estudios, donde ha participado en la publicación de varios artículos sobre movimientos sociales. Actualmente se encuentra cursando un magíster en estadística y ciencia de datos en la Universidad Católica de Lovaina. Sus temas de interés son las metodologías cuantitativas de investigación, las redes neuronales artificiales y la inteligencia artificial como métodos de investigación social.

PÍA CAROZZI

Socióloga y magíster en sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es asistente de investigación en el Laboratorio de Psicología Social de la misma universidad. Sus temas de interés son desigualdad, estratificación social e interseccionalidad, sociología de la migración y metodología cuantitativas.

CLAUDIA BAZÁN

Sicóloga de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es asistente de investigación en el Laboratorio de Psicología Social de la misma universidad. Sus temas de interés son violencia sexual, relaciones intergrupales que involucran a inmigrantes y miembros de la sociedad de acogida en el contexto chileno.

*Capítulo 3***MARCIA RAVELO**

Profesora de filosofía, magíster en educación y doctora (c) en ciencias sociales por la Universidad de Chile. Fue profesora durante 23 años en el Liceo Experimental Manuel de Salas. Desde el año 2013 es docente del Departamento de Estudios Pedagógicos de la Universidad de Chile, en la carrera de pedagogía en educación media, en las áreas de Investigación y Práctica,

Juventudes y Género. Integra el Núcleo de Investigación y Acción en Juventudes de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.

KLAUDIO DUARTE

Sociólogo y educador popular. Magíster en juventud y sociedad por la Universidad de Girona, España. Doctor en sociología por la Universidad Autónoma de Barcelona. Coordinador académico del Núcleo de Investigación y Acción en Juventudes e integrante del Núcleo de Investigación en Género y Sociedad Julieta Kirkwood, y del Núcleo Sentipensante de Metodologías Participativas del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile.

CAROLINA GARCÍA

Académica del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Santiago de Chile. Doctora y magíster en ciencias de la educación de la Pontificia Universidad Católica de Chile; historiadora y profesora de historia de la misma institución. Es jefa de carrera de pedagogía en historia y ciencias sociales de la Universidad de Santiago de Chile y coordinadora pedagógica en Chile del proyecto Pacto Mundial de Jóvenes por el Clima. Sus áreas de interés son la formación ciudadana y la educación inclusiva en la escuela y en la formación inicial del profesorado.

LUIS MANUEL FLORES

Profesor titular y miembro del Departamento de Teoría y Política Educativa de la Facultad de Educación de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Doctor y magíster en filosofía de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica) y licenciado en filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es profesor invitado de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS), París, Francia, y coordinador general en Chile del proyecto Pacto Mundial de Jóvenes por el Clima. Sus áreas de interés son la epistemología y gestión del conocimiento en educación, así como la fenomenología y pensamiento complejo de las ciencias humanas y ciencias biológicas.

ISIDORA IÑIGO

Doctora (c) en Estudios Americanos de la Universidad de Santiago de Chile. Investigadora doctoral del Centro Núcleo Milenio Autoridad y Asimetrías de Poder. Su trabajo se centra en discursos y evaluaciones sobre el uso de la violencia política y militancias juveniles. También investiga sobre memorias sociales, teoría social y teoría política.

DANAE VIDELA

Sicóloga educacional con certificado en educación de la Pontificia Universidad Católica de Chile y diplomada en intervenciones socioeducativas para niños(as) y adolescentes en situación de vulnerabilidad de la Universidad Alberto Hurtado. Coordinadora del equipo en intervención escolar del proyecto ProCiviCo (Fondecyt N° 1160151; N° 1191692). Ha participado como asistente de investigación en trabajos relacionado con la participación ciudadana, la prosocialidad, la empatía y la creatividad.

PAULA LUENGO

Sicóloga de la Pontificia Universidad Católica de Chile, doctora de la Universidad La Sapienza de Roma y posdoctorado en el COES y en el Parenting Among Cultures Project, PAC (National Institute of Health, US). Investigadora asociada de la línea interacciones grupales e individuales y profesora de la Escuela de Psicología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Directora del proyecto ProCiviCo, que busca promover participación prosocial y ciudadana para la cohesión social en Chile desde el nivel aula-escuela.

*Capítulo 4***NICOLÁS ANGELCOS**

Doctor en sociología de la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Profesor asistente de la Universidad Andrés Bello y de la Universidad de Chile. Además, es investigador asociado del COES. Dirige el proyecto Fondecyt de iniciación N°11190211: “¿Del protagonismo a la abstención: estudio sobre participación política en sectores populares del Gran Santiago”.

ANDREA ROCA

Antropóloga social de la Universidad de Chile, magíster y doctora en sociología de la Universidad de São Paulo. Académica en el Departamento de Antropología de la Universidad Alberto Hurtado y en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chile. En 2016 publicó el libro *Do medo do terremoto ao medo dos outros: uma etnografia do megassismo de 2010 no Chile* (Editora ANPOCS/Hucitec).

EMILIA CUADROS

Estudiante de sociología de la Universidad de Chile. Participante de la Cooperativa Mujeres Manos Libres y del Observatorio Contra el Acoso Chile (OCAC). Asistente de investigación FONDECYT de iniciación n°11190211. Sus intereses de investigación son estudios de género, participación política, pobreza urbana, sociología política.

ALEJANDRA RASSE

Socióloga, magíster en sociología y doctora en arquitectura y estudios urbanos. Profesora asociada ordinaria Escuela de Trabajo Social de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Investigadora del Centro de Desarrollo Urbano Sustentable, del COES y del Núcleo Milenio Autoridad y Asimetrías de Poder. Sus líneas de investigación son desigualdades territoriales, segregación residencial, pobreza urbana y política habitacional.

VALENTINA ÁLVAREZ

Antropóloga social, magíster y doctora en sociología. International Institute for Philosophy and Political Studies, IIPSS. Docente de la Universidad de O'Higgins. Integrante del Grupo de Estudios Feministas. Trabaja temas de trabajo, reproducción social, género, clase, subjetividad y movimientos sociales.

MODESTO GAYO

Profesor asociado de la Escuela Sociología, Universidad Diego Portales. Autor del libro *Clase y cultura. Reproducción social, desigualdad y cambio en Chile* (Tirant Humanidades 2020) y coautor de los volúmenes *Culture, Class, Distinction* (Routledge 2009), *Upper Middle Class Social Reproduction* (Palgrave MacMillan 2019) y *Fields, Capitals, Habitus* (Routledge 2021). Senior Visiting Fellow International Inequalities Institute LSE. Investigador adjunto COES.

MARÍA LUISA MÉNDEZ

Profesora asociada del Instituto de Estudios Urbanos, Universidad Católica de Chile. Directora e investigadora principal del COES. Autora del libro *Upper Middle Class Social Reproduction* (Palgrave, 2019). Corresponding Editor de la *International Journal of Urban and Regional Research* y Senior Visiting Fellow del International Inequalities Institute, LSE.

EMMANUELLE BAROZET

Diplomada por el Institut d'Études Politiques de París, Francia, y doctora en sociología por l'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Es profesora titular del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile e investigadora principal del COES. Es coinvestigadora del proyecto Fondecyt Regular 1190436: "La posición de uno mismo en la sociedad: lo justo y lo injusto en el espejo social".

ÓSCAR MAC-CLURE

Sociólogo, diplomado en el Institut d'Etudes des Pays en Développement de la Universidad Católica de Lovaina, en Bélgica, y doctor en historia por la Universidad Católica de Chile. Es profesor titular de la Universidad de Los Lagos, integrante del Centro de Estudios del Desarrollo Regional y Políticas Públicas (CEDER). Es investigador responsable del proyecto Fondecyt Regular 1190436: "La posición de uno mismo en la sociedad: lo justo y lo injusto en el espejo social".

JOSÉ CONEJEROS

Sociólogo de la Universidad Católica de Chile. Realiza estudios de magíster en sociología en la misma universidad y ha sido tesista del proyecto Fondecyt Regular 1160921: "Economía moral de la meritocracia y preferencias redistributivas". Es integrante del equipo de investigación proyecto Fondecyt Regular 1190436: "La posición de uno mismo en la sociedad: lo justo y lo injusto en el espejo social".

CLAUDIA JORDANA

Socióloga titulada en la Universidad de Chile y doctora en sociología en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París. Fue integrante del equipo de investigación del proyecto Fondecyt Regular 1190436: "La posición de uno mismo en la sociedad: lo justo y lo injusto en el espejo social".

*Capítulo 5***JUAN SANDOVAL**

Doctor en psicología social por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor titular de la Escuela de Psicología e investigador del Centro de Estudios en Cultura Política, Memoria y Derechos Humanos de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso. Su línea de investigación principal es la relación entre los/as jóvenes y las nuevas formas de organización y acción colectiva.

RODRIGO ASÚN

Sociólogo de la Universidad de Chile. Doctor y magíster en metodología de las ciencias del comportamiento por la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad Autónoma de Madrid, respectivamente. Sus áreas de investigación son la participación en movimientos sociales, medición de variables latentes y evaluación de la docencia universitaria. Ha dirigido y participado en múltiples proyectos Fondecyt y ha publicado numerosos artículos en

revistas indexadas internacionales. Fue director del Departamento de Investigación del Instituto Nacional de la Juventud y director de la Escuela de Pregrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, donde actualmente se desempeña como académico y director del Departamento de Sociología.

KARINA RODRÍGUEZ

Socióloga de la Universidad de Chile. Doctora en metodología de las ciencias del comportamiento por la Universidad Complutense de Madrid, magíster en sicometría por la Universidad Autónoma de Madrid, magíster en metodología de la London School of Economics. Su investigación se centra en el modelamiento de variables latentes y su aplicación a distintas áreas de investigación en las ciencias sociales. Ha dirigido y participado en diversos proyectos FONDECYT y publicado en revistas indexadas internacionales. Se desempeñó como investigadora posdoctoral en la Facultad de Psicología de la Universidad de Talca, y actualmente se desempeña como directora de la *Revista de Sociología* de la Universidad de Chile, donde también hace clases.

CLAUDIA ZÚÑIGA

Sicóloga de la Universidad de La Frontera y doctora en psicología de Universidad Autónoma de Madrid. También realizó un posdoctorado en educación superior en la Universidad de Deusto. Su investigación se centra en identidades sociales y su relación con la movilización social; y equidad en educación superior. Ha dirigido y participado en múltiples proyectos FONDECYT y ha publicado los resultados en revistas indexadas nacionales e internacionales. Ha sido jefa de la carrera de Psicología de la Universidad de Chile, directora de la *Revista de Psicología*, coordinadora del diplomado en Métodos Cuantitativos de Investigación Psicosocial y presidenta de la Sociedad Científica de Psicología de Chile. Además fue directora del Departamento de Psicología de la Universidad de Chile, donde actualmente se desempeña como académica.

RAÚL ZAMORA

Sociólogo de la Universidad de Chile. Ha sido miembro de equipos de investigación del Centro de Modelamiento Matemático y la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Actualmente ejerce de National Data Manager en Chile para la Evaluación Internacional de Competencias de Adultos (PIAAC), estudio de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). También forma parte del Centro de Estudios del Ministerio de Educación de Chile, como miembro del equipo de Asesoría Estratégica del Gabinete Ministerial.

MARGARITA MAKUC

Doctora en lingüística, coordinadora de la Sub Sede de la Cátedra Unesco de lectura y escritura, directora de posgrado de la Universidad de Magallanes. Su área de investigación se desarrolla en dos ámbitos: variaciones del español en Magallanes y la comprensión lectora en estudiantes universitarios. Se desempeñó como SEREMI de Educación de la Región de Magallanes y Antártica Chilena entre los años 2014-2018.

WALTER MOLINA

Trabajador social, magíster en investigación educativa, doctor en ciencias de la educación y posdoctorado en Ciencias Sociales. Se desempeña como académico de Trabajo Social en la Universidad de Magallanes. Su línea de investigación son los estudios de juventud, sentidos socio-educativos en los procesos de escolarización secundaria y configuración de identidades sociales locales en Patagonia y Tierra del Fuego.

*Epílogo***YANKO GONZÁLEZ**

Doctor en antropología, profesor titular del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile y director de la Editorial de la misma institución (Ediciones UACH). Ha publicado múltiples artículos y libros sobre antropología e historia cultural de la juventud, entre ellos, *Bohemios, rockanroleros y revolucionarios. La construcción histórica de la juventud en América Latina* (junto a Carles Feixa, en Editorial Cuarto Propio) y *Los más ordenaditos. Fascismo y juventud en la dictadura de Pinochet* (Hueders).

Saltar el torniquete. Reflexiones desde las juventudes de octubre,
editado por Sol Alé, Klaudio Duarte y Daniel Miranda, se terminó
de imprimir y encuadernar en el mes de enero de 2021, en los
talleres de Salesianos Impresores S.A., Santiago de Chile.

Se tiraron 1 000 ejemplares.